



NOSOTROS

«LOS COLEGAS»

«Los Colegas», quinta obra de Concurso Labardén, (¿y aun se habla del Concurso Labardén?) estrenada hace apenas dos meses, es presentada hoy por la Dirección de Nosotros al veredicto de sus lectores.

De las cinco obras conocidas hasta ahora de éste, por muchas causas, célebre Concurso, «Los Colegas» es, indudablemente, sino la mejor, por lo menos la única que, junto con «El Fruto Sano», resiste á una crítica un poco severa.

El éxito obtenido por esta pieza la noche de su primera representación, es muy digno de tenerse en cuenta dadas las deplorables condiciones en que se la presentara. En efecto, desconfiando de su teatralidad, la compañía del Teatro Moderno, parece que se hubiera propuesto hacerla fracasar. Siendo, de todas las obras que ella ha puesto en escena, la que más necesitaba de un primer actor, fué la única en que no trabajó el primer actor de la compañía. No se ensayó, nos consta, más que dos veces. Ninguno de los artistas se sabía su papel. Substituyóse el texto con palabras improvisadas, á veces incorrectas y hasta absurdas. Por otra parte, se efectuaron en el original, sin derecho y sin criterio alguno, innumerables cortes. Escenas íntegras fueron suprimidas. Nosotros la ofrece hoy, tal cual la escribiera su autor para que pueda evidenciarse la sinrazón de tales supresiones.

Y si á pesar de todas estas circunstancias desfavorables, la pieza triunfó, hay que convenir en que ello se debió al mérito intrínseco de la obra.

«Los Colegas» es un drama intenso y sencillo, escrito con elegancia y vigor. Todo él abunda en efectos dramáticos de buena ley, presentando además, desde el principio al fin, una perfecta unidad en los caracteres.

El público sintió y pensó desde los primeros momentos con el autor, compenetrándose de la original idea, nervio de la obra, que aparte sus méritos artísticos, es también de una encomiable eficacia ética, lo que constatamos sin que esto importe una especial inclinación nuestra por las piezas moralizadoras.

Y ahora, juzgue el lector.

ALFREDO A. BIANCHI

LA FILOSOFÍA JURÍDICA EN LA FORMACIÓN DEL JURISTA

SEÑORES:

El nuevo plan de estudios para nuestra facultad, que ha entrado á regir en el presente año universitario, introduce, con relación á la filosofía del derecho, modificaciones de no ligera importancia.

La parte histórica de la materia, que en 1905, al crearse una nueva cátedra, se designó con el nombre de *Evolución de las instituciones jurídicas*, se llamará en adelante *Historia del derecho*; y tanto esta asignatura, como su antigua compañera la parte racional de la filosofía del derecho, quedan excluidas del grupo de ciencias indispensables para la formación del abogado, colocándose las entre aquellas únicamente obligatorias para los que optan al título de doctor en jurisprudencia.

Impónese á mi juicio, en esta conferencia inaugural, que debe versar sobre cuestiones generales de la materia á mi cargo, aquilatar el alcance y mérito de la antedicha resolución, adoptada sin previo dictámen de los profesores respectivos, y que los ilustrados consejeros de la comisión reformadora del plan de estudios han explicado muy someramente, limitándose á decir en su informe á la facultad, que el curso existente de *Evolución de las instituciones jurídicas* «será reemplazado con ventaja por el de *Historia general del derecho*».

Cumple á mi distinguido colega el catedrático de esta asignatura, la tarea de examinar la conveniencia de la sustitución, en mi concepto nada feliz, si importa trans-

Aunque el asunto de esta conferencia, pronunciada por el Dr. Antonio Dellepiane en la clase inaugural de su curso de Filosofía del Derecho, se aparta un tanto de la índole de los temas tratados en la revista, su dirección se honra en publicarla, siendo su autor uno de nuestros más distinguidos hombres de estudio, que se ha conquistado un sólido renombre con largos años de constante labor, y cuyas producciones son leídas con agrado por quienes se ocupan entre nosotros, de las altas especulaciones del espíritu.—N. de la D.

formar en una mera exposición de las legislaciones que fueron, el curso de Evolución de las instituciones jurídicas, hecho con espíritu y método sociológicos, con amplia información histórica y con la rica documentación etnográfica, hoy tan útil y provechosamente empleada para dar luz á los hechos del pasado, en forma que hasta los mismos romanistas, como escribe el eminente profesor de derecho romano de la facultad de París, reconocen ya que «la etnografía puede suministrar indicaciones, que se buscaría en vano en otra parte, acerca del estado de los primeros habitantes de Roma.» Por mi parte, he de limitarme á apuntar algunas consideraciones sobre la otra novedad del plan: la que consiste en eliminar á la filosofía del derecho, reducida ahora á un año, y desligada, al parecer, de la historia del derecho, del elenco de asignaturas necesariamente requeridas para formar el jurista.

La cuestión está lejos de ser nimia y su examen es de especial interés, no sólo para esta Universidad, sino para la de La Plata, que yendo aún más lejos que su hermana bonaerense, ha repudiado á la filosofía del derecho hasta de los estudios del doctorado. No es pecar de caviloso hallar en estos hechos concordantes el síntoma de la difusión de una tendencia, que, caso de prevalecer, podría resultar nociva para la mentalidad nacional y el porvenir de los estudios jurídicos en la República. Conviene, pues, mostrar, una vez por todas, la necesidad superior de la filosofía del derecho para la formación del jurista, justificando, de este modo, una disposición transitoria del nuevo plan; disposición por cierto inexplicable é inconsecuente con el plan mismo, en tanto obliga á los alumnos actuales de 5.º año á cursar la filosofía del derecho, suprimida como no necesaria, cuando habría sido más lógico, dentro de las ideas del plan, sustituir el estudio de esta asignatura, no indispensable en la preparación del abogado, por alguna de las nuevas introducidas por indispensables, como la legislación industrial ó la ciencia política.

II

Toda ciencia es fragmentaria, por necesidad y hasta por definición: por definición, porque una ciencia no es sino un sistema de verdades concernientes á un particular y reducido orden de relaciones ó fenómenos; por necesidad, porque ese sistema de verdades ha sido puesto

en claro y es inculcado en los espíritus mediante un procedimiento abstractivo que consiste en separar de la totalidad de las cosas una determinada clase de hechos para considerarlos aisladamente y con prescindencia, parcial ó completa, de los otros hechos que en la realidad los acompañan.

No hay, así, ciencia ó grupo de ciencias afines, cuyas verdades no necesiten ser coordinadas, integradas y llevadas á un grado de generalización superior; que no requieran ser correlacionadas con los principios de otra ciencia; que no deban ser, además, discutidas en sí mismas, en su legitimidad, en su adquiescencia por el espíritu. No hay, en suma, ciencia ó grupo de ciencias afines, que no sea susceptible de tener su filosofía, vale decir, una disciplina sintética destinada á unificar los resultados de las ciencias particulares, á ligarlos con los de las demás ciencias y á ocuparse en el problema de la legitimidad del conocimiento, que implica poner el objeto conocido en relación con el sujeto que lo estudia.

Y si las mismas ciencias naturales no pueden susstraerse á esta necesidad, como ocurre por ejemplo con las de la vida, que tienen también su filosofía, de aplicación fecundísima hasta para la solución de problemas especiales de clasificación, de filogenia, etc., mal podían escapar á esa exigencia las que tratan de la sociedad, pues por su índole propia, así como por la complejidad de los hechos que consideran, reclaman, en mayor grado todavía, ese proceso de análisis, de integración y de síntesis, y más que todo, el examen detenido y profundo de los principios contingentes y de las verdades discutidas en que se asientan sus construcciones.

Esta doble necesidad subjetiva y objetiva; necesidad objetiva de las cosas, que obliga á seccionar la realidad fenoménica en partes ó tajadas, con el fin de examinarlas separadamente y llegar á su conocimiento especial y detallado; necesidad subjetiva de la mente, que exige la síntesis después del análisis, la correlación de lo encontrado en cada orden de fenómenos con lo descubierto en los demás órdenes de hechos, para llegar, así, á la comprensión de la totalidad de las cosas, aspiración suprema de los esfuerzos mentales del hombre, esa doble necesidad, digo, ha dado lugar á la constitución de dos ciencias sociales de índole filosófica: la filosofía jurídica, por una parte, y la filosofía social ó sociología general, por la otra; ciencias que guardan entre sí una afinidad evidente, cuyas relaciones de vecindad y de mutuo auxi-

lio son importantísimas, que, por tales motivos sin duda, se hallan expuestas á ser confundidas una con otra, razón por la cual conviene precisarlas y deslindar su contenido á fin de prevenir inconvenientes, nada escasos ó insignificantes, que esa confusión puede ocasionar.

III

El proceso cognoscitivo del espíritu humano, en orden al tiempo, guarda también sus leyes indeclinables y la filosofía social ó sociología general, obedeciendo á una de ellas, ha debido esperar, para ver la luz y organizarse como ciencia autónoma, á que lo estuvieran las varias disciplinas que estaba destinada á unir y totalizar en leyes más altas. Tanto la sociología general, como las ciencias sociales particulares toman por objeto de estudio la sociedad; pero aquella la examina en su unidad indivisa, mientras éstas la escrutan en su multiforme variedad, de que resulta la multiplicidad de las mismas.

En efecto, los hombres agrupados en sociedad, compelidos por necesidades distintas y solicitados por fines diferentes realizan actos de diversa clase; ya, mediante ciertos medios que producen y cambian, proveen á su subsistencia y bienestar (hechos económicos), ya, mediante una cierta organización y subordinación jerárquica mantienen el orden público y la paz social (hechos políticos), etc.

Ahora bien, cada categoría de actos, cada clase de fenómenos sociales posee modalidades propias, una fisonomía especial, condiciones particulares de producción, factores específicos; todo lo cual justifica su estudio por separado, ó sea la constitución de una ciencia especial, que precise su naturaleza y determine sus leyes peculiares. Así han nacido las diversas ciencias sociales particulares, economía política, ciencia política, ciencia del lenguaje, ciencia de las religiones, etc.

Estas ciencias sociales particulares, no se confunden todavía, en el sentir de muchos sociólogos, con las sociologías particulares. Así, la política no es la sociología política; la ciencia de las religiones no es la sociología religiosa. La introducción, en una ciencia social determinada, del punto de vista sociológico, con el método y el espíritu que le son conexos, dá lugar á la transformación de esa ciencia en una sociología particular y motiva la constitución de una ciencia independiente.

Pero estas sociologías particulares son también una cosa inidentificable con la sociología general. Acabamos de ver, en efecto, que los hombres de una sociedad practican actos diversos y que de esta diversidad se origina la de las ciencias que los estudian por separado. Pero, es claro que esta diversidad de actos, supone también una unidad, la del actor que los ejecuta; y de esta unidad del sujeto surge la vinculación, la correlación, la dependencia mutua de todos los hechos de una sociedad, que, no obstante su naturaleza y fines diferentes, son apesar de todo, actos de un mismo individuo, y por lo tanto se relacionan unos con otros, se condicionan unos á otros, se explican unos por otros. De aquí la necesidad de una ciencia superior, coordinadora é integradora de las sociologías especiales; de una ciencia que no abstraiga los hechos sociales, para estudiarlos aisladamente, sino que considere y estudie la sociedad en su totalidad indivisa, que dirija al todo social una mirada de conjunto; y esa ciencia, no es otra que la sociología general ó filosofía de las ciencias sociales.

IV

Entre las distintas categorías de hechos sociales están comprendidos los fenómenos jurídicos, ó, para expresarnos con más exactitud, todos los actos que el hombre realiza en sociedad, de asociación, de cooperación, de creación de riquezas, de intercambio de valores, etc., pueden ser considerados del punto de vista de su garantía por el poder público, y, de esta manera, nace el momento ó aspecto de esos actos que se denomina jurídico, desprendiéndose de aquí, que no hay acto humano ó fenómeno sociológico, bien sea económico, genésico, político, artístico, religioso ó científico, que no pueda revestir un carácter jurídico, y que, por lo tanto, el hecho ó fenómeno jurídico viene así á tener un carácter de generalidad sociológica, desde que afecta ó comprende á todas las manifestaciones de la actividad social.

Pero, si está fuera de discusión que el hecho jurídico sea sólo un momento ó aspecto de la vida social, por lo cual se ha dicho compendiosamente que *el derecho es la vida*, y que, como en la atmósfera, en él vivimos, nos movemos y existimos: *in ea vivimus, movemur et sumus*; si el fenómeno jurídico presenta, como hemos dicho, un carácter de generalidad sociológica, en tanto las normas jurídicas por las cuales se revela, tienen por misión y por

fin desempeñar una función de garantía, como técnicamente se la llama, ello no quiere significar ni trae aparejado que la vida social toda entera sea reductible á la vida jurídica, ni mucho menos que sea factible estudiar y explicar la sociedad, en la plena totalidad de su ser, por el solo lado de las normas jurídicas, bajo el único ángulo visual de las reglas encargadas de la función de garantizar todos los actos de la vida colectiva.

Por otra parte, es así mismo fuera de duda que los hechos ó fenómenos jurídicos, á igual de las otras manifestaciones de la actividad humana, tienen también su especificidad propia, esto es, su naturaleza, sus factores y sus condiciones peculiares. Surje de aquí que al lado, ó enfrente, de la sociología general, y entre las diversas ciencias sociales particulares,—ciencia económica, ciencia política, ciencia del lenguaje, ciencia de las religiones, etc.—hallará cabida otra ciencia, y quizás un grupo de ciencias, cuyo objeto sea estudiar los hechos ó fenómenos jurídicos especialmente.

Un grupo de ciencias, he dicho; y así es en efecto, porqué, como fácilmente se percibe, los hechos ó fenómenos jurídicos son susceptibles de ser considerados desde varios puntos de vista, naciendo de ello otras tantas técnicas independientes. Así, las normas jurídicas de un estado, ó como se dice en la escuela, su derecho positivo, clasificadas y divididas en categorías diversas,—derecho constitucional, derecho civil, derecho comercial, etc.—dan lugar á las disciplinas que se cursan en los primeros años de esta facultad, y cuyo conocimiento importa, en primer término, al que lo adquiere para explotarlo lucrativamente como funcionario judicial, ó como defensor de derechos atropellados ó desconocidos. Cualquiera de estas categorías de normas jurídicas pertenecientes á un estado, puede ser estudiado en su comparación con las de otros estados (derecho comparado). Cabe también efectuar un estudio de las normas jurídicas, desde el punto de visto histórico, averiguando los cambios que han experimentado á través del tiempo, bien sea en un solo pueblo ó estado (derecho romano, derecho egipcio), bien sea en todos los pueblos históricos antiguos y modernos (historia general del derecho), bien sea en las agrupaciones contemporáneas sin historia conocida (etnografía jurídica).

Hasta aquí, como Vds. habrán notado, no aparece la sociología jurídica, que, según el concepto de las ciencias sociológicas antes apuntado, implicará el estu-

dio, hecho con métodos especiales, del fenómeno jurídico, no en una sociedad ó en varias sociedades de un momento dado, ni á través del tiempo,—en una sociedad ó en todas las agrupaciones humanas—sinó en los factores que condicionan sus cambios y en las leyes que gobiernan sus transformaciones, en el tiempo y en el espacio terrestre.

Con este estudio de los hechos jurídicos, de índole integral, ordenadora y generalizadora, nos elevamos ya á la concepción de una ciencia que adquiere un sentido y cobra un valor eminentemente filosófico. Sin embargo, y malgrado el parecer de autoridades científicas que lo han pretendido, la sociología jurídica se distingue netamente de la filosofía del derecho. Pese al ilustre filósofo italiano Ardigó, que ha sustentado la tésis de la identidad de ambas ciencias, ellas difieren por su contenido. A lo sumo, estaría, por mi parte, dispuesto á admitir,—y en ésto me es grato encontrarme en numerosa y docta compañía—que la sociología jurídica es sólo un fragmento de la sociología del derecho, la parte de ésta consagrada á estudiar la fenomenología jurídica, que examina el proceso de formación histórica del derecho, señalando sus causas y sus leyes generales, que intenta, también, religar el hecho jurídico al enmarañado *complexus* de los fenómenos sociales y yendo aún más lejos en este sendero, que procura conectarlos con la totalidad de los hechos del cosmos, con el sistema del mundo, con el orden universal. ¿Qué es el derecho, como fenómeno social? ¿Qué causas han determinado su aparición? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿Cuáles los cambios que ha experimentado y los factores de esas transformaciones? ¿Qué influencia ejerce el hecho jurídico sobre los otros de la vida social y recíprocamente cuál es la de éstos sobre el primero? ¿Qué relaciones mantiene con la fenomenología universal y qué misión desempeña en la totalidad de las cosas? He ahí las cuestiones que agita y trata de resolver la sociología jurídica ó *Filosofía de la historia del derecho ó Evolución de las instituciones jurídicas*, como también se la designa, en dos formas expresivas y acertadas que tenían ya entrada y arraigo en la Universidad de Buenos Aires.

V

Decía, hace un instante, que estos problemas constituyen apenas un capítulo de la filosofía del derecho, porque, á poco se reflexione sobre ellos, llégase á compren-

der que están lejos de agotar la humana curiosidad en lo referente al hecho ó fenómeno jurídico. Hay otra cuestión, otro interrogante supremo que se ha erguido desde temprano en la mente del hombre, reclamando una inmediata y satisfactoria respuesta. Aquello que las normas jurídicas prescriben; lo que está ordenado pena de nulidad, ó de restitución, ó de indemnización, ó de multa, ó de reclusión, ó de muerte, por la legislación positiva ¿es justo en sí, es intrínsecamente justo, responde á razones ó principios superiores que revistan un carácter de necesidad ineluctable, de obligatoriedad ineludible, de exigencia racional categórica? He ahí el problema que se ha levantado en el espíritu del hombre no bien éste ha sido capaz de distinguirse de lo que lo rodea y de replegarse sobre sí mismo á meditar.

El examen de las anteriores preguntas lleva en sí envuelto la formulación de las más arduas y trascendentales cuestiones. Júzguese, si nó por las siguientes: ¿Hay ó nó fines que deben ser forzosamente perseguidos por el hombre? Caso afirmativo ¿existen ó nó medios que imprescindiblemente deban ser usados para la realización de esos fines? Las normas jurídicas ¿han surgido ó nó como una necesidad inexcusable para garantizar las condiciones fundamentales de la coexistencia y la cooperación social sin las cuales no son posibles ni la conservación ni el progresivo desenvolvimiento humano, y sin las que no es imaginable siquiera la consecución de ningún fin individual, colectivo ó específico? Todas estas preguntas entrañan la investigación de los más altos problemas metafísicos que puedan solicitar nuestra actividad razonadora, y su solución, á que se vinculan nuestros más caros intereses, nuestra tranquilidad actual, nuestra felicidad en lo futuro, forman el programa de estudio de la filosofía del derecho, en su parte llamada racional, que los filósofos y juristas ingleses, adoptando la nomenclatura de Bentham, conocen con el nombre de *investigación deontológica del derecho ó deontología jurídica*.

La deontología jurídica, para usar de esta expresión que hoy se ha abierto camino en la ciencia, está, pues, encargada de la muy noble y muy difícil tarea de valuar las normas del derecho, de dosar su grado de justicia absoluta, de investigar su razón de ser en relación á los fines humanos, de averiguar si aquello que ha existido ó existe, en materia de mandatos legales, es lo que debe realmente ser. Noble y difícil tarea, he dicho, y pude agregar, empresa que está lejos

de ser fútil y estéril, dada la posibilidad de que el hombre,—ente racional y libre, capaz de comprender la norma y de conformar á ella su conducta—intervenga eficazmente en la sucesión de los fenómenos, para alterar sus condiciones, para torcer á voluntad sus rumbos y para dirigir y predeterminar sus resultados, en vista del propio bien y de la consecución del orden universal en que participa y colabora.

VI

Léjos estoy, pues, de aceptar, como Vds. ven, que la filosofía del derecho pueda ser absorbida por la sociología general, ó que sea dable confundirla, por no decir embrollarla con la sociología jurídica; y más léjos estoy, todavía, de conceder que el estudio de la vasta, espinosa y profunda disciplina, cuya sola adquisición exige años de largas y penosísimas vigiliass al que se propone poseerla como maestro, que ese estudio, digo, pueda ser englobado en el de las distintas ramas del derecho y de la ciencia social, de suerte que, al considerar cada norma jurídica, cada institución social ó política, sea hacedero adquirir, á la vez que el conocimiento de la institución ó de la norma, la noticia completa y depurada de su fundamento racional y filosófico.

He dicho, en otra oportunidad, que el estudio del derecho, realizado con sentido al propio tiempo exegético y filosófico, constituiría fuera de discusión, el ideal del aprendizaje jurídico; ideal, por desgracia, inasequible en la práctica de la enseñanza, como me he apresurado á hacerlo constar, anotando, rápidamente, las razones que obstan al logro de ese fin; razones de tal modo graves y poderosas, que ha poco tiempo movieron á uno de los más distinguidos catedráticos de la facultad de París á complementar su enseñanza del derecho civil por medio de un curso libre de filosofía del derecho, que se dictó por espacio de seis años y se justificó con las siguientes consideraciones, procedentes de voz tan autorizada é insospechable como es la del apreciado civilista Mr. Boistel:

«No es exacto que la enseñanza de la escuela se arrastre en el comentario servil de los textos de la legislación positiva, sin investigar el vínculo profundo que une sus diversas disposiciones, sin determinar su razón de ser, á la vez filosófica é histórica, sin hacer su crítica, del punto de vista de sus tendencias morales. No obstante, no es

posible negar que sea eminentemente útil fijar una especial atención sobre las ideas dominantes y directrices, consagrarles un estudio profundo, asentarlas sobre principios seriamente discutidos, hacer conocer las diversas soluciones propuestas, examinarlas en todas sus faces y establecer así una base sólida para el conjunto de las teorías jurídicas.... No es posible profundizar el conocimiento del derecho positivo, ni satisfacer por entero los aspiraciones de nuestra inteligencia si no se la pone en relación con una fuente más alta.»

VII

Acaban Vds. de oírlo por boca de una imparcial y prestigiosa autoridad científica: el aprendizaje del derecho civil, realizado en las Universidades, requiere ser completado con el de una disciplina filosófica que discuta y establezca sobre sólida base, como dice Mr. Boistel, sus principios fundamentales; y esa disciplina no es ni puede ser otra que la filosofía del derecho, cuya exclusión indebida de los planes de estudio de las universidades francesas constituye una verdadera anomalía, tanto más sensible é inexplicable cuanto que, bajo una ú otra denominación,—derecho natural, teoría general del derecho, etc.—ella figura, puede decirse, en todas las universidades alemanas, inglesas, italianas, austriacas, belgas, rusas, españolas, norte y sud Americanas.

Supérfluo casi me parece agregar que en idéntico caso al del derecho civil se hallan todas las demás técnicas de la facultad, sean jurídicas, sean sociales. Y el hecho tiene una explicación fácilmente alcanzable. Hay, en efecto, teorías jurídicas ó sociales, empezando por la teoría general del derecho, que sobrepasan, cuando se les escudriña, á fondo,—y así deben serlo,—los límites de las ciencias que las estudian. Los altos problemas del fundamento de la responsabilidad civil ó penal, la legitimación de la propiedad ó de la herencia, la delicada y candente cuestión del divorcio, el arduo problema de la delimitación de las funciones del estado, la teoría filosófica de las pruebas, la de la crítica del testimonio, y tantas y tantas otras como pudieran ser citadas, requieren, para ser tratadas y resueltas con probabilidades de acierto, la intervención y el auxilio de todas las ciencias filosóficas, comenzando por la psicología y la moral, y

ascendiendo hasta las alturas escabrosas y poco accesibles de la metafísica.

Con lo expuesto queda, á mi ver, suficientemente evidenciada la necesidad, y no sólo la simple utilidad, de la filosofía del derecho en la preparación del jurista, que privado de sus luces y nociones no pasa de un infecundo rumiador de códigos, destituido de vistas personales y de criterio jurídico certero. Nada diré de los peligros que entraña la formación de magistrados inaptos para suplir, con original y elevado pensamiento, los vacíos inevitables de la legislación, y hasta de hacerla evolucionar progresivamente, como ocurre en los países de verdadera vida judicial, construyendo, á ese efecto, teorías jurídicas nuevas, por medio de interpretaciones felices que consultan las últimas exigencias de la sociedad, sin dejar, por ello, de beber su inspiración en los más rigurosos principios de la eterna y absoluta justicia. Ni volveré, tampoco, para no pecar de insistente, sobre el premioso deber de contrariar la propagación de esas doctrinas que se glorian de permanecer esclavas de la constatación de los fenómenos, y, de temor á los vuelos altos del espíritu, comienzan por amputarle las alas. ¡Desgraciado el hombre de ciencia que se hace reo de estas imperdonables mutilaciones! ¡Ay de los pueblos que se adhieren obstinadamente á los hechos, y pierden así de vista el sano, el benéfico, el considerable influjo social del culto al ideal y á la especulación metafísica!

ANTONIO DELLEPIANE.

LOS COLEGAS

PERSONAJES

MARIO BLASCO, médico	SILVIA DE ARVAL.
ANIBAL FERRANDO, médico y consejero de la Facultad de Medicina.	ZULEMA ROJAS.
JORGE VILANA, médico.	DOÑA LAURA, madre de Diego y Silvia y tía de Pura.
MÁXIMO TÉLLEZ, hacendado.	DOÑA EMILIA, madre de Mario.
DIEGO DE ARVAL.	MISS DOLLY, antigua institutriz de la familia de Arval.
ANTÓNIZ.	
PURA BRIST.	

Una criada, un criado, un mozo de hotel, un *gram*.

La acción es contemporánea, y pasa en Mar del Plata y en Buenos Aires.

ACTO PRIMERO

El centro de la terraza de un lujoso hotel, en Mar del Plata. Al foro, una balaustrada de piedra, que se extiende á ambos lados del escenario, prolongando la terraza. Diseminadas aquí y allá, algunas sillas y tres ó cuatro mesitas de hierro pintadas de blanco. Junto á la balaustrada, á uno y otro lado, un par de largos bancos del mismo estilo. En el medio de la balaustrada una gran escalinata. Por ella se desciende á una vereda que se supone va por el foro hacia la rambla; esta vereda no es visible de la terraza, porque está en un plano más bajo. En el fondo, á lo lejos, entrecortado por las techumbres de las casillas que se levantan sobre la rambla á lo largo de la playa, el magnífico paisaje del mar, en una tarde de estío.

ESCENA PRIMERA

FERRANDO, TÉLLEZ Y UN MOZO DEL HOTEL

(Ferrando y Téllez toman bebidas frescas sentados ante una mesita. Ferrando tiene una fisonomía astuta, lleva su barba gris entera y cortada en punta, gasta anteojos, y viste un terno de paño obscuro. Téllez es de franca é inteligente fisonomía, usa bigotes, y viste con elegante negligencia un traje claro. A respetuosa distancia les atiende un mozo del hotel, ora parado, ora paseándose somnoliento.)

TÉLLEZ.—Seguramente ha llegado á sus oídos la sensacional noticia que circula desde anoche...

FERRANDO.—¿Qué noticia?

TÉLLEZ.—Parece que su colega Mario Blasco se casa con Silvia Arval.

FERRANDO.—¡Pues no sería poca la suerte de ese mocito!... ¡Pues no sería poca esa desgracia para el hotel!...

TÉLLEZ.—¿Por qué tanta suerte para el mocito?

FERRANDO.—¿No le parece á usted bastante?... Conquistaría de pronto nombre, posición, fortuna. «Haría su América.»

TÉLLEZ.—¿Y por qué tanta desgracia para el hotel?

FERRANDO.—¡Cómo!... ¿No sabe usted que los pretendientes de Silvia aquí alojados forman legión? Recibidas las calabazas, todos se volverían á Buenos Aires. El establecimiento quedaría desierto y sus dueños no percibirían ya los miles de pesos semanales que ellos pagan.

TÉLLEZ.—¡Y vaya si gastan en vivir y deslumbrar á la niña festejada y de moda!

FERRANDO.—Cada cual piensa que se ha de casar con ella, y que entonces se resarcirá de sus gastos. Es dinero adelantado en la operación ó puesto á interés usurario. (*Pausa breve.*) ¡Mal negocio para el hotel el compromiso de Silvia Arvall!

TÉLLEZ.—Mal negocio. Y eso sin tener en cuenta que muchos vencidos pueden arrojarse desesperados al mar, y desprestigiar el balneario, cubriendo la playa de cadáveres.

FERRANDO.—No se alarme usted. ¡Nada ha de suceder! Ni quebrará el hotel, ni habrá peste de ahogados. Y no porque no sean tantos los pretendientes de Silvia. Los conocidos se cuentan por docenas, ¡los vergonzantes por centenares!

TÉLLEZ.—¿Los vergonzantes?

FERRANDO.—¿Ignora usted que esas beldades millonarias arrastran, junto á sus pretendientes ostensibles, verdaderos ejércitos de «cazadores de dotes», tan pacientes y cautelosos como si fueran cazadores de serpientes?

TÉLLEZ (*riendo*).—¡Mire usted que yo he pretendido á Silvia!

FERRANDO.—Usted está fuera de toda sospecha, por su posición social y su carácter. Además, usted no ha... «trabajado»... en serio.

TÉLLEZ.—¿Piensa usted que Silvia, siendo tan linda, no tiene enamorados sinceros?

FERRANDO.—La sinceridad es un concepto muy relativo. ¡Hay tanto iluso, tanto sugestionado, tanto autómata que se da cuerda á sí mismo!

TÉLLEZ.—¿Por qué cree usted, entonces, que no se despoblará el hotel... ni se poblará la playa de cadáveres? Los autómatas que hoy se dan cuerda para querer, también se la darán mañana para huir ó para matarse.

FERRANDO.—No. Eso no sucederá... (*Pausa breve.*) Por la sencilla razón de que Silvia no ha de casarse con

Blasco. (*El mozo se acerca á levantar el servicio de los refrescos. Sin darle tiempo para ello, Ferrando le indica que se aleje, con impaciente ademán... El mozo se retira por la derecha.*)

TÉLLEZ.—Habla usted con una seguridad...

FERRANDO.—La seguridad de la experiencia.

TÉLLEZ.—Sin embargo, los hechos...

FERRANDO.—Las apariencias no son los hechos. Y, además, los hechos se destruyen por nuevos hechos.

TÉLLEZ.—Creo que Mario es intachable. No habría por qué deshacerle el compromiso...

FERRANDO.—¡Hum!... ¡Quién sabe!... (*Cambiando de tono.*) ¡Cállese usted, que por ahí viene! (*Entra Mario por la izquierda del espectador. Es alto, afeitado y de ademán resuelto. La arruga de su frente y el gesto de sus labios revelan una expresión de energía, que contrasta con el candor de sus ojos claros. Rara vez sonrío; frecuentemente parece distraído. Viene con un cigarro en la boca, paseándose por la terraza.*)

ESCENA II

DICIÓS Y MARIO

(El diálogo de la presente escena debe seguirse con animación y vivacidad, como si los personajes, sobre todo Ferrando y Mario, se esforzaran en lucir un ingenio. Parecen agnionados por vago y oculto antagonismo, que da como una segunda intención á sus palabras. Bajo formas corteses y hasta cordiales, el gesto de Ferrando descubre cierta ironía; en la voz de Mario vibra sordamente la impaciencia propia de quien presume una hostilidad que no comparte ni acierta á definir y precisar. Ferrando y Téllez permanecen sentados. Mario, de pie, se apoya, sobre una mesa vecina; á ratos, se pasea.)

MARIO.—¡Hola!... Se alimentan ustedes...

TÉLLEZ.—No sólo de ideas vive el hombre...

FERRANDO.—¿Quiere usted tomar algo con nosotros?

MARIO.—No, mil gracias. Iré más tarde á tomar el té en la rambla.

FERRANDO.—En la amable compañía de la familia de Arval...

MARIO.—O de cualquier otra... (*Cambiando de tono.*) Veo que interrumpo una conversación confidencial... (*Haciendo ademán de irse.*) Ustedes disculpen...

TÉLLEZ.—Nada interrumpe usted...

FERRANDO.—Hablábamos de *sports*; del tiro á la paloma, del *tenis*, del *golf*...

TÉLLEZ.—Parece que hay una verdadera afición á este juego.

FERRANDO.—¿Lo cree usted así? De cien concurrentes al campo de *golf*, apenas si diez lo juegan. De

éstos, apenas si uno lo juega con gusto. Los demás concurren porque no tienen otra cosa que hacer, porque es una ocasión para el *flirt*, en fin, por moda... ¡La moda, qué gran tirana, que gran hipócrita!

TÉLLEZ:—¡No maldigamos de la moda! No imitemos á esos románticos melenudos que reniegan la del siglo presente... porque siguen la del siglo pasado.

MARIO.—La moda no es más que una forma del progreso. El amor á la moda es el instinto de perfección en los espíritus vulgares.

FERRANDO.—¡Vivir para ver!... Nunca hubiera pensado que dos hombres serios ponderasen la moda como una bendición del cielo.

MARIO.—Yo no la pondero. La defiendo contra los ataques que le dirigieron nuestros padres sin comprenderla, y obedeciendo sin saberlo á su tiranía!

TÉLLEZ.—Antes era moda despreciar la moda... Hoy es moda andar á la moda.

MARIO.—Si no fuera por la moda andaríamos todavía con una corona de plumas sobre la nuca por toda vestimenta.

FERRANDO.—¡Y no quedarían tan mal así muchas de nuestras jóvenes amigas!

MARIO.—Es cuestión de costumbre. Si las viéramos siempre en *toilette* de salvajes, clamariamos por el corsé, que tantos defectos disimula. (*Pausa breve.*) Sí, doctor, renegar de la moda es renegar de la civilización.

FERRANDO.—Si así piensa usted, ¿por qué no anda vestido de punta en blanco y saca modas como cualquier petimetre?

MARIO.—Porque no tengo tiempo. Soy médico.

TÉLLEZ (*á Ferrando, sonriendo.*) Y usted también, doctor, para ser consecuente con sus ideas, ¿por qué no anda vestido de salvaje y coronado de plumas?

FERRANDO.—¡A mi edad!... ¡Bonito quedaría!...

TÉLLEZ (*mirando á Mario de piés á cabeza.*)—Pues si no es usted un *dandy*, amigo Mario, en este momento lo parece. «No son todos los que están, ni están todos los que son.»

FERRANDO (*á Mario.*)—Cierto. Se ha transformado usted. Hasta creo que va usted á dirigir un cotillón con la señorita de Arval... Pero su cambio no obedece á sus teorías sobre la moda. Las teorías han venido después, para justificar el cambio. (*Movimiento de sorpresa en Mario.*) Estará usted enamorado. En la época de celo, los animales se revisten de sus mejores galas.

Los cuadrúpedos cambian de pelaje, las aves despliegan sus plumas más brillantes, hasta los reptiles se endosan una piel nueva. . .

MARIO, (*interrumpiendo*).—¡Y todo esto á propósito del *golf*!

TÉLLEZ.—Porque yo decía que ha despertado entre nosotros una verdadera afición. . .

FERNANDO.—Porque yo negaba que esta afición sea tan verdadera. . .

TÉLLEZ.—Si niega usted todavía, mire aquel grupo que viene. (*En efecto, por la izquierda entra un grupo de damas y caballeros, en trajes de playa, conversando alegremente. Entre ellos viene Zulema, una dama soltera; pero ya menos jóven de lo que pretende parecer. Es elegante, acaso demasiado elegante. Anda siempre muy empolvada y compuesta. Cuando va á decir alguna pequeña perversidad, guiña rápidamente los ojos. Cuando hay quien se la diga, los abre grandemente, y ríe con sonoras carcajadas, mostrando una blanquísima dentadura. Pronuncia bien, mas con alguna afectación, las palabras y frases francesas que á veces emplea.—Y cierra el grupo un jóven con un haz de bastones y palas de golf. Aunque todos se encaminaban á la escalinata, al ver á Mario se detienen, se codean, y acuden á él, rodeándole, para felicitarle cordialmente. No parecen apercibirse de Ferrando y Téllez, que continúan su conversación. Mario y los que llegan forman un grupo aparte, en primer término.*)

ESCENA III

DICHOS, ZULEMA Y DAMAS Y CABALLEROS

ZULEMA (*dando la mano á Mario*).—¡Qué sorpresa nos reservaba usted! ¡Mis felicitaciones!. . .

UN CABALLERO (*estrechando también la mano de Mario y palmoteándole en el hombro*).—¡Y las mías, Blasco! (*Las demás personas del grupo repiten sucesivamente: «¡Y las mías! . . . » ¡Y las mías! . . . » Mario hace un gesto de negación y protesta; pero no le dan tiempo para hablar. . .—Ferrando y Téllez se levantan*)

TÉLLEZ (*á Ferrando, indicándole el grupo*).—Voy á pasearme un momento por la terraza. . . mientras pasa esa nube de langosta saltona.

FERRANDO.—Y yo me quedo. . . á observar sus estragos. (*Sale Téllez por la izquierda.*)

ZULEMA.—¡Y cómo venía preparándose el triunfo, tan calladito!

EL CABALLERO.—Ha dejado usted el tendal de muertos y heridos en el campo de batalla. (*En el grupo, una voz masculina dice: «¡Pobres!» Una voz femenina replica: «¡Ya resucitarán y se curarán!»*)

MARIO (*alzando la voz para ser oído*).—Agradezco la intención de ustedes; pero no hay motivo para felicitarme.

ZULEMA.—¡Lo hay! *A tout seigneur...*

EL CABALLERO.—¡Vaya si lo hay! (*En el grupo repite una dama: «¡Ya lo creo que hay!»*)

MARIO.—Parecen ustedes mascaritas. Hablan todos juntos, en enigmas y en broma. Se anticipan al Carnaval...

ZULEMA.—Pero le halagamos el oído con palabras agradables. ¡Otras cosas oiría usted si tuviéramos careta!

MARIO.—¿Cosas desagradables?

ZULEMA.—Seguramente.

MARIO.—De manera que la careta... natural que lleven todo el año les sirve para decir palabras agradables. Y la máscara de trapo que se pondrán en el Carnaval... para desenmascarar el alma.

EL CABALLERO.—Poco le falta á usted para llamarnos sepulcros blanqueados, como el cura que predicó el domingo.

MARIO.—Eso sería descortés con las señoras. Podría creerse que me refiero al arte de Moussión...

FERRANDO (*Acercándose al grupo*).—¡Qué!... ¿Tendría usted, Blasco, después de defender la moda, el mal gusto de desaprobarnos á las damas que se embellecen pintándose?... ¡No sea usted ingrato!... Yo, por mi parte, cuando veo á una de ellas me dan ganas de acercarme, darle la mano y decirle: «Muchas gracias, señora, por la parte que me toca...» Porque ellas no se toman tanto trabajo para agradar á un hombre determinado, sino para agradarnos á todos. (*Risas.—Ferrando se retira hacia el foro, á mirar el panorama*).

ZULEMA (*Con intención*).—¡Felices las que despiertan pasiones sin tomarse tanto trabajo!

EL CABALLERO.—¡Felices los que toman la plaza sin sitiarla, y contra el sitio de los demás!

MARIO (*á Zulema y el Caballero*).—Parecen ustedes referirse otra vez á mi... Y el caso es que no sé porqué me felicitan ustedes.

ZULEMA.—El muy pícaro quiere que le hablemos de ella... ¡Pues no le daré el gusto!

EL CABALLERO.—¡Hágase usted el zorro!

UNA DAMA.—Y eso que las uvas no están verdes...

ZULEMA.—¿De qué habló usted ayer toda la noche en el salón de baile con Silvia Arval?

EL CABALLERO.—Todos sabemos que usted se ha comprometido con ella. Es inútil que lo niegue.

MARIO.—Pues lo niego, aunque sea inútil.

ZULEMA.—No lo niega usted muy convencido... ¿Espera que la mamá ratifique el compromiso de la niña?... ¡No tema, Blasco, que ha de ratificarlo! Aunque Laura es un poco *entêtée*...

MARIO (*con disimulada impaciencia*).—Pueden ustedes creer lo que quieran. Lo único que yo debo decirles es que todavía no hay nada entre Silvia y yo.

LA DAMA.—¡Todavía! (*Risas en el grupo*.)

EL CABALLERO.—¡Se ha vendido usted! (*Vuelve Téllez, y se junta á Ferrando*.)

ZULEMA.—¿Y no nos agradece nuestras felicitaciones?

EL CABALLERO (*remedando á Mario*).—«Todavía» no es tiempo.

FERRANDO (*acercándose al grupo*).—No sé qué noticia acabo de pescar sin querer, porque no me gusta escuchar conversaciones ajenas... (*Dando la mano y palmeando efusivamente á Mario*.) Ahora comprendo su *dandysmo*. Era un recurso para conquistar una mujer. Usted se ha disfrazado de *dandy* como yo me disfrazaría de conde... Y por haber obtenido usted el éxito deseado, lo felicito, lo felicito de todo corazón.

ZULEMA (*con intención*).—Pero si «todavía» no hay nada entre Silvia y él... (*Al grupo*.) Deberíamos aplazar nuestras felicitaciones...

EL CABALLERO.—É irnos ahora con la música á otra parte...

ZULEMA.—Hasta cuando haya algo y se le pueda felicitar...

EL CABALLERO (*despidiéndose de Mario*).—¡Hasta luego, pues! (*Téllez y Ferrando se sientan*.)

ZULEMA (*como apercibiendo recién á Téllez*).—*Tiens, tiens!*... ¡Qué triste está usted, Máximo! Parece que hubiea sufrido alguna terrible decepción... ¿Por qué no viene con nosotros, á distraerse jugando al *golf*?

TÉLLEZ.—Iré más tarde. (*Zulema y sus acompañantes se encaminan á la escalinata*.)

LA DAMA.—Venga, Téllez. Cabe usted en el coche.

TÉLLEZ.—Gracias. Disculpen. (*Indicando á Ferrando*.) Tengo que hacer una importante consulta al doctor...

MARIO (*saludando á Ferrando y á Téllez*).—Les dejo á

ustedes... (*Ferrando y Tellez saludan á Mario, que sale por la derecha.*)

El CARALLERO (*todavía en el umbral de la escalinata, á Téllez, y refiriéndose á Ferrando.*)—¿Le pide usted la receta de un filtro de amor? ¡Es tarde ya! (*Sale por el foro con su grupo.*)

ZULEMA.—¿Le pide usted un remedio para contener la caída del cabello? ¡Sería demasiado temprano! (*El grupo baja riendo y conversando por la escalinata, y sale por la derecha del foro.*)

TÉLLEZ. (*á Zulema antes de que acabe de descender por la escalinata.*)—No ha llegado el momento, es cierto.

ESCENA IV

FERRANDO Y TÉLLEZ

FERRANDO.—Si se tratara de una tintura para disimular las primeras canas, antes que á mi debiera usted consultarla á ella.

TÉLLEZ (*pasándose la mano por el cabello*).—Felizmente, por ahora no hay canas, ni calva...

FERRANDO. (*sonriendo*).—Pero ya vendrán, ya vendrán... Y entonces será usted incurablemente un solterón ¡por imprudencia!

TÉLLEZ (*poniéndose de pié*).—¡Por imprudencia! Explíqueme usted eso, doctor. (*Comienza á pasearse*).

FERRANDO.—Si, amigo mío, por imprudencia. Usted deja pasar el verano cantando, como la cigarra, sin hacerse un hogar para el invierno, como la hormiga... ¿Por qué no piensa usted seriamente en casarse, en vez de perder el tiempo mariposeando aquí y allá?

TÉLLEZ (*deteniéndose*).—¿Y quien le ha dicho á usted que yo pierdo el tiempo «mariposeando aquí y allá»?

FERRANDO.—Mi buen sentido. Con su fortuna, su nombre, su mundo, su inteligencia, sus éxitos de *diletante* en las letras, no tendría usted ahora más que llamar con el dedo á la niña con quien quisiera casarse y ella vendría hacia usted... ¡No es niñas casaderas lo que nos falta!

TÉLLEZ — ¡Bah!... Casarse por casarse... ¡Eso, nunca! (*Entra Diego por la escalinata del foro. Es un jovencito flacuchín y afeitado, parece un adolescente. Viste todo de blanco, con corrección y aspiraciones de elegancia.*)

ESCENA V

DICHOS, DIEGO Y DESPUÉS MISS DOLLY

DIEGO.—¡Adios! ¿Están ustedes de confianza?

FERRANDO.—Un poco...

TÉLLEZ.—Y usted, Diego, ¿busca á su inseparable Miss Dolly?

DIEGO (*suspirando burlescamente*).—Desgraciado de mí! ¡Ya no puedo vivir sin el amor de esa beldad pecosa y de cartón piedra! (*Miss Dolly aparece por la izquierda. Alta, angulosa, rubia, de facciones hombrunas, de ademán tímido y fino, presenta el aspecto típico de una institutriz que ha dedicado su vida al servicio de buenas casas. Usa lentes. Habla correctamente el castellano, si bien con acento extranjero. Viste de colores claros, impropios de su edad y condición; pero no sin cierta elegancia romántica. Viene de prisa.*)DIEGO (*adelantándose á recibirla*).—¡Al fin ven mis ojos el sol de la mañana! (*Le ofrece irónicamente el brazo, que ella no acepta.*)MISS DOLLY.—Déjese de bromas, niño Dieguito. (*A Ferrando y Téllez.*) ¿No han visto ustedes, señores, pasar para la rambla á la señora Laura y á las niñas?

FERRANDO.—No, mis Dolly. Ellas no han pasado por acá.

DIEGO.—¡Y yo, que creía fuera á mí á quién usted buscaba!

MISS DOLLY (*á Ferrando y Téllez*).—Ustedes disculpen, señores. (*Sale por donde viniera.*)TÉLLEZ (*á Diego*).—¡Pero, Diego!... ¿No tiene otra cosa en qué entretenerse que incomodar á esa pobre vieja?

DIEGO.—¡Qué poco conoces á las mujeres! Yo no incomodo á miss Dolly, sino que la divierto... A todas les gusta oír cumplimientos; y las que no pueden oírlos en serio, se contentan con oírlos en broma. Además, ella no es tan vieja...

TÉLLEZ.—Pudiera ser tu abuela...

DIEGO.—¡No!... Ciertamente que representa unos treinta años; pero tiene... más de sesenta. (*Cambiando de tono.*) Y si no me divierto con miss Dolly, ¿con quién iba á divertirme?... ¿La ruleta? Se ha suprimido. ¿Las niñas? En cuanto uno conversa con cualquiera, ¡me lo casan! ¿Las señoras? No hablan más que de los pañales de sus chicos. Y si alguna atiende á los jóvenes, ¡pobre de ella! ¿Cómo la ponen las mamás con niñas casaderas!

FERRANDO.—Está usted exajerando, Diego...

DIEGO.—... Y para colmo, en todo Mar del Plata no hay una sola mujer presentable de vida alegre. (*A Téllez.*) ¿Sabes lo que pasó á la pobre Ninón, que llegó ayer al *Comfortable Hotel*, á tomar baños, muy enferma, por prescripción médica? ¡La echaron! Y como en ningún hotel querían recibirla, la pobrecita tuvo que volverse á Buenos Aires... (*Agarrándose la cabeza.*) ¡Qué país éste, qué país! (*Sale por la izquierda*)

ESCENA VI.

FERRANDO Y TÉLLEZ

FERRANDO (*prosiguiendo la conversación interrumpida*).— ¡Entiéndame usted!... Yo no le aconsejo que se case por casarse...

TÉLLEZ (*imitando á Diego*).— ¡Qué país éste, qué país! Aquí no hay más recurso que casarse, vivir tranquilo con una mujer muy gorda, y dar á la patria una docena de hijos.

FERRANDO.— Dice usted bien. Por eso le digo que se case, y no con cualquiera: con la que elija entre todas... Ninguna niña dejará de aceptarle, ¡ninguna! si usted se sabe insinuar. (*Pausa*).

TÉLLEZ (*Muy serio, casi con tristeza*). — Pues sépase usted, doctor, que me he insinuado. Hace ya tiempo que me decidí por una... ¡Y la quiero todavía, con toda el alma, como un chico de veinte años!

FERRANDO (*serio*).— No habrá sabido usted cortejarla. Se habrá declarado antes de tiempo... ¿Ha visto usted á los paisanos cazar perdices á caballo, con un lazo corredizo atado al extremo de una caña? Se dá vuelta alrededor de la perdiz hasta marearla, y cuando ella se echa en el suelo, se le tiende el lazo y se la pesca. Si el lazo se tiende antes de que ella se eche, la perdiz se escapa volando. (*Pausa*.) Así se casan también las mujeres. (*Sonriendo*.) Su perdicita no se habría echado aún cuando usted le tendió el lazo y salió volando...

TÉLLEZ.— ¡Para no volver más!

FERRANDO.— Puede ser que vuelva. (*Pausa breve*.) ¿Quién era ella, si no es indiscreción preguntarlo? Recuerde usted que un médico es un confesor.

TÉLLEZ.— Mi fracaso no es ningún secreto de confesionario. No soy de los que saben disimular...

FERRANDO.— ¿Quién era, pues?

TÉLLEZ.— Creo habérselo dicho ya... La que se comprometió anoche con Mario.

FERRANDO.—¿Silvia?

TÉLLEZ.—Silvia.

FERRANDO.—¿Y está usted tan seguro de que se ha comprometido?

TÉLLEZ.—El mismo Mario me lo dijo, aunque en reserva y á requisición mía.

FERRANDO.—Hay mozos que se dicen comprometidos con una niña, para alejar á los competidores.

TÉLLEZ.—No es ese el caso de Blasco. Bien sabe usted que él nada tiene de mentiroso ni de fanfarrón...

FERRANDO.—Convengo en que fué sincero con usted. El ha creído comprometerse... Tal vez se comprometerán ella y él... ¡Pero del compromiso al casamiento!... *(Una pausa.) (Confidencialmente.)* Yo le aconsejaría á usted que se case con ella, si insiste. Las chicas no saben lo que quieren; un día dicen que sí y otro que no... Las manías suelen ser más firmes; y me temo que la señora, mi amiga Laura, diga decididamente que no...

TÉLLEZ *(sorprendido)*.—¿Por qué?

FERRANDO.—Por muchas razones. Blasco no puede serle simpático, pues su padre tuvo un pleito bastante ruidoso con la familia de Arval, pleito que ella no ha de haber olvidado del todo. Blasco es pobre, tiene deudas, carece de un nombre patricio... Y la señora ha fundado grandes esperanzas en Silvita. Todo le parecerá poco para su niña.

TÉLLEZ.—Usted olvida que Mario es una brillante promesa, profesor de la facultad, autor de varios libros notables...

FERRANDO.—Pero no es hábil para ganar dinero...

TÉLLEZ.—¿Y la gloria?

FERRANDO.—Con gloria no se paga palco y automóvil. Además, de esas promesas como Blasco, pocas se cumplen... La juventud del día es impetuosa; tiene impulso... ¡Lástima que sus bríos se acaben tan pronto!... Por mi parte, yo desconfío de prematuras reputaciones. Y nunca he fundado grandes esperanzas en Blasco... *(Pausa.)*

TÉLLEZ.—Yo lo creía amigo suyo...

FERRANDO.—Y lo es. Nada tengo contra él. Hasta ahora se ha portado bien...

TÉLLEZ.—¡Hasta ahora!... ¿Y después?... *(Entra Vilana por la izquierda. Es un tipo mediocre, mas no vulgar; moreno, de ojos fríos y penetrantes, nariz aguileña, bigotes negros. Al apercibirle, Ferrando y Téllez suspenden la conversación, y se dirigen á él saludándole.)*

ESCENA VII

DICHOS Y VILANA

FERRANDO (*dándole la mano*).—¡Hola Vilana! ¿Desde cuando por aquí?

VILANA.—Acabo de llegar en el tren de la mañana. Prefiero madrugar á pasar una mala noche en viaje. (*Dando la mano á Téllez*.) ¿Y qué novedades se cuentan por Mar del Plata?

FERRANDO.—Las de siempre; algún noviazgo nuevo, falso ó cierto. Usted sabe que en nuestra sociedad rara vez hay otras novedades. Las mujeres son demasiado honestas, y los hombres viven absorbidos por sus negocios.

TÉLLEZ.—La gente no se ocupa aquí más que de casarse y de casar á los demás. Todos se casan de puro aburridos, sin saber cómo ni por qué. Más que un pueblo de baños, esto es una agencia de casamientos. Ya lo sabe usted, Vilana; no ha de volverse soltero de esta temporada...

VILANA.—¿Y cuál es el último compromiso?

FERRANDO.—El de Blasco... con Silvia Arval.

VILANA.—¿De Blasco... con Silvia Arval!

TÉLLEZ.—Sí. Su casamiento parece cosa hecha. Mañana bailará usted un cotillón dirigido por ellos. Y usted, ¿qué noticias trae de Buenos Aires?

VILANA.—También de Blasco... ¡Pero no con Silvia Arval! Un asunto bastante turbio...

FERRANDO (*sin poder contener su curiosidad*). — ¿Qué asunto?

VILANA (*sentándose*).—No estoy bien enterado... Ustedes saben que él es ahora director del Hospital Municipal del Norte... (*Ferrando y Téllez se sientan*.) En la caja estaba depositado un ciento de miles de pesos, para construir un nuevo pabellón... Casualmente en esa cantidad había una fuerte suma donada por la sociedad de San Vicente, que preside ó presidió la señora de Arval... Pues todo el dinero ha desaparecido de la caja, y se acusa al director de haberlo substraído.

TÉLLEZ.—¿A Mario?... ¡Imposible!... ¡El está sobre toda sospecha!

VILANA.—Yo no dudaba de él... Pero, desgraciadamente, parece que las apariencias están en su contra. El asunto se ha hecho de ayer á hoy un escándalo público. No ha faltado gente mal intencionada que pusiera en los diarios de hoy sueltos reticentes.

FERRANDO (*conteniendo su satisfacción interior*).—Ha de

haber un error en todo eso. Yo necesitaría ver las pruebas con mis propios ojos para creer en la culpabilidad de Mario. (*Insidioso.*) Verdad que gastaba un buen tren de vida, demasiado caro para un médico principiante...

VILANA.—Y que además pagaba la deudas que dejó su padre...

TÉLLEZ.—Gastara lo que gastase, ¡afirmo que Mario no es un ladrón vulgar!

FERRANDO.—¡Un ladrón vulgar! Nadie dice semejante cosa...

VILANA.—Yo me he limitado á contarles lo que se cuenta... Los comentarios... se los dejo á ustedes. (*Pausa.*)

TÉLLEZ.—Es extraño, muy extraño; y Mario parece no saber nada todavía...

VILANA.—Es que los diarios se han apresurado mucho esta vez, en el deseo de sorprender al público. Aun no lo nombran, naturalmente; pero dan tales señas y datos...

TÉLLEZ.—Debíamos avisarle.

FERRANDO.—Ya tendrá tiempo de saberlo.

VILANA.—Por mi parte, creo que nosotros no debemos decirle una palabra. Les pido reserva; no quiero meterme en líos.

FERRANDO.—Claro. De un momento á otro él recibirá su aviso llamándolo á Buenos Aires. Las malas noticias llegan siempre pronto. Entre gente desocupada y falta de temas, la llama correrá como en un reguero de pólvora.

VILANA.—Porque han de saber ustedes que desde ayer la justicia instruye el sumario, y que el subdirector ha prestado ya una declaración que compromete á Blasco.

FERRANDO.—¿El subdirector Rosales?... Lo tengo por decentísima persona.

VILANA.—Lo mismo yo.

FERRANDO.—El caso es, entonces, más grave de lo que yo pensaba. Rosales tendrá sus razones y no ha de hablar sin pruebas... ¡Pobre Blasco! ¡Quien lo hubiera imaginado! (*Aparte á Téllez, sonriendo y palmeándole el hombro.*) ¿No le dije yo que usted debía insistir en sus festejos á Silvia? Ahora puedo asegurarle que ella no se casa con Mario. (*Pausa.*) Triunfará la oposición de Laura. La niña se sentirá muy abatida, necesitará consuelo... ¡Y espero que usted aprovechará el momento en que se eche la perdiz!... (*Entra Diego por la izquierda y se dirige directamente á Vilana, quien se levanta á saludarle.*)

ESCENA VIII

DICHOS Y DIEGO

DIEGO (*Estrechando la mano á Vilana*).—¡Tanto gusto de verlo por acá!

VILANA.—¿Y la familia?

DIEGO.—Buena. Está aquí conmigo, ¡y yo me aburro á morirme por acompañarla!... Como usted había anunciado su viaje, le esperábamos de un día para otro.

VILANA.—No he podido venir antes. ¿Y Pura está con ustedes?

DIEGO (*sonriendo*).—Como siempre. ¿Porqué habíamos de haberla dejado de Cenicienta en la estancia?... (*Serio*). Me acaba de decir Valdés que ha venido con usted en el tren... Yo lo andaba buscando porque tengo algo que hablar con usted..

VILANA (*á Ferrando y Téllez apartándose de ellos*).—Con el permiso de ustedes. (*Ferrando y Téllez se retiran conversando hacia el foro*.)

DIEGO.—¿Qué hay de verdad en el asunto de Mario? Usted, como colega de él, y por venir de Buenos Aires, debe saberlo...

VILANA.—Pues nada sé. ¿Qué quiere usted que yo sepa Diego?... He oído decir que los diarios de la mañana traen algo... Yo ni los he leído... Ya estarán en la sala de lectura. Puede usted consultarlos.

DIEGO.—Me parece que convendría prevenir á Mario...

VILANA.—Mal podría prevenirlo yo, que nada sé. El asunto es demasiado escabroso...

DIEGO.—Tan escabroso no ha de ser... Disculpe usted; yo lo creía amigo de Mario. (*Vilana hace un gesto de protesta por su amistad con Blasco. Siguen conversando*.)

FERRANDO (*prosiguiendo su conversación con Téllez*).—No tiene usted por qué tener el menor escrúpulo en cortejar ahora á Silvia. Usted no falta en nada á su simpatía ó su amistad con Blasco. Piense que si no es hoy usted, será mañana cualquier otro...

TÉLLEZ.—¡Pero sorprenderla así!...

FERRANDO.—Las mujeres todas son lo mismo. Más que al sitio se rinden al asalto. Les gusta ser sorprendidas y dominadas. Mi finada mujer se comprometió conmigo casi contra su voluntad, y después fué la mejor de las novias y la mejor de las esposas...

VILANA (*á Ferrando y Téllez*).—¿Quieren ustedes dar conmigo una vuelta?

TÉLLEZ.—Vamos.

FERRANDO.—Yo iré antes al salón de lectura.

VILANA (á Diego.) ¿Usted no viene, Diego?

DIEGO.—Luego iré. (*Ferrando, Téllez y Vilana salen por la izquierda. Diego se sienta, preocupado, con las manos en los bolsillos, en un banco que está en el fondo, junto á la balaustrada. Por la izquierda entra el mozo del hotel, y retira el servicio que estaba sobre la mesa. Por la derecha entran doña Laura, Silvia y Pura.*)

ESCENA IX

DIEGO, DOÑA LAURA, SILVIA Y PURA

(Doña Laura tiene el porte de una antigua matrona patricia. Aunque bien conservada, viste sencillamente. Es delgada, de facciones enérgicas y además resuelto. En su cabellera negra hay algunos hilos blancos. Lleva siempre «impertinentes» consigo, aunque pocas veces los emplea. Silvia es menuda, graciosa, naturalmente coqueta. Pura, alta y elegante; su andar y su palabra tienen un reposo extraño á su edad. Las tres vienen en cabeza. Al verlas Diego se levanta y se adelanta á recibir las.)

DIEGO.—¿De dónde salen ustedes, sin vestirse á esta hora? Miss Dolly las andaba buscando desesperadamente...

DOÑA LAURA.—Estuvimos en el salón de música, y después en las habitaciones de Clara, viendo su colección de sombreros.

SILVIA.—Imagínate que se ha traído cuarenta y siete.

DIEGO.—¿Y cuanto tiempo pasará en Mar del Plata?

SILVIA.—Poco. Creo que ocho ó diez días.

DIEGO.—Pues entonces, hijita, si no se cambia de sombrero cada cuarto de hora ó no se pone cada vez cuatro ó cinco, uno encima de otro, formando una torre de Eiffel sobre la cabeza, no sé como se dará tiempo para lucirlos todos. (*En otro tono, á doña Laura*). ¿Sabes mamá, que acaba de llegar Vilana? (*A Pura*). Me ha preguntado muy especialmente por tí. Voy á convidarlo á comer con nosotros esta noche.

PURA.—Lo que es por mí...

DOÑA LAURA.—Invítalo de mi parte. (*Disponiéndose á salir por la izquierda.*) Vamos, muchachas, á ponernos los sombreros para ir á la rambla.

SILVIA (*aparte á Diego, mimosamente*).—Invítalo también á Mario.

DIEGO (*entre dientes*).—Mario no estará para convites esta noche.

DOÑA LAURA (*á Diego, presumiendo la indicación de Silvia*).—No veo la necesidad de invitar á Blasco.

DIEGO.—Ni veo yo la necesidad de desairarlo no invitándolo, precisamente en estos momentos... (*Dona Laura, Silvia y Pura, que se disponían á salir por la izquierda, se detienen, intrigadas por las palabras de Diego.*)

DOÑA LAURA. (*impaciente*).—¡Precisamente en estos momentos!... ¿Qué le pasa á ese señor?

DIEGO.—Quizás algo grave, y que no debemos reagravar de nuestra parte... (*Silvia y Pura se manifiestan alarmadas.*)

DOÑA LAURA.—¿Algo grave?

DIEGO.—Es un decir, vamos... En todo caso no será para contárselo á mujeres. Vayan á arreglarse, que se hace tarde. ¿Quedamos en que lo invito también á Mario?

DOÑA LAURA.—No.

PURA.—Supongo que no será serio eso que le pasa... y que tú no puedes contar á mujeres.

DIEGO.—Es serio, muy serio.

PURA.—Cualquier cosa que sea, no afectará su honor.

DIEGO.—Afecta su honor... aunque yo lo tenga por un caballero. Creo que debemos invitarlo... sobre todo hoy...

SILVIA.—Cierto...

DOÑA LAURA (*á Silvia, estallando en una cólera antes contenida*).—Pues anoche estuviste demasiado con Blasco en el salón de baile... Te advierto que se dice que se ha declarado... (*Una pausa.*)

SILVIA (*turbada*).—Hace ya tiempo que se declaró, mamá... Y anoche lo he aceptado.

DOÑA LAURA.—¡Lo has aceptado!... ¡Y sin decirme nada!

SILVIA.—Todo el día he estado por decírselo y no me he atrevido...

DOÑA LAURA (*exaltándose y dominándose*).—Pues yo no te doy mi consentimiento, Silvia... ¡De ninguna manera!... ¡De ninguna manera!...

SILVIA (*lagrimeando*).—¡Mamá, por Dios!... La gente del hotel ya lo sabe.

DOÑA LAURA.—¿Qué sabe?

SILVIA.—Mi compromiso...

DOÑA LAURA.—¿Si tu madre no lo sabía, nadie lo sabe. . . ¡Lo que tu sabías bien es que yo me he opuesto siempre!... ¡Y lo que Diego acaba de decirnos, no anuncia nada bueno! (*A Diego*). ¿Quieres explicarte mejor?

DIEGO (*vacitando*).—No puedo... (*Como hablando consigo mismo.*) Pero si no se lo digo yo, cualquiera de esas

almas caritativas que tanto abundan en este país les dará la noticia, saturándola de arsénico...

DOÑA LAURA.—Así es. Mejor será que hables pronto y nos digas lo que pasa. Ven á nuestras piezas.

DIEGO.—No. Lo que pasa... es que se dice... que ha desaparecido una fuerte suma de la caja del Hospital que administra y dirige Mario, y...

PURA (*palideciendo*).—¿Qué dices, Diego?

SILVIA.—Aunque se acuse á Mario, eso no será cierto... (*Una pausa.*)

DOÑA LAURA.—Nada nos importa que sea ó no cierto. Por otras razones te niego mi consentimiento, Silvia, te lo niego. Tú eres muy niña para comprender... Y no insistas si no quieres matarme á disgustos, Silvia, ¡no insistas!

SILVIA.—¿Y yo que voy á hacer, mamá?... Ya le he dicho que sí...

DOÑA LAURA.—Ahora le dirás que no.

SILVIA.—Pero, ¿por qué se opone usted, mamá?

DOÑA LAURA.—Si te empeñas, nos volvemos esta misma noche á Buenos Aires...

PURA.—¡Tía Laura!

DIEGO.—Ya tendrán tiempo de romper el compromiso más adelante... Marcharse hoy sería dar una campanada.

SILVIA.—¡Piénselo usted bien, mamá!... Yo no puedo romper así no más... Las niñas tenemos también nuestro honor, y yo he dado mi palabra...

DOÑA LAURA.—El honor de las niñas es obedecer á sus madres. Tu palabra, arrancada por sorpresa, nada vale. Dile que le contestaste distraída... equivocada... confundiéndolo!...

SILVIA.—¡Distraída!... ¡equivocada!... ¡confundiéndolo!... Todo el mundo se reíría de mi.

DOÑA LAURA.—La mitad del mundo se ríe de la otra mitad. Ríete tu también del mundo.

SILVIA.—¡No puedo, mamá, no puedo! (*Llora.*)

DIEGO.—Váyanse á discutir y á llorar á sus cuartos. Cualquiera puede pasar ahora por aquí y ver esta pequeña escena de familia.

PURA (*con tono de ruego*).—Ven tú con nosotras.

DIEGO.—Dios me libre. Ni en el teatro me gustan las escenas trágicas.

PURA.—Piense un momento, tia Laura, que nada fundamental tiene usted contra Mario... Desairarlo esta noche, corriéndose la calumnia que se corre, sería

dar pábulo á la maldad de la gente... Podía usted invitarlo á comer, para no hacerle un gran mal... Tal vez más tarde dará usted su consentimiento á Silvia, y entonces ya no habrá remedio para reparar el mal que se le hace hoy.

DIEGO.—Eso digo yo.

DOÑA LAURA (*con intención, á Diego*).—Tú siempre has de decir lo que dice Pura. Por lo visto, para tí, tu madre y tu hermana no son nada cuando se trata de tu prima.

DIEGO (*con evidente enojo, casi indignado*).—¡Ya pareció aquello!...

DOÑA LAURA (*á Pura*).—Y tú, Pura, ¿te atreves á dar lecciones á tu tía?

PURA.—A nadie me atrevo á darle lecciones, tía Laura. Pero usted está irritada, y en los momentos de irritación todos podemos hacer ó decir cosas de las cuales después nos arrepentimos, cuando es demasiado tarde... Y Mario se justificará. Su reputación...

DOÑA LAURA.—¿Qué te importa á tí la reputación de Blasco?

PURA.—Usted sabe que su madre es mi madrina y fué amiga íntima de mamá, que murió en sus brazos... Yo lo conozco desde chica... Además, por Silvia...

DOÑA LAURA.—Nada tiene que ver Silvia en el asunto...

SILVIA.—Mi compromiso...

DOÑA LAURA.—No existe... ni existió más que en tu cabecita de chorlo. (*Cambiando de tono.*) ¡Vamos, pues, á ponernos los sombreros para ir á la rambla!

PURA.—¡Un momento, tía Laura, por favor!... Dígale usted á Diego que invite á Mario...

DOÑA LAURA.—¡Basta! Que lo invite él, si quiere; pero no á mi mesa...

PURA (*con voz sorda*).—Mario es un caballero... No debemos ofenderlo...

DOÑA LAURA.—Si tanto te gusta, Silvia te lo cede...

DIEGO (*señalando á la derecha*).—Cállense, que viene gente y puede oírlas...

DOÑA LAURA.—Quedamos...

DIEGO (*impaciente*).—En que no lo invitaré. Lo que las mujeres quieren, lo quiere el diablo. (*Pura toma de un brazo á Diego interrogándole ansiosamente; pero doña Laura le hace un gesto para que la siga. Diego le dá la espalda. Salen por la izquierda doña Laura, su hija y su sobrina. Por la derecha entran Ferrando y Vilana, el primero con un periódico en la mano. Se sientan.*)

ESCENA X

DIEGO, FERRANDO Y VILANA

DIEGO.—Traen ustedes aire de conspiradores de melodramas. Les dejo, para que tramen cómodamente su complot. ¡Y que no corra mucha sangre!

VILANA.—Conspiraremos contra la salud pública. Es nuestro oficio, siendo médicos...

DIEGO.—Y si no conspiran, busquen ustedes el microbio del aburrimiento... ¡Qué gran servicio harían á este país si encontraran una vacuna contra ese mal! (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA XI

FERRANDO Y VILANA

FERRANDO (*entre dientes*).—O el microbio de la tontería con su correspondiente vacuna... ¡Qué hallazgo para el país! (*seriamente*). Ahora que estamos solos, dígame usted lo que hay de verdad en el asunto de Blasco. ¡Supongo que no se habrá venido usted de Buenos Aires sin averiguarlo!

VILANA.—Naturalmente. Y creo que nos conviene, á usted y á mi, hablar del caso y entendernos. Porque usted siempre ha sido verdadero amigo mío...

FERRANDO.—¿Puede usted dudarle?... ¿Quién le hizo nombrar á usted profesor suplente de Blasco? ¡Y cuántas veces le he llamado á usted en consulta! ¡Cuántos enfermos le he enviado á su consultorio!

VILANA.—Usted sabe que yo lo proclamo el primer clínico de Buenos Aires, de la República Argentina, de América... y si no digo del mundo, es porque el mundo es demasiado grande... para mi y para usted.

FERRANDO.—Gracias. (*Pausa breve.*) En el asunto de Blasco, los diarios dan á entender que el culpable es él ó el subdirector Rosales...

VILANA.—Aquí, para *inter nos*, bien sabe usted que Blasco es incapaz de semejante delito...

FERRANDO.—El culpable debe ser Rosales.

VILANA.—A mí no me cabe la menor duda.

FERRANDO.—(*riéndose.*) A mi tampoco. Siempre fué un gran pillastre ese Rosales. No sé cómo lo nombraron subdirector del hospital.

VILANA.—Pues debe usted convenir aquí conmigo que, para nuestro grupo...

FERRANDO (*interrumpiendo*). — ¡El grupo de nuestros médicos más competentes!

VILANA.— ... Blasco es un colega incómodo.

FERRANDO (*hipócritamente*).—No tanto...

VILANA.—Cierto. Un poco más. ¡Incomodísimo!

FERRANDO.—Tiene en estado crónico é incurable esa curiosa enfermedad de los médicos jóvenes: cantar la verdad, y cuanto más desagradable, ¡cantarla más alto!

VILANA.—Pero esa enfermedad de nosotros, los médicos jóvenes...

FERRANDO (*interrumpiendo*).—Usted es un viejo, mi querido Vilana, un joven viejo.

VILANA.—...No reza conmigo. ¡Las verdades! Esas solo se dicen á los enfermos pobres ó á los malos colegas.

FERRANDO.—Los jóvenes no debieran olvidar que el secreto del éxito está tanto en la discreción como en la ciencia.

VILANA.—O más. Y Blasco carece de tino. Por eso no tiene un solo amigo en el gremio. Es demasiado vanidoso y demasiado ingenuo. ¿Sabe usted cómo ha llamado á los médicos viejos desde la cátedra? Fusiles de chispa.

FERRANDO.—¿Y sabe usted cómo ha llamado en las consultas, esa ametralladora Krupp de veinte disparos por segundo, á ciertos médicos jóvenes? Pistolitas de aire comprimido.

VILANA.—Olvida que él también puede equivocarse.

FERRANDO.—¡La juventud es tan intransigente! Pien-sen los jóvenes de hoy que mañana, cuando ellos y sus ideas envejezcan, vendrán otros jóvenes á atacarlos en sus últimas trincheras. «Quien á hierro mata...»

VILANA.—En resumen, Blasco, con sus estudios y su ojo clínico—ahora que nadie nos oye podemos reconocer que es rival formidable,—representa para nosotros, en la profesión y en la cátedra... algo como un quiste, una epidemia, una catástrofe.

FERRANDO (*riendo*).—¡Pues hay que estirpar el quiste, que curar la epidemia, que salvarnos de la catástrofe!

VILANA (*bajando mucho la voz, como si hablara en secreto*).—Y nada más fácil. La ocasión se nos presenta en el asunto del hospital, que por cierto no hemos buscado. Creeremos en la inocencia de Rosales y en la culpabilidad de Blasco... Le haremos el vacío, un *boycott* del que caerá para no levantarse más. Mar del Plata es el mejor campo de acción para nosotros... (*Pausa*). Pero veo un obstáculo que salvar en esta...

FERRANDO.—Campaña de descrédito.

VILANA.—No tanto.

FERRANDO (*riendo é imitando á Vilana*).—Cierto. Un poco mas. Esta emboscada para asestar á un inocente un tiro por la espalda.

VILANA.—Bueno. Esta «campana de descrédito»... si usted se empeña en llamarla así... encontrará un obstáculo en la familia de Arval. Novio de Silvia, Blasco se refugia en el prestigio de la familia, como en un baluarte.

FERRANDO.—Pierda usted cuidado, Vilana. Ese noviazgo no se hará. Lo sé. Soy el médico de la casa...

VILANA.—¡Ah! Usted es el médico de la casa...

FERRANDO.—Ya lo sabe usted, si se interesa por Silvia...

VILANA.—Más bien sería por Pura...

FERRANDO.—Pues Pura, siendo menos rica y menos festejada que su prima, me parece más difícil. Tiene cierto criterio independiente. Piensa como un hombre... Es toda una mujer. (*Pausa*). (*Confidencial y festivamente*). Y se le ha quedado á usted en el tintero... ó en la garganta... lo que más interés tenía usted en decirme. (*Movimiento de protesta en Vilana*). Usted sabe que, á raíz del asunto del hospital, Blasco tendrá que renunciar á su cátedra. Usted aspiró á ella en el concurso...

VILANA.—Esa cátedra colmaría mis aspiraciones... Sería un honor inmerecido, y el mejor estímulo para mis estudios...

FERRANDO.—Cuenta conmigo. Le prometo apoyarlo y hablar á mis colegas en la academia... (*Se pone de pie*). Y para terminar, permítame un consejo: ¡hable usted menos!

VILANA.—¡Bah! Con usted...

FERRANDO.—Por lo mismo, conmigo, medias palabras hubieran bastado. Supóngase que alguien nos escuchara... (*Movimiento de alarma en Vilana*.) O que á usted se le escapase en un momento de olvido ó de inconciencia... (*Gesto de protesta en el mismo*.) Cosas como las que hemos hablado, no deben decirse. Basta insinuarlas, sugerirlas...

VILANA (*souriendo*).—Con todo, me alegro de que no nos contentáramos con medias palabras. Así no hubiera usted sido tan explícito en lo de la cátedra... Hablar es á veces el mejor modo de entenderse.

FERRANDO.—El mejor modo de entenderse es tener intereses comunes. (*Por la derecha entran, ya de sombrero puesto y acompañadas de Diego, doña Laura y Silvia. Al ver á Vilana, que sale á su encuentro, le saludan. Ferrando queda sentado, leyendo su periódico.*)

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA LAURA, SILVIA Y DIEGO

DOÑA LAURA (*dando la mano á Vilana*). — ¿Acaba Vd. de llegar?

VILANA.—Sí, señora. (*Da la mano á Silvia*.)

DOÑA LAURA.—Le esperábamos á usted, ¡tanto se había anunciado!

DIEGO.—Y llega usted en la mejor época... para aburrirse. (*Vilana, Silvia, Diego y Téllez forman un grupo y conversan entre sí. Doña Laura se acerca á Ferrando, que continuaba sentado leyendo un periódico. Al verla, él deja de leer y se levanta.*)

DOÑA LAURA (*á media voz*). — Parece que ha hallado usted muy interesantes noticias en su diario.

FERRANDO.—En efecto... No salgo de mi sorpresa. Hay aquí un suelto lamentable que se refiere, aunque sin nombrarlo, á uno de nuestros amigos... La prensa no respeta nada ya... Verdad que se trata de un asunto de interés general.

DOÑA LAURA (*contrariada por el tema*). — ¿El asunto de Blasco?

FERRANDO.—Precisamente...

DIEGO (*acercándose á Ferrando*). — ¿En este diario está la noticia? (*Gesto afirmativo de Ferrando*). ¿Quiere usted permitírmelo, si ha concluído?... (*Diego toma el diario que le entrega Ferrando*). ¿Dónde está el suelto? (*Ferrando indica un sitio en el periódico; y Diego se retira hacia el foro, á la derecha, á leer el suelto indicado*)

DOÑA LAURA (*á Ferrando*). — ¿Qué piensa usted del caso?

FERRANDO.—¿Yo?... Nada. Todo puede ser verdad... todo puede ser mentira...

DOÑA LAURA.—Los antecedentes de Blasco...

FERRANDO.—No son malos. Pero los del doctor Rosales, el subdirector, son mejores. Uno de los dos es el culpable. Blasco gastaba demasiado... Nadie sabía de donde sacaba tanto dinero... Y Rosales es un modesto padre de familia. Entre médicos, todos nos conocemos bien...

DOÑA LAURA.—De modo que el culpable es Blasco ó es Rosales... y como Rosales es inocente...

FERRANDO.—Blasco se justificará... ¡Pasan cosas tan extrañas en el mundo!... En todo caso, él habrá sabido hacer las cosas.

DOÑA LAURA.—Aunque se justifique, su nombre...

FERRANDO.—En este país no hay sanción. Ni se premia

lo bueno, ni se castiga lo malo. Todo se olvida. Pasará un año, y ya nadie se acordará del asunto, ¡créame usted!

DONA LAURA (con un gesto de indiferencia).—De todos modos... (En voz alta, á Silvia.) Seguiremos á la rambla, Silvia.

SILVIA.—Un momento, mamá. Esperemos á Pura, que se está poniendo el sombrero y debe llegar con miss Dolly. (Continúan conversando, en un grupo doña Laura con Ferrando, y todos los demás en otro grupo. Por la derecha del foro vienen Zulema, una dama y un caballero, del grupo que antes pasara para el campo de «golf». Suben por la escalinata.)

ESCENA XIII

DICHOS, ZULEMA, UNA DAMA, UN CABALLERO Y DESPUÉS TÉLLEZ

ZULEMA (á Diego).—¿Qué lee usted... ¿Son los últimos diarios de Buenos Aires?... (Diego quiere disimular el periódico que tenía en la mano...)

EL CABALLERO (aparte á Zulema).—Ahí ha de estar la noticia sobre Blasco... esa que nos acaba de dar Valdés...

ZULEMA (á Diego).—¿Quiere prestarme un minuto el diario, Diego, usted que es tan gentil? (Diego entrega el periódico, como contra su voluntad, á Zulema, que le da las gracias. La dama y el caballero se acercan á ésta. Ella busca el suelto; señálaselo por arriba de su hombro uno de sus acompañantes; ella lee en voz alta.—Téllez entra por la izquierda.)

FERRANDO (á Zulema y sus compañeros).—¿Están ya ustedes de vuelta del golf?...

EL CABALLERO.—Sí... No hemos jugado.

LA DAMA.—Había allí tantos ingleses... Zulema quería jugar al ajedrez con Teresita Llanos... (Se calla, escuchando la lectura de Zulema.)

FERRANDO (á Téllez).—Ya ve usted, Téllez, la afición de nuestros criollos á los sports. Van al campo del golf á jugar al ajedrez y se vuelven porque había allí muchos ingleses...

TÉLLEZ.—No hagan ustedes caso al doctor Ferrando. Habla siempre mal de los criollos y él tiene el más grave de sus defectos: hablar mal de los criollos. (Zulema, terminada la lectura del suelto, entrega el diario al caballero, y corre hacia Silvia. El caballero continúa leyendo y comentando el suelto.)

ZULEMA (abrazando á Silvia y besándola).—¡Pobrecita Silvia!... ¡Pero qué cosa más desagradable!... *C'est épantant!*...

DONA LAURA (á Silvia).—¿No llega todavía Pura con Miss Dolly?

SILVIA (á doña Laura).—*Ya viene... (A Zulema, en voz baja). No me pasa nada... nada me pasa... ¿Tú te lo habías creído también?... ¡Si apenas conozco á Blazco!... Lo que es ahora, bien me guardaré de andar con él en ningún baile. (Llega Mario por la izquierda, y se dirige sonriendo hacia Silvia. Al verle acercarse, Zulema y Vilana que estaban junto á Silvia, vuelven la espalda á Mario, y se acercan á doña Laura y Ferrando, como si tuvieran algo que consultarles. Téllez se retira un paso atrás, dejando que Mario pueda hablar en libertad con Silvia; pero sin desairarle como los otros. Silvia se pone seria, baja los ojos, se ruboriza... Mario comprendiendo que pasa algo grave, deja de sonreirse...)*

ESCENA XIV

DICHOS Y MARIO

MARIO (á Silvia *anhelosamente*).—¿Qué significa este recibimiento, Silvia, tan distinto del de ayer?... (Silencio) ¿Ha hablado usted con su mamá?

SILVIA (con voz apenas perceptible).—Sí... (Téllez se junta al grupo donde está doña Laura).

DOÑA LAURA (llamando á Silvia).—¡Ven, Silvia, vamos á la rambla! (A Vilana). Comerá usted con nosotros esta noche.

VILANA.—Con mucho gusto. Y ahora iremos á esperarles en la rambla, con Téllez y Ferrando...

TÉLLEZ.—Perfectamente. (Salen por el foro conversando Vilana, Téllez, Ferrando, la dama y el caballero. Quedan doña Laura, Silvia, Zulema, Mario y Diego. Diego, á quien el caballero acaba de entregar el periódico que antes prestara él á Zulema, queda en el fondo, semi-sentado sobre la balaustrada.)

MARIO.—Silvita, hable usted, por Dios. ¿Qué pasa?

SILVIA (siempre sin mirarle, jugando con su sombrilla).—Mamá me ordena que rompa con usted...

MARIO.—¡Silvia!

SILVIA (conteniendo el llanto).—¡Perdóneme usted, Mario, y olvide lo que hemos conversado anoche!...

MARIO (apoyándose en el respaldo de una silla, como si recibiera un golpe en el pecho).—¡Esto es un mal sueño!... ¡No puede ser verdad, Silvia... que de la noche á la mañana usted me desprecie... destruya mis ilusiones... mis esperanzas... mi vida!

ZULEMA (que entretanto se ha acercado á Silvia, tomándola cariñosamente de un brazo, y como si no viera á Mario).—¿No vienes, Silvia?... Ya nos alcanzarán Pura y miss Dolly en la rambla.

SILVIA.—¡Perdóneme, Mario! (*Silvia, llevada por Zulema y seguida de doña Laura, se encamina á la escalinata del foro.*)

MARIO (*consigo mismo*).—¡Pero qué significa todo esto!

DOÑA LAURA.—¿Quieres acompañarme, Diego?

DIEGO.—Voy dentro de un momento. (*Salen todos menos Mario.—Por la derecha entran Pura y miss Dolly, ambas de sombrero. Pura se dirige hacia Mario y miss Dolly se hace a un lado.—El crepúsculo va obscureciéndose poco á poco.*)

ESCENA XV

MARIO, PURA Y DESPUÉS DIEGO

MARIO (*con ira reconcentrada*).—¿Me dirás tú, Pura, al fin, lo que esto significa?... Todos me vuelven la espalda... Todos me huyen como á un animal enfermo... ¡Y Silvia, la misma Silvia, me dice que su mamá le ordena que rompa para siempre conmigo!

PURA (*tan conmovida que parece no darse cuenta de lo que dice*).—Ten paciencia, Mario... ¡Domínate!... Yo no sé lo que pasa... Pero no debe pasar nada serio... Mi tía Laura se opone á tu compromiso con Silvia...

MARIO.—¿Por qué?... ¿Por qué se opone?...

PURA.—Yo no lo sé todavía... Tal vez el antiguo pleito de tu padre con su marido...

MARIO.—Esa no es una razón... ¡Y la actitud de los demás! Entre ellos estaba Vilana, mi suplente de la Facultad... ¡Pues no me ha reconocido!... ¡Lo que es á ese si le he de pedir claras y terminantes explicaciones!

PURA.—¿Piensas provocarlo?... ¡Sería una locura!... ¡Cálmate!... Míralo como si no lo conocieses, ni desearas conocerlo... No lo tomes en cuenta, ni á él ni á los demás... Esto pasará...

MISS DOLLY.—Señorita Pura, ya no podemos demorarnos. La señora Laura nos espera en la rambla... (*Entra Diego por el foro y contempla la escena.*)

PURA (*á Mario, sin contestar á miss Dolly*).—Esto se arreglará. No dudes que esto se arreglará. Es cuestión de tiempo... Para todo hay remedio en la vida, para todo, menos para la muerte.

MARIO.—El rompimiento con Silvia es como la muerte para mí... ¡Hay tantos modos de morir!... ¡Hay tantas maneras de matar!

PURA.—¡Hazte valor, Mario! Para eso eres hombre... ¡Pero, por Dios, domínate y no provoques ahora un incidente á nadie, y menos á Vilana!... Piensa que algu-

nas veces se necesita más valor para contener la indignación que para castigar la injuria.

DIEGO (*a Pura, acercandose.*)—Pura, mamá y Silvia te están esperando en la rambla.

PURA.—(*a Diego.*) Ya voy. (*a Mario, estrechándole la mano.*) Ten prudencia... Silvia te quiere siempre... Luego ó mañana hablaremos... Si no tienes amigos y quieres desahogarte, Mario, búscame y te desahogas conmigo, como con una hermana... Yo soy tan amiga tuya como cuando jugábamos al trompo ó á los soldados, ¿te acuerdas?... Y desde entonces, ¡he vivido tanto!... Puedo decirte, Mario, que conozco la vida. (*Bajan dor la escalinata y salen por la derecha del foro Pura y miss Dolly.*)

DIEGO (*acercandose a Mario.*) — Los diarios le atacan, Mario. Creo que debe usted irse esta misma noche á Buenos Aires, á defenderse y arreglar allí sus asuntos... (*Diego entrega el periódico á Mario, señalándole el suelto a que alude. Mario toma estupefacto el periódico y lee... Diego baja lentamente por la escalinata y sale por la derecha del foro, con la mano en los bolsillos, silvando entre dientes un tango popular. Después de leer y releer el suelto, Mario levanta la cabeza y mira a su alrededor. Esta solo. La noche ha caído sobre la escena.*)

MARIO.—¡Y ellos lo han creído!... ¡Y ellos fingen creerlo!... (*Estruja el periódico en sus manos crispadas por un raptó de furor.*) ¡Ah hipócritas! ¡Atacan á los demás para defenderse á sí mismos!

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un *hall* del hotel, en Mar del Plata. Dos puertas laterales á la derecha y dos á la izquierda, las del segundo término entreabiertas. Al foro, una galería de cristales que da á un jardín, con una puerta en el medio. A la izquierda del espectador, perpendicular al frente del escenario, una mesa cubierta de revistas y rodeada de sillas. Al lado derecho, en primer término, un sofá, sillones y sillas, formando un hemiciclo. Más atrás, en el mismo lado derecho, entre las dos puertas, junto á la pared, una mesita con una carpeta y un recado de escribir. A ambos lados de la puerta del foro, dos grandes macetones de madera con plantas naturales de anchas hojas.

ESCENA I

MARIO Y DESPUÉS ANTÚÑEZ

MARIO (*sentado de espaldas junto a la mesa de lectura, con un sobre azul en la mano, llamando*).—¡Antúñez! (*Por la segunda puerta de la izquierda, la puerta que se supone de su despacho, asómase Antúñez, empleado principal del hotel. Es hombre maduro, calvo, bajo, flaco, de facciones toscas y aspecto servil. Habla con acento español. Grande aficionado a traer y llevar cuentos y chismes, siempre esta descoso de charlar con la clientela elegante del hotel. Viste un gastado saco de lustrina negra y lleva una lapicera en la oreja.*)

ANTÚÑEZ (*contestando*).—¡Señor!...

MARIO (*conteniendo su impaciencia*).—¡Acérquese, pues! (*Antúñez se acerca*). ¿En qué día de la semana estamos?

ANTÚÑEZ.—En jueves, doctor...

MARIO.—¿Y en qué día de la semana pasan ustedes las cuentas á sus huéspedes?

ANTÚÑEZ.—El sábado, doctor...

MARIO (*mostrando el sobre que tiene en la mano*).—Si es así, ¿por qué me ha mandado usted hoy la cuenta á la mesa?... ¿Qué razón tiene para adelantarse?... ¿Pensaba usted que yo no le iba á pagar?

ANTÚÑEZ.—No, doctor, no... ¡Un cliente como usted!... Usted puede pagar cuando guste... Si quiere puede irse á Buenos Aires y mandarnos de allá el importe, doctor, cuando se acuerde y lo tenga á bien...

MARIO.—Si tiene tanta confianza en mí, ¿por qué no ha esperado usted al sábado, el día de pagar las cuentas?

ANTÚÑEZ.—Usted tendrá la bondad de disculparnos,

doctor... Se nos dijo que usted se marchaba esta noche á Buenos Aires. Yo le mandé la cuenta para no incomodarle á última hora...

MARIO.—¿Pero no sabía usted que mi madre llega hoy en el tren de la mañana? ¿Cómo creyó usted que yo me voy cuando ella llega?... (*Rompiendo la cuenta en pedazos, y arrojandolos al suelo.*) ¡Pues sépase usted que no pienso irme por ahora! La cuenta me la dará usted á su tiempo, como siempre. (*Antúñez recoge los pedazos de papel esparcidos.*) (*Pausa breve.*) (*Con voz mas tranquila.*) ¿Y ha dispuesto usted las habitaciones que le encargué anteayer para mi madre?

ANTÚÑEZ. — Sí, doctor. Los cuartos números 37 y 39.

MARIO.—Vea, Antúñez. Yo tengo una cita urgente esta tarde. No podré ir á recibir á mi madre á la estación. Mande usted un portero para que la traiga y le explique mi ausencia—¿comprende?—sin alarmlarla. Usted la esperará aquí en la puerta y la conducirá á sus habitaciones, diciéndole que yo estoy ocupado y que iré dentro de un momento.

ANTÚÑEZ (*haciendo un gesto de inteligencia*).—Comprendo, doctor, comprendo... Puede irse usted tranquilo. (*Mario busca un periódico entre las revistas que se hallan sobre la mesa.*) La señora no se enterará de nada. Le diré...

MARIO (*impaciente*). — La señora no tiene nada de que enterarse por usted. Usted está aquí para servir al público y no para traer y llevar historias... (*Continúa buscando el periódico.*)

ANTÚÑEZ.—Está bien, doctor... Como usted me decía que cuidara no se alarmase la señora porque usted no va á recibirla á la estación...

MARIO (*interrumpiendo*). — No encuentro aquí los últimos diarios... En la sala de lectura tampoco están...

ANTÚÑEZ (*con ambigua sonrisa*).—Han desaparecido... De la sala de lectura han desaparecido también... Todo el mundo los pedía... Y como tanto se pedían, mandamos comprar los ejemplares que quedaran en el quiosco de la rambla, y allí los habían vendido todos, ¡todos! como pan bendito. (*Con muy marcada intención.*) Debe haber en ellos una noticia interesante, muy interesante, referente sin duda á alguna persona bien conocida y vinculada. ¡La gente es tan novelera! (*Antes de que Antúñez termine de hablar entra Zulema por la puerta del foro, Viene elegantísima, de traje blanco y de sombrero de paja.*)

ESCENA II

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA (*á Antúñez, como si no hubiese visto a Mario*).—Esta tarde debe llegar una gran caja para mí. Llévela usted á nuestro departamento en cuanto llegue, y colóquela abierta en la salita... La necesito hoy mismo. (*Entregándole un papel*.) Aquí tiene usted la guía del ferro-carril.

ANTÚÑEZ.—En la salita no sé si cabe un alfiler más... ¡Está tan llena de cajas y baúles!

ZULEMA.—Haga usted sitio como pueda. Y ahora alcáncele usted papel para hacer un telegrama. (*Zulema da la espalda a Antúñez. Este sale refunfuñando por la puerta que se supone de su despacho. Entonces, Zulema toma al acaso una revista, y se sienta, hojeándola, frente á Mario. La mesa les separa.*)

ZULEMA (*insinuante, en voz baja*).—No debía usted dar tanta importancia á estas pequeñas miserias de la vida... ¡Es usted tan superior á todos ellos!

MARIO (*fríamente*).—¿A quiénes, señorita? (*Antúñez entra por la puerta de su despacho con el papel del telégrafo en la mano. Queda observando á Zulema y Mario, sin atreverse a anunciarse.*)

ZULEMA.—A Vilana y á Ferrando, sus colegas... A las de Arval, sus amigas... (*Mario se encoje de hombros y parece reanudar su lectura.*) Sé que ustedes han cambiado esta mañana palabras muy violentas con Vilana. No debe usted hacerle caso, Mario, no vale la pena... ¿Para qué provocar ahora un duelo?... Espere usted tranquilo mejor oportunidad para su desquite.

MARIO (*siempre frío é irónico*).—También creará usted que he cambiado palabras muy violentas con las de Arval...

ANTÚÑEZ (*acercándose a Zulema*).—El papel del telégrafo, señorita.

ZULEMA.—Déjelo usted ahí. (*Antúñez deja el bloque de papel sobre la mesita que tiene el recado de escribir, y sale prontamente.*) (*A Mario, continuando la conversación interrumpida.*) Tampoco debe usted hacerles caso á las de Arval... Esa niña, Silvia, no es capaz de comprenderlo á usted.

MARIO (*irónico*).—¿Y usted... sería capaz de comprenderme?

ZULEMA.—Yo lo aprecio. Soy su amiga. Siempre le he defendido á usted...

MARIO (*mordaz*).—Cuando no me vuelve usted la espalda, como ayer tarde en la terraza.

ZULEMA.—Discúlpeme usted... Yo no tuve intención de desairarlo... Usted lo ha creído así porque lo ve ahora todo negro.

MARIO (*firmemente y bajando la voz*).—Pues no se lo disculpo á usted, señorita... Por más que usted lo niegue—usted, que lo ve ahora todo rosa,—sé que también fué usted anoche despiadada conmigo... En este instante cambia usted de táctica... y me representa una pequeña comedia de la amistad.

ZULEMA (*picada*).—¿Con qué objeto podría yo representarle esta comedia?

MARIO.—De la amistad al amor... (*Pausa breve*). Su actitud me sugiere una reflexión, que callaré por cortesía.

ZULEMA.—Dígala.

MARIO.—¿No se enojará usted?

ZULEMA.—No...

MARIO (*después de un silencio breve*).—Pienso que al acercarse á una edad crítica, las mujeres no desperdician ocasión de pescarse un marido.

ZULEMA (*riéndose a carcajadas*).—¿Piensa usted que yo me finjo ahora su amiga para tener el honor de llevar el nombre... del director del Hospital del Norte? ¡Interpreta usted así la buena fe con que le defiendo, cuando *le mot d'ordre* es hablar mal de usted!...

MARIO (*poniéndose de pié y saludando lijeraente a Zulema*).—Es usted muy bondadosa... Mil gracias. (*Se encamina hacia la segunda puerta de la derecha y habla desde allí a Antúñez, que se supone adentro, en su despacho*). Antúñez, si ve usted al doctor Ferrando y al señor Téllez, dígales que les espero en mi habitación.

ANTÚÑEZ (*apareciendo ante la puerta de su despacho*).—Descuide usted, doctor. (*Mario sale por la primera puerta de la derecha, Zulema se levanta...*)

ANTÚÑEZ (*a Zulema, indicándole el papel del telégrafo que antes trajera*).—Ahí le he dejado el papel para el telegrama, señorita...

ZULEMA (*malhumorada, saliendo por la primera puerta de la izquierda*).—Puede hacerlo usted mismo, si tanto le interesa.

ANTÚÑEZ (*hablando solo*).—¡Vaya si me interesa el telegrama que debiese mandar usted al banco!... ¡Con las cuentas que tiene pendientes en el hotel su señora madre!.. (*Entra Ferrando por la puerta del foro*.)

ESCENA III

FERRANDO Y ANTÚÑEZ

ANTÚÑEZ (*en la puerta de su despacho*).—¡Señor doctor!...

El doctor Blasco le busca. Me ha dicho que le espera á usted y al señor Téllez en sus habitaciones...

FERRANDO (*revolviendo las revistas que están sobre la mesa*).—Ni los diarios que llegaron esta mañana, ni los que llegaron ayer... ¿Qué ha sido de ellos?

ANTÚÑEZ.—Como había esos ataques contra el doctor Blasco, todo el mundo los solicitaba...

FERRANDO.—Y volaron, más que si tuvieran alas. (*Entra Téllez por la primera puerta de la izquierda. Antúñez sale.*)

ESCENA IV

FERRANDO Y TÉLLEZ

TÉLLEZ (*encaminandose hacia Ferrando*).—¡Al fin lo encuentro á usted! Tengo que hablarlo urgentemente...

FERRANDO (*sonriendo*).—¿Qué pasa?... ¿Se nos viene el mundo encima?

TÉLLEZ.—Hoy, después de almorzar, Blasco y Vilana tuvieron un incidente... Se trata de algo serio... Mario nos busca á usted y á mi, supongo que para enviarnos á Vilana como padrinos.

FERRANDO (*después de un silencio*).—¿Aceptó usted?

TÉLLEZ.—Todavía no he hablado con Mario...

FERRANDO.—De modo que... según parece... está usted dispuesto á aceptar. (*Pausa breve*). Pues yo no aceptaré. Ese duelo no puede llevarse á cabo mientras Blasco no se justifique de su acusación.

TÉLLEZ.—¿No cree usted á Mario digno de batirse?

FERRANDO.—Ni lo creo, ni dejo de creerlo... Las leyes del duelo nos prohíben concertar un lance si pende una acusación formal contra alguno de los duelistas.

TÉLLEZ.—En este caso, la acusación no es grave...

FERRANDO.—Eso depende de criterios. Pero lo cierto es que, antes de resolverse el asunto pendiente, Vilana no debe aceptar el reto, ni nosotros podemos representar á Blasco, ni pudo soñar el mismo Blasco en semejante lance... (*Severo*). ¿Cómo es que él no se fué anoche á Buenos Aires, en cuanto supo la noticia?

TÉLLEZ.—Ya había hecho telegrama á su madre, que está enferma, para que se viniera...

FERRANDO.—La señora no vendrá, al conocer el escándalo que se ha hecho alrededor del nombre de su hijo.

TÉLLEZ.—Vendrá, porque nadie la habrá informado... Mario se ha quedado á esperarla... Y ahora no querrá él volverse á Buenos Aires sin batirse.

FERRANDO.—¡Batirse en su situación!... Eso es absurdo. Con tal sistema, cualquier pícaro, en vez de defenderse cuando se le acusara, provocaría á un caballero y se batiría. El duelo será su mejor absolución. Para el honor, más valdrá ser espadachín que ser honesto.

TELLEZ.—Usted sabe que Mario no es «cualquier pícaro»...

FERRANDO (*friamente*).—Como le dije, ni lo sé, ni dejo de saberlo. (*Un silencio.*)

TELLEZ.—Vamos á hablar con franqueza, doctor, de hombre á hombre. Usted se rehusa á ser padrino de Mario, ¿no es así?... (*Ferrando confirma con un gesto.*) Pues Vilana lo consultará á usted, en caso de recibir los padrinos de Mario...

FERRANDO.—Y yo me negaré también á ser padrino de Vilana.

TELLEZ.—Perfectamente. Pero... ¿aconsejará usted á Vilana que no se bata con Mario?

FERRANDO.—Sí, señor. Es mi deber.

TELLEZ.—¡Piense usted, doctor, que perderá para siempre á nuestro amigo Blasco! Pondrá una lápida sobre su nombre.

FERRANDO.—Si la imputación es falsa, ya resucitará él bajo la lápida.

TELLEZ.—No lo crea usted. El mal queda hecho...

FERRANDO.—Pues si usted aprecia á Blasco, evite que se ponga él mismo en la picota, mandando padrinos tan inoportunamente. (*Por la puerta del foro entra doña Emilia, en traje de viaje, seguida de un «groom» con una haliya de mano. Doña Emilia es una señora anciana, de cabello encanecido y aire enfermiso. Entra Antúñez a recibirla. Al verla, Ferrando se pone de pié, dispuesto a saludarla. Tellez, que no la conoce, se sienta, toma al acaso una revista y lee durante la siguiente escena.*)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA EMILIA, ANTÚÑEZ Y UN «GROOM»

ANTÚÑEZ.—¿La señora de Blasco?...

DONA EMILIA.—Sí, señor.

ANTÚÑEZ.—Su hijo me ha encargado le diga á usted que tiene una cita urgente, por lo que no ha podido ir á recibirla á la estación... Yo la conduciré á sus habitaciones. El irá allá más tarde, en cuanto se desocupe. (*Al groom.*) Al 37. (*El groom sale por la primera puerta de la izquierda.*)

DOÑA EMILIA.—Supongo que no estará enfermo... ni le ocurrirá nada alarmante...

ANTÚÑEZ.—No, señora. No ha podido recibirla por cumplir ciertos deberes sociales... (*Guiándola hacia la primera puerta de la izquierda.*)

FERRANDO (*tendiendo la mano a doña Emilia.*)—¡Usted aquí, señora!

DOÑA EMILIA.—Aquí me tiene, doctor...

FERRANDO.—¿Cómo sigue usted?

DOÑA EMILIA.—Mejor, gracias; pero mi enfermedad es incurable... En vano mi hijo trata de engañarme y distraerme.

FERRANDO.—Acaso le siente bien el aire de mar.

DOÑA EMILIA.—Vengo á ensayarlo. Aunque más fe le tengo á la alegría... No hay mejor remedio que la alegría.

FERRANDO.—¡Gran terapéutica contra todos los males, y especialmente contra la vejez, es la satisfacción! Los viejos satisfechos de sí mismos y de los suyos, son los que más viven.

DOÑA EMILIA.—Y la mayor satisfacción para mí es ver contento á mi hijo. Sus triunfos son mis mejores drogas. Si lo encuentro aquí triunfante y feliz, como me anuncian sus cartas y lo espero, ¡no lo dude usted!... el aire de mar me sentará muy bien.

FERRANDO.—A pesar de no ser un tratamiento indicado para su enfermedad...

DOÑA EMILIA.—En todo caso no será perjudicial, pues que él me llama... Pero este pícaro no ha ido á esperarme á la estación y á traerme al hotel. Se contenta con avisarme por intermedio del señor (*indicando a Antúñez*) que lo retienen sus ocupaciones sociales, como serán escoltar ciertas damas en algún paseo... (*Con desconfianza.*) Porque usted no tendrá, doctor, noticias desagradables que darme...

FERRANDO.—Al contrario, señora, al contrario... Si son verdad las voces que corren, parece que pronto tendremos una grande y feliz noticia...

DOÑA EMILIA (*aludiendo al presunto noviazgo.*)—¡No sea indiscreto, doctor!... Esas cosas no deben decirse sino cuando están hechas. (*Una pausa.*) Pero no quiero detener á usted, y me despido...

FERRANDO.—¿Quiere usted que la acompañe hasta sus habitaciones?

DOÑA EMILIA.—Gracias. (*Indicando a Antúñez.*) El señor me acompañará...

ANTÚÑEZ.—Por acá, señora...

FERRANDO (*despidiéndose*).—Puedo servirla en algo?

DOÑA EMÍLIA.—Dígale usted á mi hijo, si lo ve, que he llegado y lo espero en mi cuarto. (*Despidiéndose*.) ¡Hasta luego, doctor!

FERRANDO.—Adios, señora. Muy pronto se lo mandaré á Mario. (*Doña Emilia, conducida por Antúñez, sale por la primera puerta de la derecha. Ferrando la acompaña hasta la puerta. Téllez consulta su reloj. Por el foro entra Vilana.*)

ESCENA VI

FERRANDO, TÉLLEZ, VILANA Y DESPUÉS ANTÚÑEZ

FERRANDO.—¿Qué tal, doctor Vilana?... Me dicen que usted se ha dedicado á Juan Moreira y anda buscando duelos y cuchilladas...

VILANA.—¡Yo!... ¡qué disparate!... ¿Se refiere usted al incidente que tuve hoy con Blasco?

FERRANDO (*con reticencia*).—Pues con Blasco me han dicho que va usted á batirse.

VILANA.—Está usted mal informado, doctor. Yo no me batiré con Blasco mientras esté pendiente la cuestión del hospital.

FERRANDO (*á Téllez*).—¿No se lo decía yo, señor Téllez?... Blasco debe dejarse de fantasías é irse á Buenos Aires.

TÉLLEZ (*á Ferrando*).—¡Doctor! (*A Vilana.*) Piense usted en lo que va á hacer, Vilana. ¿Rehusa usted dar cualquier satisfacción á Blasco?

VILANA.—Rehusó.

FERRANDO (*a Téllez*).—Y yo rehusaré la honra de ser su padrino.

TÉLLEZ (*irritado*).—¡Pues ustedes obran muy mal! ¡Esto es indigno!...

FERRANDO.—Perdone, señor Téllez... Usted no tiene derecho de juzgar nuestra conducta. Consulte usted, forme usted un tribunal de honor, y verá que todo el mundo nos da la razón.

TÉLLEZ.—El mundo es injusto.

FERRANDO (*a Téllez*).—Menos de lo que parece... En todo caso, si usted es amigo de Blasco, ¡piense antes de proceder y ándese con piés de plomo!

TÉLLEZ.—Me temo que esta negativa de ustedes, con lo que le pasa, le ponga fuera de sí, y que él cometa algún atropello...

VILANA.—Peor para él.

FERRANDO (*friamente*).—Si no desea usted que se pierda, cálmelo. «Cuando los dioses quieren perder á un hombre, decían los griegos, le enloquecen.» (*Por la primera puerta de la izquierda entra Antúñez y se encamina hacia la segunda.*)

FERRANDO (*a Antúñez*).—¿Dejó usted bien á la señora, en su cuarto?

ANTÚÑEZ.—Si, doctor. Sólo se halla un poco inquieta porque no ha visto á su hijo todavía. Como el doctor Blasco está alojado en el otro pabellón...

FERRANDO.—Bien, bien. (*Antúñez sale*).

TÉLLEZ.—¿Qué señora?... ¿La que pasó recién es la madre de Mario?

FERRANDO.—Si, acaba de llegar. Y ella es un argumento vivo para que usted tranquilice á su presunto ahijado y le ayude á olvidarse de Vilana.

TÉLLEZ (*haciendo ademán de levantarse*).—Voy á verlo... Pero me hallo con el inconveniente de que he invitado á tomar té á la familia de Arval, y quedé en esperarla aquí...

FERRANDO.—Pues espere usted á sus invitadas, y cuando se desocupe le sobrará tiempo para verse con Blasco.

VILANA.—Claro. «Lo cortés no quita lo valiente.»

TÉLLEZ.—La cuestión es demasiado seria y premiosa.

FERRANDO.—Pero Blasco no parece considerarla tan seria y tan premiosa, puesto que no se marcha á Buenos Aires, para resolvér cuanto antes el punto principal... Bien puede esperar á usted una media hora más.

VILANA (*á Téllez, señalando el foro*).—De todos modos, me parece que no le queda á usted mucho tiempo para decidirse... Por ahí veo llegar á la familia de Arval. (*En efecto, por el foro, detras de la galería de cristales, se ven venir a doña Laura, Silvia y Pura. Téllez se adelanta a recibirlas hasta el foro, donde se detiene saludándolas, mientras hablan Ferrando y Vilana.*)

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA LAURA, PURA Y SILVIA

FERRANDO (*bajo á Vilana*).—Hágase usted fuerte en su actitud. Por ningún pretexto ni en ninguna forma acepte usted el lance ni dé explicaciones. No admita después en los demás la menor alusión al respecto. Manifiéstese enérgico, y nadie dudará de su valor.

VILANA.—Téngalo usted por seguro. Un caballero como yo no puede batirse con un individuo enjuiciado en una causa criminal como Blasco. En cuanto á mi valor, nadie se atreverá á dudar de él porque rechace el lance. Una actitud firme es ya un acto de valor.

FERRANDO.—Y eso es importante, el valor personal, donde la gente suele apreciar á los hombres más por el coraje que por el mérito...

VILANA.—Para nuestros gauchos, Juan Moreira vale más que Victor Hugo...

FERRANDO.—Y para nuestras damas, Juan Tenorio vale más que Juan Moreira. No haber sufrido calabazas es un gran título para un soltero. Mayor aún es el haberlas dado. Muéstrese decidido, y vencerá usted á Blasco. Manifiéstese desdeñoso é irresistible... ¡y también vencerá usted á Pura! (*Entre tanto llegan al frente de la escena, con Téllez, doña Laura, Silvia y Pura. Vienen en traje de playa.*)

TÉLLEZ.—Aquí tienen ustedes á Ferrando y Vilana, sus amigos. (*Se saludan con una inclinación de cabeza y amables sonrisas.*)

FERRANDO.—Porque Vilana y yo nos hemos invitado á tomar el té en tan agradable compañía...

DOÑA LAURA.—Si ustedes no tienen inconveniente lo tomaremos aquí, y después bajaremos á la playa... Hace mucho calor para ir tomarlo en la rambla.

VILANA.—Y á la rambla va por la tarde demasiado pueblo.

DOÑA LAURA.—Casi no se ve allí gente decente.

FERRANDO (*riendo*).—Entonces, no irá más que gente indecente... Yo, francamente, no la había apercibido. A no ser que usted considere así á la gente en traje de baño...

VILANA.—Decente ó indecente, la muchedumbre que va ahora á la rambla, ¡el pueblo! no es simpático más que en los libros ó visto de lejos. Visto de cerca...

DOÑA LAURA.—¡Uf! Es detestable.

FERRANDO.—Sobre todo cuando se aglomera, suda y da pisotones y codazos.

TÉLLEZ.—Tomemos, pues, asiento aquí, resguardados contra los avances del pueblo por los sólidos muros del hotel. (*Doña Laura, Ferrando y Silvia se sientan en hemicírculo, a la derecha. Pura se sienta a la izquierda, en primer término, junto a la mesa de lectura. Vilana la sigue y se coloca de pie a su lado. Téllez queda de pie y toca un timbre eléctrico.*)

PURA (*á Vilana*).—Me alegro infinito de verle á usted. Estaba dispuesta á buscarlo por todas partes, y encon-

trarlo esta tarde de cualquier modo, vivo ó muerto. Tengo prisa en hablarlo... (*Se presenta un mozo del hotel por el foro.*)

TÉLLEZ (*al mozo*).-- Tráiganos aquí el té para todos. (*Sale el mozo.*)

VILANA (*contestando á Pura*).-- Celebro que usted deseará verme, Pura, y aquí me tiene á sus órdenes, para lo que se digne mandarme... (*Con emoción.*) Sólo por usted he venido yo á Mar del Plata. (*Entra el mozo con una mesa portátil, de las llamadas «de tijera». La coloca en segundo término, hacia la derecha, Cuenta disimuladamente con los dedos las personas presentes, mientras hablan, y luego sale.*)

TÉLLEZ (*bajo á Silvia*).-- ¿Cómo se siente usted, Silvia?

SILVIA.-- ¿Yo?... Bien, como siempre. ¿Por qué me hace usted especialmente esta pregunta? ¿Supone que he estado enferma?... Creo que desde ayer, la última vez que nos vimos, no he tenido novedad alguna...

TELLEZ.-- Todo el mundo dice lo contrario...

SILVIA.-- Pues todo el mundo se equivoca. Mi vida sigue siempre igual; un día sigue á otro día sin traermé nada nuevo... (*Sonriendo.*) Desgraciadamente, porque así no tengo nada que poner en el diario que llevo desde que salí del colegio, por consejo de las hermanas.

TÉLLEZ.-- Omitirá usted ciertos episodios...

FERRANDO (*que ha oído lo anterior, á Silvia*).-- Ó borraré usted hoy con el codo lo que ayer escribió con la mano.

SILVIA.-- No hay una palabra borrada en mi diario. (*A Téllez.*) Podría mostrárselo á usted.

TELLEZ.-- No pido tanto. (*El mozo entra con el servicio del té y lo dispone cuidadosamente sobre la mesita que antes trajera.*)

FERRANDO.-- Las niñas siempre hablan en su diario de algún *él*, sin nombrarlo. Este *él* es un día uno y otro día otro. Cambia según las simpatías é impresiones. Pero está tan vagamente aludido que, cuando cuando la niña se compromete para casarse, cualquiera que sea el novio, puede leer el diario y creerse siempre ese *él*, que antes fuera Juan, Pedro, Diego...

TELLEZ.-- O Mario.

SILVIA (*coquetamente, á Téllez*).-- ¡Qué malo es usted!... (*Riendo.*) ¿No sabe usted que Mario festeja á Pura?

VILANA (*bajo á Pura*).-- ¿Ha oído usted?... Su prima Silvia le echa el perro muerto.

EL MOZO (*que ha dispuesto ya sobre la mesita tostadas-manteca y parte del servicio del té*).-- Aquí está el té, señores Debo servirlo?

SILVIA.—Yo lo serviré. (*Se adelanta á servirlo.—El mozo sale.*)

PURA (*á Silvia*).—Voy á ayudarte. (*Silvia y Pura, seguidas de Téllez y Vilana, rodean la mesita del té, y se disponen á servirlo. Quedan en el frente del escenario doña Laura y Ferrando*).

DOÑA LAURA (*á Ferrando, prosiguiendo una conversación anterior*). Créame usted, doctor. No ha habido absolutamente compromiso. Blasco pretendía á Silvia y ella no lo ha aceptado ni como pretendiente. Esto es todo.

FERRANDO.—Sin embargo, debo decirle á usted que Emilia, la madre de Blasco, acaba de llegar á Mar del Plata, llena de ilusiones por las cartas de su hijo. Deseaba que él se casara pronto, y la candidatura de Silvia colma sus anhelos. Presumo que viene á pedirle la mano de su hija.

DOÑA LAURA (*poniéndose de pie*).—¿Habla usted en serio? . . . ¡Es posible! . . .

FERRANDO.—Hablo en serio, Laura, y la prevengo como viejo amigo.

DOÑA LAURA.—Viene á pedirme la mano de Silvia! . . . ¡Pero esto se sabrá, se comentará, nos cubrirá á todos de ridículo! . . . ¿Está usted seguro?

FERRANDO.—Sí, señora. La madre de Blasco está aquí, en este mismo hotel, bajo este mismo techo, deseando verse con usted.

DOÑA LAURA.—¡Pues hay que evitar esa entrevista! ¡Hay que evitarla de todos modos! ¿Qué debo hacer, doctor? Dígame usted, ¿Qué debo hacer? . . . (*Zulema entra por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA (*hablando animadamente, desde que entra*).—¿Conque se habían ustedes reunido á tomar el té sin decirme nada, pícaras? . . . Pues mientras ustedes se olvidaban de mí, me acordaba yo de ustedes y andaba buscándolas.

DOÑA LAURA.—No huímos ni nos escondemos. . .

ZULEMA (*con intención*).—Yo suponía que sí; que huían ustedes de alguien y se escondían. . .

VILANA.—En todo caso no sería de usted, Zulema.

ZULEMA.—*¡Va sans dire. (Atropelladamente.)* ¿Saben ustedes que ha llegado Perucho? . . . (*A Silvia.*) Es el hombre indicado para dirigir mañana contigo el cotillón.

FERRANDO.—Se decía que los directores iban á ser Silvia y Blasco...

TÉLLEZ.—Creo que Mario no sabe bailar. Sólo aceptó por complacencia, para escusarse á última hora, suponiendo que siempre se le encontraría reemplazante...

ZULEMA (*con reticencia*).—El reemplazante tiene que ser usted.

TÉLLEZ.—Como Mario, ni siquiera sé bailar...

ZULEMA.—Tampoco tiene usted el talento en los pies. Entonces, voto por Perucho.

DOÑA LAURA.—Pues que sea Perucho.

SILVIA.—Perucho y Zulema. Yo me contentaré con ser dirigida...

ZULEMA.—Lo mismo yo. Yo no dirijo. Desde que se te designó á ti y tú aceptaste... (*Bajo á doña Laura*.) A no ser que se sienta indispuesta por su disgusto con Blasco...

DOÑA LAURA (*con autoridad y mirando á Zulema con sus «impertinentes»*).—Silvia y Perucho dirigirán el cotillón. Será muy lucido porque hay muchos objetos bonitos.

ZULEMA.—Pero hay demasiadas niñas...

VILANA.—Las niñas son también objetos bonitos.

ZULEMA.—...Hay demasiadas niñas, porque faltan mozos. Debían alquilarse algunos para bailar, como se alquilan para servir la mesa, en las fiestas.

FERRANDO (*bajo á Zulema*).—O también como se alquilan para servir de maridos, en la vida.

ZULEMA (*bajo á Ferrando*).—Cuando se tiene con que pagarlos. (*Alto*.) ¡Qué cabeza la mía!... ¡Me olvidaba de lo principal!... Perucho me encargó que las saludé y las invite de su parte á dar un paseo en su automóvil.

DOÑA LAURA.—Pero todavía ni lo hemos visto siquiera á tu Perucho...

ZULEMA.—Iremos luego á buscarlo... Debe estar aburriéndose en la sala de juego... (*Entusiasta*.) ¿Quieren ustedes que vayamos hasta el faro en el automóvil? ¡Está tan linda la tarde! Todos tendremos asiento, porque es enorme la *carrosserie*. (*A doña Laura, con intención*.) Claro está que, con Perucho, no cabe uno solo más de los que aquí estamos.

PURA.—¿Por quién dices eso, Zulema?

ZULEMA (*con una mirada de desafío*).—Por Blasco. (*A doña Laura*). Supongo que él no vendrá con nosotros. Tal vez á Perucho no le gustaría que se le creyera su convidado... (*Con fingida ingenuidad*.) ¡Y después sería una vergüenza tan grande que nos detuvieran á todos para

tomarlo preso! (*Pura muerde su abanico, roja de indignación.*)

FERRANDO (*por Zulema, riéndose.*)—¡Qué ingenuidad de niña, creer semejante cosa!

TÉLLEZ (*bajo á Silvia y Pura.*)—¡Pobrecita!... ¡Y yo que la suponía una solterona de colmillos ya maduros!...

FERRANDO.—Al morder, esos colmillos darían más veneno que los de una serpiente de cascabel. (*Silvia se ríe involuntariamente, amenazando al médico con el abanico, como para castigarle por su mordacidad.*)

DOÑA LAURA.—Tranquilízate, Zulema. El señor Blasco no vendrá en ningún caso con nosotros. (*Mira imperiosamente á Pura para que no vaya á hablar.*)

FERRANDO (*á doña Laura*)—Dice usted bien, Laura. Cuando se le gangrena un brazo á un hombre, el brazo debe amputarse, para que la gangrena no se extienda por todo el cuerpo. Lo mismo en una familia, cuando un miembro se corrompe... Lo mismo en la sociedad.

ZULEMA.—Mientras se sirve el té podemos ir á ver el automóvil, que está allí afuera... Se ha sacado el *premier prix* en una exposición universal... Ha recorrido media Europa... Ha aplastado diecisiete personas... ¡Es magnífico!

TÉLLEZ.—Vamos á ver esa séptima maravilla.

PURA (*á Silvia.*)—Ve tú también. Yo serviré el té mientras tanto.

VILANA (*á Pura.*) Yo me quedaré para acompañarla, Pura.

PURA.—Vuelvan pronto, que puede enfriarse el té.

DOÑA LAURA.—En seguida. (*Salen todos por el foro, menos Pura, que queda sirviendo el té, y Vilana, que la acompaña.*)

ESCENA IX

PURA, VILANA Y DESPUÉS ZULEMA

PURA (*dejando prontamente la topera sobre la mesa, en cuanto se ve sola con Vilana, y encarándose angustiosamente con él.*)—¿Es cierto, Vilana, que hay una cuestión de honor entre usted y Mario, que se han insultado ustedes, que se batan?

VILANA.—¡Qué ocurrencia!... ¿De dónde ha sacado semejante cosa? ¿Quién se lo ha dicho á ustedes?..

PURA.—A nosotras, nadie. Tía Laura y Silvia ignoran lo que pasa... Yo he sabido algo por medias palabras que pesqué al pasar, en la terraza, después del almuerzo. Parece que los hombres no hablaban de otra cosa.

VILANA.—Habrá oído usted mal...

PURA.—No he oído mal, no. Contésteme francamente, ¿se baten ustedes?

VILANA.—No. El duelo que usted supone no se realizará.

PURA.—¿No le ha mandado él los padrinos?

VILANA.—Disculpe usted, Pura, pero es cuestión que yo no puedo tratar con señoras... Todo lo que puedo decirle, es que no me bato con Blasco. (*Pausa breve.*) Y le agradezco profundamente su interés, Pura.

PURA.—Nada tiene usted que agradecerme...

VILANA.—Comprendo; usted no se interesa por mí... ni por usted misma. Habla usted por su prima Silvia.

PURA.—Hablo por mí...

VILANA.—Como Silvia estuvo comprometida con Blasco...

PURA.—No, no ha habido tal compromiso. Si yo me intereso por Mario, es porque soy su amiga, desde la niñez... Pero, dígame, por el amor de Dios, ¿es verdad que Mario le ha mandado á usted sus padrinos y que usted rechaza toda explicación ó lance... porque no lo considera hombre de honor?

VILANA.—Pura, yo me faltaría el respeto que me debo á mí mismo si le contase á usted mi incidente con Blasco y mi resolución respecto al duelo que él ha buscado...

PURA (*dominándose*).—¡Luego, él ha buscado un duelo! Y usted lo rehusa porque no lo considera adversario digno... ¡Así cree usted cumplir con sus deberes de caballero, insultando á un hombre honrado y negándole toda satisfacción ó reparación!

VILANA.—¡Un hombre honrado!... Por ahora, Blasco no lo es.

PURA.—¡Fíjese usted en lo que dice!... Si su caballeridad le impedía contarme el incidente, á mí, una mujer, mayormente le impide difamar en su ausencia á un hombre que quizá vale tanto como usted. (*Pausa.*)

VILANA.—¡Pura!... Yo comprendo su exaltación y la disculpo... Usted conoce á Blasco desde chica... Usted es su amiga... Por eso, su generoso corazón de mujer no puede concebir la verdad, que á mí mismo me sorprende.

PURA.—¡La verdad! ¿Qué verdad?...

VILANA.—El delito cometido.

PURA (*conteniendo su indignación*).—Por el momento, yo no conozco más delito que el del mundo que nos rodea y le inspira á usted su conducta, un delito de mentira

y de cobardía... (*Firmemente.*) Pues mire, Vilana, si usted procede como me dice, usted perderá mi aprecio, ¡y olvídense de que me ha conocido! (*Pausa.*)

VILANA.—Aunque yo quisiera, Pura, reparar el daño hecho á ese amigo de su infancia que usted tanto aprecia, yo lo no podría. Por usted, sólo por usted estoy dispuesto á todo; pero ahora nadie apadrinará en un duelo á Blasco... Blasco tendrá que esperar á que se resuelva su asunto en Buenos Aires. Entonces, si el asunto se resuelve en su favor, seré yo el primero, ¡se lo juro! en darle una reparación ó satisfacción, como usted me lo pide...

PURA.—Como su honor se lo manda.

VILANA.—Usted y mi honor, Pura, son los dos sentimientos más íntimos de mi alma: tal vez por eso los confundo... (*Una pausa.*) (*Emocionado.*) De todos modos, yo sé, y yo estoy seguro que alguna vez usted me hará justicia y aprobará mi conducta. Un cariño como el mío, Pura, debe triunfar tarde ó temprano. Es él la voz de la naturaleza y de la vida. (*Viene Zulema por el foro, cantando á media voz.*)

ZULEMA, (*entrando, á Pura.*)—Acabaste tu tarea? (*Pura sigue sirviendo el té.*)

PURA.—Estoy en eso.

ZULEMA (*á Vilana.*)—¿Cómo no ha ido usted también á ver el automóvil de Perucho? Vaya usted, que bien vale la pena de verse.

VILANA.—Voy. Estaba acompañando á Pura. La dejo con usted; quedará así mejor acompañada. (*Sale por el foro.*)

ESCENA X.

ZULEMA, PURA Y DESPUÉS MIS DOLLY

ZULEMA.—Mis felicitaciones, Pura. *Le roi est mort, vive le roi!*

PURA.—No te comprendo.

ZULEMA.—Perdida ya toda esperanza de casarte con Blasco, alientas á Vilana.

PURA (*con voz apagada.*)—Tú sabes que nada tengo con Vilana, y que nada tuve con Mario.

ZULEMA.—Es cierto. Con Vilana nada tienes todavía. En cuanto á Mario... te lo arrebató Silvia y te resignaste. A mí que soy tu amiga no me lo negarás.

PURA.—¿Cómo no comprendes la insensatez de lo que dices, Zulema? ¿Piensas que yo hubiera podido desear el

novio de mi prima, de mi hermana? Y si hubiera sido así, ¿no ves que la ruptura de Mario y Silvia, antes que extinguir esas esperanzas mías que tú dices, las haría renacer, más fuertes que nunca?

ZULEMA.—Te calumnias. No me parece que te falte amor propio hasta el punto de que aceptes las sobras que te arroje tu prima, tu hermana...

PURA (*irónica*).—¿Acaso no las aceptarías tú?

ZULEMA (*continuando*).—...Y no creo que te falte tampoco tu dignidad de mujer, para que busques un hombre acusado de...

PURA (*ofendida*).—¡Basta, Zulema!... Como decías, somos amigas y nos conocemos bien. Hablas de despecho.

ZULEMA (*riéndose ruidosamente*).—¿También tú crearás, como él, que la compasión que le tuve... es deseo de llevar su honroso nombre?

PURA.—¡Ah! ¡El lo creyó y te lo dijo!... Ahora me explico tu rencor... (*Con tristeza*). Eres muy mala, Zulema. Desde chiquita fuiste mala. ¿Te acuerdas que, en cuanto me veías una muñeca bonita, me la pedías prestada para rompérmela por gusto? Así has querido proceder ahora con mis amigos.

ZULEMA (*con amable sonrisa*).—Y tú eres muy tonta, Pura. Siempre fuiste tonta. Desde que me prestabas tus muñecas para que las rompiera, hasta que te dejaste quitar por Silvia ese ingenuo de Blasco, tu pasión secreta...

PURA.—¡Zulema! Te olvidas de ti misma.

ZULEMA.—...Pero ha de volver á ti ese hijo pródigo. Prefirió á Silvia, porque ella era más rica que tú. Rechazado hoy por Silvia, por toda niña que se aprecia, volverá á tí, pues debe saber que algo heredaste de tus padres. Y si tú lo rechazas también... entonces, no hallando otro árbol en que ahorcarse, acaso se contentará conmigo, aunque yo nada tenga. ¡Bonita ocasión me daría para ponerlo en su lugar si se atreviera!

PURA.—Crees que sólo el interés...

ZULEMA.—Creo lo que veo. Veo que cada niña rica, como Silvia y tú, bonita ó fea, cuenta cuantos festejantes quiera. Y veo desdeñadas á las niñas pobres, por bonitas que sean... (*Riendo*). Debo, pues, suponer que la riqueza atrae los novios...

PURA.—No todos los hombres necesitan la fortuna de su mujer. Por lo menos reconocerás que hay hombres ricos.

ZULEMA.—Los ricos buscan á las ricas, así como también las ricas buscan á los ricos, más que por interés, por

desconfianza. Su casamiento es generalmente la unión de dos desconfianzas. Ellas y ellos quieren ser queridos por sí mismos, lo que presumen de quienes no precisan de su dinero. Sólo á una romántica como tú ó á una inocente como Silvia puede ocurrírseles aceptar como amor la ambición de cualquier aventurero... ¡Las compadezco! (*Mientras hablaba Zulema, miss Dolly entra por la segunda puerta de la izquierda.*)

MISS DOLLY (*á Pura*).—La señora de Blasco ha mandado preguntar por doña Laura.

PURA.—¡La señora de Blasco! ¡la madre de Mario!

MISS DOLLY.—Yo contesté que volvería más tarde.

ZULEMA (*irónicamente á Pura*).—¿Quieres que te traiga un frasco de sales, si tanto te impresiona la llegada de tu futura suegra? (*Entran por el foro doña Laura, Silvia, Téllez, Ferrando y Vilana.*)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA LAURA, SILVIA, FERRANDO, TÉLLEZ,
VILANA Y DESPUÉS DIEGO

DOÑA LAURA.—Hermosísimo, el automóvil.

MISS DOLLY, (*a doña Laura*).—La señora de Blasco ha preguntado por usted.

DOÑA LAURA.—¿Cuándo?

MISS DOLLY.—Hace un momento.

DOÑA LAURA.—Está bien, miss Dolly. (*Pausa breve.*) Puede usted salir. Le dejamos libre su tarde. (*Miss Dolly se encamina al foro. Entra Diego.*)

DIEGO (*á miss Dolly, saliéndole al paso*).—Y se va usted así no más, sin echarme ni una mirada... Cuando vea mi cadáver á sus pies, usted se arrepentirá, ingrata! (*Miss Dolly sale por el foro.*)

ZULEMA.—¿Qué esperamos? Podemos salir ya en el automóvil, sin perder más tiempo.

SILVIA.—Tomaremos primero el té.

PURA (*ante la mesita del té*).—Ya está servido.

DIEGO (*bajo á doña Laura*).—Mamá, sabrás que ha llegado la madre de Mario, y que te busca.

FERRANDO (*haciendo grupo aparte con doña Laura y Diego*).—¿No se lo dije?

DIEGO.—De un momento á otro vendrá á buscarte hasta aquí...

DOÑA LAURA (*alarmada*).—Pues yo no quiero tener con ella ninguna entrevista desagradable. ¡Nada sé ni me importa de su hijo!

FERRANDO.—Hay que huírles, entonces. Ahí afuera tiene usted á su disposición un automóvil de 70 caballos y 150 kilómetros de velocidad por hora.

DOÑA LAURA.—No me queda otro remedio. (*En voz alta.*) ¡Silvia!... ¡Pura!... Acabamos de resolver con el doctor Ferrando irnos en el automóvil á tomar el té al faro ó al golf.

PURA (*presentándole una taza de té*).—Si ya está servido, tía Laura!...

DOÑA LAURA (*rehusando la taza*).—No importa. Aquí hace demasiado calor... y el té del hotel es tan malo...

TÉLLEZ.—De modo que me desairan ustedes...

DOÑA LAURA.—Perdone, usted Téllez. No le desairamos... Al contrario, espero que nos acompañe en nuestro paseo.

FERRANDO.—Vaya usted, Téllez.

TÉLLEZ.—No puedo ir ahora... Las veré más tarde en la rambla.

ZULEMA.—Yo no veo por qué este apuro, de repente... (*Bajo á Vilana.*) Aquí hay gato encerrado... ¡Se huye, su huye á un enemigo invisible!

VILANA (*bajo á Zulema*).—A un enemigo en camino...

ZULEMA.—¿Usted cree?... ¿A Mario?... Yo pensaba que el vencedor nunca huía del vencido.

VILANA.—Se huye, más que del vencido, del desesperado...

DOÑA LAURA (*encaminándose hacia el foro, con Silvia*).—Vamos, pues.

ZULEMA.—Pero no sin Perucho. Antes lo iremos á buscar todos, para que no se excuse. (*Señalando la primera puerta de la izquierda*). Por allá.

DOÑA LAURA.—Tardaríamos demasiado...

ZULEMA (*tomando del brazo á doña Laura*).—No, señora. Apenas si perderemos cinco minutos. (*Zulema y doña Laura se encaminan á la primera puerta de la izquierda*).

FERRANDO (*á Vilana, después de haber oído algo que le dijera Téllez*).—Usted las acompaña, Vilana... Téllez y yo nos quedamos.

ZULEMA (*desde la puerta*).—De ningún modo. Ferrando y Téllez vendrán también con nosotros. (*A Ferrando y Téllez, amenazádoles con el dedo*). No les admitiremos disculpa.

PURA (*bajo á Vilana*).—No se olvide de mi pedido... Salve usted caballerescamente la situación de Mario... ¡Yo se lo agradeceré toda la vida!

VILANA (*en voz alta*).—Doctor Ferrando, ya sabe usted que no deseo ningún mal á Blasco... Usted que lo

aprecia, trate de salvar su decoro... Le doy amplios poderes para que proponga en mi nombre la mejor solución. (*Bajo á Pura*). Me obliga usted á un sacrificio de mi amor propio que ningún otro poder humano me hubiera impuesto. ¿Está usted contenta de mí?

PURA (*bajo á Vilana*).—Sí... y no... No sé qué pensar... Dudo de la sinceridad de Ferrando... Temo que usted prometa y él no cumpla... ¡Temo que usted se burle de mí!

VILANA.—Burlarme de usted... sería burlarme de mí mismo. (*Mientras Vilana y Pura cambian estas frases, Zulema, dona Laura y Silvia salen en grupo por la puerta del primer término de la izquierda. Silvia, en la prisa de salir, ha olvidado su sombrilla junto á un mueble.*)

DIEGO (*desde la puerta á Pura y Vilana*).—¿Se quedan ustedes?

VILANA (*saliendo con Pura por el foro*).—Ya vamos. Les esperaremos afuera.

DIEGO (*dejándoles pasar y riéndose*).—Siempre los enamorados se retrasan y apartan... Debe ser por modestia, para no dar envidia á los demás con el espectáculo de su felicidad. (*Sale por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII

FERRANDO, TÉLLEZ Y DESPUÉS MARIO

TÉLLEZ.—¿De qué peligro huyen?

FERRANDO.—De la madre de Blasco... y acaso también de su cachorro.

TÉLLEZ.—¡Pobre señora!

FERRANDO.—Veo que su asunto con Silvia marcha á toda vela. Me alegro. Soy el padrino de ese noviazgo á hacerse. (*Pausa breve.*) ¿Por qué no ha acompañado usted á su festejada?

TÉLLEZ.—No puedo retardar más tiempo mi contestación á Mario. ¿Oyó usted lo que le recomendó Vilana al despedirse?

FERRANDO.—Sí; que arreglara la cuestión en forma decorosa...

TÉLLEZ.—Para Blasco.

FERRANDO.—Verdad. Así dijo... ¿Sabe usted por qué?

TÉLLEZ.—No.

FERRANDO.—Es usted poco malicioso. Porque Pura, informada por algún indiscreto, se lo pediría. El ha querido contentarla con vagas promesas... Pero estas pro-

mesas no destruyen lo que tan terminantemente nos dijese antes: que no admite un lance de honor, sino con un hombre de honor.

MARIO (*entrando por la primera puerta de la derecha.*)— Esperaba á ustedes... Y como ustedes no venían, iba á buscarlos. Si la montaña no va hacia Mahoma... (*Mirando con extrañeza las muchas tazas de té servidas é intactas.*) Pero veo que ustedes esperan mucha gente...

TÉLLEZ.—Ya se han ido...

MARIO.—Se han ido de pronto, dejando sus provisiones, sus armas, sus bagajes, como ejército sorprendido y en forzosa retirada... (*Amargamente.*) ¿Será todo por mí? Pena inútil. No iba yo á atacarlas. Que descansen tranquilas. (*Tomando la sombrilla que dejara olvidada Silvia.*) Y yo reconozco este pertrecho de guerra. Yo mismo regalé á Silvia Arval esta arma de guerra. Ella me la ganó por apuesta en unas carreras. ¡Felices tiempos aquellos! (*Deja la sombrilla junto a un mueble.*) (*Cambiando de tono.*) Ya se imaginarán ustedes para qué los buscaba...

TÉLLEZ (*haciendo un aparte con Mario.*)—Si, lo supongo... Usted ha tenido un incidente con Vilana y nos busca para mandarnos de padrinos... (*Mientras hablan Téllez y Mario, Ferrando se aparta, bosteza, enciende un cigarrillo, toma una revista y la mira...*)

MARIO.—¿Quién se lo dijo?

TÉLLEZ.—Todo el mundo. El hotel está hecho un semillero de suposiciones y de historias.. Sobre eso deseo hablar francamente con usted... Yo le aprecio; tengo la más alta opinión de su inteligencia y de su carácter; estoy dispuesto á servirlo en lo que usted quiera...

MARIO.—Gracias.

TÉLLEZ.—Pero creo que usted, por ahora, no debe mandarle los padrinos á Vilana. Él se negará á un duelo y todos están contra usted... Esto es lo que desgraciadamente he podido comprobar en la opinión general.

MARIO.—¿Cómo!...

TÉLLEZ.—Yo no debo engañarlo á usted y ponerlo en una falsa posición. Mi consejo, mi leal consejo de amigo, si usted me permite dárselo, es que se vuelva usted esta misma noche á Buenos Aires y allí arregle la cuestión pendiente sobre el robo del hospital. (*Una pausa.*)

MARIO (*demudado*).—¿Se niega usted entonces á servirme de padrino?

TÉLLEZ.—Yo no me niego. Pero me temo que Vilana

se rehuse á batirse con usted... Me temo que ese duelo sea imposible de verificarse ahora, en este ambiente...
(*Pausa.*)

MARIO (*á Ferrando*).—¿Y usted que opina doctor?

FERRANDO.—¿Yo?... (*Un silencio.*) Que á usted le con- vendría, Blasco, postergar la solución de la cuestión de honor hasta que se resuelva en Buenos Aires la cuestión judicial. Por mi parte, no deseo más que servirlo... Dudo que lo consiga, porque Vilana... (*Pausa.*)

MARIO (*muy irritado, premiosamente*).—¿Ha hablado usted con Vilana? ¿Le ha aconsejado usted que me descalifique?

FERRANDO.—Vilana no escucharía mis consejos...

MARIO.—No es eso lo que le pregunto. Le pregunto si ha hablado usted con Vilana, ¿sí ó no?...

FERRANDO.—Dos palabras, de paso...

MARIO.—¿Le ha propuesto usted que no aceptase el lance?

FERRANDO.—Yo no podía proponerle nada...

MARIO.—¿Lo ha propuesto usted... ¿sí ó no? (*Pausa.*)
(*A Téllez*), Téllez, usted que es un verdadero hombre de honor y un verdadero amigo, dígame, ¿ha estado Vilana aquí con ustedes?

TÉLLEZ.—Estuvo hace un momento...

MARIO.—¿Hablaron ustedes del asunto?

TÉLLEZ.—Algo...

MARIO (*indicando á Ferrando*).—¿Y este señor ha aconsejado á Vilana que no acepte un duelo conmigo por tener el derecho de no creerme un caballero? (*Téllez guarda silencio, conmovido por la violencia del gesto y del tono de Mario.*)

FERRANDO.—Perdone usted, doctor; pero...

MARIO, (*trémulo de ira*).—No tengo ningún «pero» que escucharle á usted. Inútil es que trate usted de engañarme. Veo claramente su perfidia...

FERRANDO.—¿Doctor Blasco! (*Por la primera puerta de la izquierda entran conversando en un grupo Zulema, Silvia, Diego y doña Laura. Todos se encaminan hacia la puerta del foro*),

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA LAURA, ZULEMA, SILVIA Y DIEGO

MARIO (*á Ferrando amenazadoramente*).—¿También entre nosotros quedan cuentas pendientes! (*Ferrando se alza de hombros*).

ZULEMA (*á Ferrando y Téllez*).—¿Están ustedes confe-

renciando sobre la separación de la Iglesia y del Estado?... Sean ustedes galantes y acompañennos.

FERRANDO.—Con el mayor gusto. ¿Y Perucho?

ZULEMA.—No le hemos encontrado. Se ha perdido. Iremos sin él. (*A Téllez*). Silvia le invita especialmente á usted Téllez. Vamos. Pura y Vilana están ya en el automóvil esperándonos.

FERRANDO, (*á Téllez*).—¿Cómo resistirnos á tanta invitación?...

TÉLLEZ (*alcanzando á Silvia su sombrilla*).—Su sombrilla, Silvia.

SILVIA (*muy turbada*).—Gracias. (*Salen por el foro Silvia, Ferrando y Téllez. Zulema y Diego siguen junto á doña Laura, y se detienen acompañandola cuando la habla Mario.*)

MARIO (*dirigiéndose á doña Laura con voz trémula*).—¡Señora!... Ruégole que me escuche una palabra...

DOÑA LAURA (*turbada y como si recién se apercibiera de Mario*).—¡Ah! ¿Es usted, Blasco?... (*Muy fraimemente.*) En este momento no puedo atenderlo... (*Haciendo ademán de irse.*) Será cuando vuelva. Ahora me esperan...

MARIO.—Perdone usted, señora. Sólo pienso hacerle una simple pregunta... y ahora mismo, pues no sé si será posible más tarde.

DOÑA LAURA (*á Zulema y Diego, un poco intimidada por la firmeza Mario y temiendo provocar una escena violenta si se rehusa*).—Sigan ustedes. Yo iré muy pronto...

Diego (*á doña Laura, saliendo con Zulema*).—La esperamos, mamá.

ZULEMA (*á doña Laura*).—No se demore Laura. (*Salen por el foro*).

ESCENA XIV

DOÑA LAURA Y MARIO

DOÑA LAURA (*con insultante frialdad*).—Ya lo escucho. Puede usted hablar.

MARIO (*hablando con lentitud y á media voz*).—¿No quiere usted sentarse, señora, para que conversemos con más comodidad.

DOÑA LAURA.—Usted se servirá disculparme... Llevo demasiada prisa para tomar asiento. Le ruego, pues, que tenga la bondad de decirme pronto en qué puedo servirlo...

MARIO.—Yo desearía saber, señora, qué razones ha tenido usted para ordenar á su hija Silvia que rompa su compromiso conmigo...

DOÑA LAURA (*como extrañada*).—¡Ordenar yo á mi hija Silvia que rompa su compromiso con usted!

MARIO.—Sí, señora; deseo saber sus motivos... Y me permito interrogarla, porque la cuestión afecta mi honor. (*Un silencio.*)

DOÑA LAURA (*recapacitando*).—Es que yo ignoraba por completo que mi hija Silvia se hubiera comprometido con nadie. Y aún debo decirle que usted se equivoca, pues si se comprometiera, ella me avisaría... Mal puedo yo haberme opuesto, entonces, á un casamiento que no ha existido más que en su imaginación.—Es esto cuanto puedo contestarle. (*Hace ademán de salir.*)

MARIO (*cerrándole el paso*).—¡Señora!... ¿A qué viene esta comedia?... ¡Yo tengo derecho, por mi nombre, de exigir una contestación franca y categórica!

DOÑA LAURA.—¿Olvida usted que está hablando con una señora?... Recuerde que entre los dos hay una gran distancia, que usted no va á salvar faltándome el respeto. (*Pausa.*)

MARIO.—No ha sido esa mi intención, y le pido me disculpe. Me siento tan profundamente herido que no me hallo en estado de medir mis palabras. Retiro las que pueden ofenderla...

DOÑA LAURA (*con reticencia*).—Comprendo... y lo disculpo.

MARIO.—Silvia se compromete un día conmigo... Al día siguiente me dice que usted se opone á nuestro casamiento, y rompe su compromiso, sin darme más explicaciones... Tampoco yo puedo insistir en pedírselas á una niña que obra bajo la autoridad de su madre. Por eso me dirijo á usted, señora... (*Pausa.*) Creo que nada se me puede enrostrar. No acierto, pues, á comprender la causa de su negativa...

DOÑA LAURA.—Le he dicho que no hay tal negativa.

MARIO (*sin escucharla*).—He oído decir que mi padre tuvo un pleito contra su marido de usted...

DOÑA LAURA.—Han pasado muchos años de ese desgraciado pleito. Mi marido mismo lo habría olvidado si viviera... Por eso yo no me he negado á tratar á usted como á los demás compañeros de baile de mi hija.

MARIO (*sordamente*).—Entonces, la causa puede ser otra... Ha llegado hasta usted la noticia de la defraudación en el hospital que dirijo, ¿y usted la ha creído!

DOÑA LAURA.—No conozco tal noticia.

MARIO.—Debe usted conocerla como presidenta de la Sociedad de San Vicente.

DOÑA LAURA.—Pues no la conozco. Y aunque la conociera, le repito que nada he hablado con Silvia... En cuanto á lo que usted afirma sobre su compromiso, se me ocurre que usted ha tomado en serio alguna broma de mi hija, y ella, no atreviéndose á confesar su broma, le dijo á usted que soy yo quien deshace el noviazgo...

MARIO, (*exaltándose por grados*).—¡Usted sabe que es falso lo que dice!

DOÑA LAURA.—¿Me dice usted que miento?

MARIO.—¡Le digo que falta á la verdad! (*Entra Silvia por la segunda puerta de la izquierda, y se encamina hacia su madre.*)

ESCENA XV

DICHOS Y SILVIA

SILVIA (*a doña Laura*).—¡Mamá!... ¡Ven!... Todos te llaman para partir...

MARIO.—¡Silvia!... Dígame, ¿no me ha dado usted palabra de casamiento?... (*Pausa breve.*) ¿No me ha dicho usted que su mamá le ordenaba faltar á su palabra?... (*Pausa breve.*) ¡Conteste usted, Silvia, que se trata de saber quien miente aquí... si la señora ó yo!

SILVIA (*llorosa*).—Vamos, mamá... (*Un silencio.*)

MARIO.—Su silencio, Silvia, dice bien claro que no soy yo quien miente. Pero antes de irse debe usted decirme algo más... Sea usted leal alguna vez conmigo, se lo ruego, y dígame si usted ha creído lo que se me imputa... (*Pausa.*) (*Con ira creciente.*) ¡Conteste usted, Silvia! ¿Ha podido usted sospechar, sólo sospechar, que yo haya robado á las mujeres, á los enfermos, á los pobres? ¡Conteste usted! (*Silvia queda como clavada en su sitio. Doña Laura la toma de un brazo para llevarsela. (A doña Laura.)*) ¡Puede usted llevarse á su hija, señora, una hija bien digna de usted!... ¡Pensar que ella pudiera haber sido mi mujer, la compañera y colaboradora de mi vida! ¡Pensar que yo hubiera podido dar á usted el nombre de madre!... (*Ríe amargamente.*) Tiene usted razón, señora, entre ustedes y yo hay un abismo, ¡y no seré yo quien trate de franquearlo! (*Aparece Zulema en la puerta del foro. Aunque ha oído las últimas palabras, se adelanta sonriente hasta la mitad de la escena, afectando no percatarse de nada. Al verla, doña Laura y Silvia cambian de actitud, en una brusca transición, como si hubieran estado conversando tranquilamente con Mario. El mismo Mario se repone y disimula su excitación.*)

ESCENA XVI

MARIO, DOÑA LAURA, SILVIA Y ZULEMA

ZULEMA.—¿Estaban ustedes discutiendo?

DOÑA LAURA (*vacilante*).—Si... á propósito de los baños de mar...

ZULEMA (*siempre sonriendo*).—Blasco se los recomendaría á ustedes como médico... Ustedes habrán contestado que á las personas nerviosas no les sientan... ¡Y yo les doy la razón! (*A Mario con burla*.) A propósito de baños, debo advertirle á usted, por si no se ha apercebido, que estas playas son siempre peligrosas. La corriente es muy fuerte. No debe usted aventurarse nadando, como lo hace siempre, tan lejos de la orilla. Uno de estos días se puede usted llevar un susto y tendrá que tragar mucha agua... ¡Hasta se puede ahogar en ese caliz de amargura! (*Seria á doña Laura y Silvia*). Ya todos están en el automóvil esperándolas á ustedes... mientras ustedes hablaban aquí tranquilamente de baños de mar.

DOÑA LAURA (*saludando ligeramente con la cabeza á Mario*).—Vamos. (*Doña Laura, Silvia y Zulema se encaminan á la puerta del foro*).

ZULEMA (*á Mario desde la puerta*).—Le dejamos á usted para que medite sobre mi consejo. Nos tiene usted inquietas. ¡Aléjese del peligro! (*Salen doña Laura, Silvia y Zulema. Mientras hablaba Zulema, ha entrado doña Emilia por la primera puerta de la derecha. Da una ojeada á la escena; con su ojo de madre comprende la situación de su hijo, y adelanta hacia él tendiéndole los brazos, como para protegerle ó bendecirle. Al verla, Mario, embargado todavía por la emoción, queda perplejo, como si no la reconociera. Por la segunda puerta de la derecha ha entrado también Antúñez, quien se dirige á Mario con un pliego en la mano*).

ESCENA XVII

MARIO, DOÑA EMILIA Y ANTÚÑEZ

ANTÚÑEZ.—Ha llegado una citación para usted, doctor Blasco. Creo que es del juzgado de Buenos Aires... (*Como Mario no toma el telegrama ni contesta, Antúñez se queda esperando á respetuosa distancia*).

MARIO.—¡Tú, mamá!...

DOÑA EMILIA.—Sí, Mario... Ven á preparar tu equipaje y volvámonos.

MARIO.—¡Pero tú lo sabes!... ¿Quién te lo dijo?... ¿A quién se lo preguntaste?

DOÑA EMILIA.—Una madre no necesita preguntar para saber. (*Pausa. Mario abraza á su madre. Telón*.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

CLARO DE LUNA

Viajera desconocida
que en el lago de cristal
bajo la luna dormida
iluminaste mi vida
con un recuerdo inmortal,
si refrenando mi ardor
tan solo te di una flor
como prueba de ternura,
fué porque quise hacer pura
nuestra novela de amor.

De aquel sueño juvenil
que una noche fué esbozado
á los dos nos ha quedado
como una pena sutil.

Pero la luna de Abril
que nos invita á llorar,
también nos hace escuchar
los acentos de un laúd
que tendrá la juventud
de las estrellas y el mar.

MANUEL UGARTE.

Zurich.

LA HOJA DE PARRA

Á PROPÓSITO DEL DESNUDO EN EL ARTE

Hace dos meses, en París, y en vísperas de este viaje por Italia, un artista argentino me avisó de las vehementes censuras promovidas en Buenos Aires contra la Municipalidad, por haber decorado sus paseos con mármoles desnudos y alegorías que una pudibundez aldeana consideraba licenciosos. Hizome saber, además, que tales protestas habían sido inspiradas por el clero, y que sacerdotes á quienes se considera como directores intelectuales de aquella cristiandad, habían osado subir á la tribuna eclesiástica para aconsejar la demolición de esos monumentos. Confieso que al oírle, semejante noticia me llenó de profunda congoja, pues no podría haberse imaginado argumento mejor para demostrar hasta qué punto es externa nuestra civilización, y para hacer comprender á los rehacios del industrialismo hasta qué extremo puede ser funesta esa moral que desarrolla el progreso sin desenvolver la cultura. Pues hubiera sido un espectáculo singular en la historia del mundo, ver en aquella América novísima, tan llena de ímpetus generosos, caer en el parque público los mármoles alzados por el noble designio de una comuna burguesa—los mármoles desnudos que remedaban en su línea esbelta la gloria de los mármoles antiguos—y caer por la instigación irresponsable de un clero estulto, ignorante de las tradiciones estéticas de la Iglesia Católica, que en el siglo XVIII aún nos daba con Pío VI el más ilustre restaurador de las formas paganas, como había dado con Julio II y con León X los muníficos protectores del Renacimiento, sin que ninguna preocupación mezquina embarazara ante sus ojos las actitudes libres de la Belleza.

Yo habitaba, á la sazón de esas noticias, frente al Jardín de las Tullerías, que me ofrecía á diario, desde el Arco del Carrusel hasta la puerta de la Concordia, el espectáculo de los mármoles y bronceos, triunfando sobre pedestales pequeños y elegantes como las aras romanas, viviendo así su pacífica familiaridad con el pueblo feliz que los admiraba, sin que ningún pensar maligno turbase la serena contemplación de Fauno velludo, de Flora voluptuosa, de Céforo ligero, y de Orithya, Cibeles ó Deyanira contor-

Este artículo, fechado en Enero, se publica con retraso á causa de haber quedado detenido varios meses en el Correo. La índole del tema que trata, siempre en el tapete, no le hace perder, empero, nada de su interés, á pesar del mencionado retardo en su publicación.

sionando el busto núbil en los brazos viriles de sus raptorez. Antes de haber visitado los templos, los museos y los parques de Europa, ya mis opiniones eran en absoluto favorables á la idea del desnudo en el arte, de suerte que al visitarlos, sólo he encontrado en ellos el documento plástico que ratificaba una convicción anterior.

Y si en virtud de un credo estético muy sólido, debía producirme gran inquietud la noticia de esas protestas bonaerenses que hacían peligrar un loable pensamiento de cultura, no lo fué menos por la influencia educadora del Jardín vecino, en el cual se ve realizada la idea de convertir los parques públicos en museos abiertos donde la obra escultórica triunfe en la luz espontánea del espacio, y donde al par que decore la tersa linfa de las fuentes ó la discreta umbría de las frondas, restaure ante nuestros ojos, en la figura dramática de los Sátiros y las Dianas el gesto de los instintos generadores, ó glorifique nuevamente, en la línea tranquila de los Apolos y las Venus, esas formas excelsas de la naturaleza cuyo culto unifica en un solo amor el destino del arte y de la vida.

Han procedido bien los más prestigiosos órganos de nuestra prensa al condenar esa propaganda bárbara y regresiva; pero yo creo que si ahora la han dominado, su victoria es solo una tregua. Tales protestas renacerán apenas otra ocasión análoga vuelva á irritar esos pudores de dueñas, y esos instintos de vándalos. Por eso yo atribuyo una constante oportunidad al tema de esta carta, en la cual desearía dar á mis lectores el concepto europeo sobre el desnudo en el arte, proclamar su absoluta moralidad, y decir la completa injusticia de esas alharacas hostiles, que solo pueden hallar guarida en corazones fanáticos ó en mentes horras de toda cultura estética y humanista. Y si en virtud de razonamientos teóricos tales eran mis convicciones, ellas se han fortalecido con arraigo más hondo en mi viaje á través de los templos y los museos de Italia, pues nada como un viaje por este país que ha sido el centro del catolicismo para familiarizarnos con esos cuerpos desnudos, y convencernos de que en sus grandes siglos la iglesia no rechazó la desnudez de la figura humana. Las esporádicas protestas que á veces surgieron, no prosperaban en la voluntad de quienes tenían en sus manos el gobierno eclesiástico. Refiere Giorgio Vasari que cuando en el muro de la Capilla Sixtina, Miguel Angel pintaba su «Juicio final»—donde no es impreciosa la composición sin armonías, sino el relieve escultórico de tantos hombres y mujeres desnudos,—Biagio da Cesena, maestro de ceremonias de Paolo III, criticó la concepción demasiado pagana y las figuras que se le antojaban licenciosas; pero el artista aún tuvo tiempo y libertad para castigar su estulticia, retratándole en la persona del Minos que va por la ribera del Infierno. Y se dice que cuando Biagio se quejaba ante el Papa de este castigo, Paolo III, sonriendo, solía contestarle:—Si el pintor te hubiese colocado en el Purgatorio yo hubiera podido salvarte; pero habiéndote confinado en el Infierno, no está en mi potestad el levantarte la pena, porque allí *nulla est redemptio*...

Así comprendían el arte aquellos grandes papas del Renaci-

miento; y fué menester que viniesen tiempos de decadencia artística y de decadencia religiosa, ó pontífices insensibles á la belleza, para que se sintiera la necesidad de vestir aquellos sexos inocentes y para que se atrevieran á vestirlos pseudoartistas — que han pasado con el mote de *camiseros* al otro terrible infierno de la Historia. Sería de ver á esos moralistas de Buenos Aires en aquella capilla donde el Papa dice su misa, para oír como concilian sus escrúpulos con esas caderas redondas y esos vientres sensuales de las figuras miguelangelescas, donde á veces cuerpos desnudos se entrelazan en cúpulas ambiguas. Seguramente responderían que tales son los restos, conservados por respeto á la tradición, de una época en la cual el paganismo renaciente en el arte había invadido los dominios del culto. Sí: aquella es la época en que la madre de Pietro Aretino, que había sido una linda cortesana de Arezzo, sirvió de modelo para la Virgen que colocaron en el templo de su ciudad, y que el hijo, expósito y libertino, muchos años más tarde, en sus días de gloria, encargaba copiar sin duda para conservarla con orgullo en su palacio de Venecia. Sí: aquella es la época en que Nanni Grosso, agonizante en un hospital, según la anécdota que Taine nos refiere, rechazaba el crucifijo vulgar que se le ofrecía y pedía que le trajesen en cambio uno tallado por la mano de Donatello. Pero yo creo que esa confusión de lo religioso y lo profano, de lo místico y lo sensual, no fué en manera alguna un renacimiento del paganismo, sino un simple y vigoroso florecimiento del arte, que no es pagano ni cristiano, pues su obra no reconoce otro ideal que la perfección de las formas ni otra religión que el amor á la naturaleza.

He ahí por qué cuando el catolicismo necesitó decorar sus capillas ó erigir sus divinidades ante los ojos del pueblo, los artistas prefirieron para sus creaciones aquellos episodios de los libros santos que les permitían pintar la carne humana en su magnífica desnudez. Así se explica esa profusión incontable de Susanas perseguidas, de Sebastianes asaetados, de Magdalenas penitentes, de Cristos depuestos, de Juanes adolescentes, de Adanes seducidos y de Evas pecadoras,—temas que sin cesar se repiten en la imaginería religiosa de Italia. Y qué decir de las figuras simplemente decorativas con que los pintores gustaban exornar los lugares sagrados, tales por ejemplo aquellos frescos realistas del Tintoretto en la Escuela San Roque de Venecia ó en la Sala Constantina del Vaticano, aquella que pintó Francisco Penni junto al retrato de San León: una mujer desnuda que simboliza la Verdad. . . Las citas podrían multiplicarse hasta lo infinito, y no sólo dentro de ese idealismo que reproduce la figura humana en su pristina y pura desnudez, sino de ese otro más audaz que complicó el desnudo con fábulas dramáticas, henchidas de sensualidad ó de lujuria; y no dejaré de mencionar que el gótico de las basílicas, siempre en rebusca de nuevas magnificencias decorativas, llegó á florecer en alegorías monstruosas; que en el Castillo de Sant'Angelo, antigua residencia de los Papas, aún puede verse obscenos episodios de sátiros abrazados á sus niñas; y que una serie de medallones bizantinos en el vestíbulo de San Marco do

Venecia, ilustra la historia del génesis y los amores edénicos, con tal profusión de detalles que raya en las escabrosidades de la ginecología. . . Oh, nó! La Iglesia y la moral religiosa, para protestar del desnudo en el arte, necesitaría quemar primero sus frescos más admirados y sus basílicas más gloriosas.

Cabe, sin embargo, establecer una diferencia importante entre la pintura y la escultura, respecto á esta cuestión, y es que la primera puede crear una composición admirable con figuras vestidas, mientras que á la segunda le es casi indispensable la desnudez. Esto se debe á que la escultura está limitada á la forma y al individuo, de tal modo que el color es producido en ella por una ilusión de la sombra, y que si puede agrupar varias figuras, lo hace, ó adhiriéndolas á un plano como en los sarcófagos y los vasos antiguos, ó uniéndolas por un vínculo tan débil que cada una de ellas conserve su individualidad, como ocurre con el Laocoonte, si he de ejemplificar mi teoría con una obra clásica. En cambio la pintura puede reproducir todo lo que reflejan nuestras miradas, y disponiendo de la perspectiva y el calor, su campo de composición es más extenso.

Ella puede copiar rincones de la tierra, así el paisaje y la marina, donde la figura del hombre no es indispensable. Ella puede manejar muchedumbres, así en los cuadros de cortejos y de batallas. Y como el placer pictórico es muchas veces producido por el contraste ó la gradación de los colores, las vestiduras tienen para ella una importancia esencial. Tal se ve, sobre todo, en las obras magníficas del Tiziano, bien los retratos, como esa Catalina Cornaro, suntuosa en sus sedas y sus joyas; bien la *Asunta* ramosa, donde el contraste de los vestidos sobre el fondo rojizo que entona el cuadro, dominan tanto como la serenidad ya divina de la Madona y el asombro todavía humano de los Apóstoles. Pero nada de esto acontece con la escultura, arte de tres dimensiones que al completarse aíslan en el espacio la obra realizada, y que necesita, por la misma simplicidad de sus recursos, buscar sus modelos entre aquellas figuras de la naturaleza que son capaces, por sí mismas, de sugerir profundas emociones.

Entre aquellas figuras, ninguna como el cuerpo sagrado del Hombre. Cualquiera de mis lectores puede hacer la experiencia de que los animales, ó las formas inanimadas del Universo, tales como los árboles y las rocas, no tienen interés escultórico sino en relación con la figura humana. La sala de los Animales, en el museo de antiguos del Vaticano, tiene un gran interés pintoresco, pero la perfección banal de aquellos perros cinegéticos y de aquellas vacas eglógicas, no os dá una sola emoción comparable á la que proporciona cualquiera de los dioses en las salas vecinas. Entre los propios animales, el león, por ejemplo, tiene su sitio como apéndice decorativo de la arquitectura en el umbral de los pórticos, ó como temible centinela de las columnas heroicas, pero nunca es de por sí, á pesar de su efectiva grandeza, un objeto exclusivo del arte. El caballo es el que más nos interesa, pero es porque su figura se asocia á los grandes momentos de la historia del hombre. Cuando lo hallamos solo como en el bronce

arcaico del Museo de Nápoles, nos despierta una simple curiosidad arqueológica, y no consigue conmovernos sino cuando imaginamos que aquel corcel perteneció á una cuadriga, y que atados al carro condujeron al soldado vencedor en la guerra ó al auriga vencedor en el circo. Los caballos que en la escultura han perdurado son los de la estatuaria, los caballos de los monumentos ecuestres, los caballos cuyos ijares sangraron al golpe de las espuelas del guerrero, los caballos que atrovellaron con los ginetes de la patria contra los enemigos de la patria, los caballos que cuando muere Patroclo saben verter las lágrimas con que los hombres lloran á los héroes. Mas en todo eso, como veis, la figura central é inspiradora de la obra escultórica es siempre el Hombre; y entonces volvemos á nuestro punto de partida, para saber si hay el derecho de impedir al arte la libertad de representar en roca ó bronce esa figura con toda su magnífica desnudez.

Hoy ya nadie osaría contradecir esa libertad en Europa. Hasta los yanquis groseros y las púdicas inglesas han sido dominados por la pureza del desnudo; y es en la mayor aptitud de estas sociedades para el culto del arte donde finca precisamente la superioridad de su civilización sobre la nuestra. Aquí la mujer se ha independizado de esos prejuicios, más que por una prédica teórica, por la educación estética de los museos; mientras sé de viajeras argentinas que después de una visita al Louvre de París ó al Capitolino de Roma, han huido encandalizadas por el sexo desnudo de los Apolos y los Bacos, mientras la turista venida de Nueva York permanecía arrobada ante ellas, pues sus ojos solo veían la gracia de las cabezas juveniles, la fuerza de las espaldas robustas ó la elegancia de las piernas serenas. Yo aconsejaría á los que vienen á Roma que visitaran primero el museo del capitolio, el del Vaticano, el de las Térmias de Diocleciano, el de la Villa Borghese, todos los que conservan las esculturas clásicas salvadas de los siglos y de las ruinas, y que sólo más tarde habituado ya el ojo á la figura desnuda fuesen por la primera vez al Museo de Arte Moderno sobre la Vía Nazionale, arte de figuras vestidas y de decadencia. Y ante esos trajes de mármol, ante esos trajes sin color de los cuales sólo vemos la forma que el cambio de las modas tornara ridículos, yo les pediría que me confesarán si bajo pretexto de una falsa moralidad, prefieren esas fealdades grotescas ó la belleza del desnudo, glorioso por la insuperable plenitud de sus formas, por la elocuencia divina de su significado, por la eternidad universal de su gesto. Si algún velo las cubre, ha de ser esa túnica lijera que transparenta bajo un fino lino la silueta desnuda, así la Danzarina que se adelanta voluptuosa en el Gabinete de las Máscaras del Vaticano, y así el pepló y la falda de las Victorias, que un viento heroico delineaba sobre los pechos firmes, sobre los vientres jóvenes, sobre los muslos ágiles.

Es lamentable que los moralistas confundan á menudo la desnudez con la obscenidad. Yo estoy en contra de la obscenidad porque la creo antiestética; pero estoy en favor de la desnudez porque la creo moralizante. Juzgo antiestética la obscenidad porque perturba la emoción artística con pensamientos impuros: y

juzgo moralizante la desnudez, porque ella nos enseña la serenidad de alma en la belleza, y la elegancia de las actitudes y la perfección de las formas, y nos hace sentir tragedias y dolores del espíritu en el gesto carnal que todo hombre comprende y que es perenne en los siglos. Estas ruinas fecundas de Pompeya han dado el museo de Nápoles una contribución de arte que sugiere sobre este asunto muy concluyentes reflexiones. Los pompeyanos tenían á Venus por patrona de la ciudad, y Gastón Boissier refiere que hasta los candidatos á las magistraturas edilicias ofrecían los favores de la diosa, como el voto mejor que podían formular á sus electores. A la sombra de este culto, floreció una cultura serena, inspirada en la pureza apolínea, pero creció á su vera otra dionisiaca, monstruosa, libertina y deforme. Ejemplo insuperable de la primera es el pequeño bronce de aquel *Narciso* praxitelico del cual me acordaré toda mi vida, porque jamás un efebo ha alcanzado una desnudez más casta ni una elegancia más exquisita. Ejemplo de la segunda es aquel grupo de mármol donde un sátiro y una cabra se entrelazan en cópula tan abominable, que la dirección del Museo lo ha confinado en una sala secreta. He ahí expresadas con ambas obras dos órdenes de ideas que es necesario no confundir: esta última es inmoral porque es obscena, porque es contranatura y por consiguiente contrabelleza; mientras el *Narciso* es moral porque nos pacifica el alma en una sana contemplación, y difunde por nuestro ser un goce etéreo, infinito, que está, como el de la música, más allá de nuestras palabras y nuestros pensamientos habituales. Si cubris su sexo con la menguada hoja de parra, no hariais sino llamar nuestra atención sobre una parte de su cuerpo que si la dejáis desnuda se desvanece en la armonía de la línea que baja de la cabeza hermosa al cuello grácil y del torso elegante al glúteo firme y á la pierna viril.

Puéblese, pues, la tierra americana, no sólo de hombres que la trabajen, sino de bronce y mármoles desnudos que la glorifiquen. Bella es la Victoria de Samotracia que está vestida, pero la moralidad de su belleza no consiste en el velo que cubre su cuerpo decapitado, sino en el esfuerzo triunfador con que se avanza sobre la proa, tanto que hace sentir bajo su nave el rumor de las olas y en torno de sus alas entreabiertas el viento de la inmensidad. Bella es también esa Venus de Milo cuya belleza es grande como su fama, y aunque el seno y el vientre están desnudos, la carne de su cuerpo es impoluta, tanto que su alma ni lo sabe, y esa inocencia se transparenta en la serenidad de su frente y en la paz de sus ojos. Tal es el verdadero sentido de la moral en el arte. Sus criaturas viven más allá del bien y del mal. Sus formas son simplemente bellas ó feas. Los cánones morales podrian, tal vez, someter á su juicio el valor ético de las concepciones expresadas en las formas, pero jamás las formas mismas. No podemos someter esos hombres y esas mujeres ideales á los usos de nuestra vida cotidiana; y sería ilícito ir á abrochar un peplo al busto de la Venus Capitolina ó ir á envolver un manto á las espaldas de la Venus Calipigia, porque faltaban á los edictos de las buenas costumbres. Yo he visto por el contrario, en tor-

no de la Sagrada Desnudez, hombres venidos de las más diversas partes del mundo, unirse fraternalmente en los museos de Europa, para inclinarse en una silenciosa y pura adoración. Y mientras en nuestro país no pase lo mismo, mientras el pueblo pida hojas de parra para los mármoles desnudos, mientras la belleza no sea un culto y una religión, significará que el haber realizado al evangelio del frac predicado por Sarmiento, ha sido para nosotros una simple maniobra de sastrería, significará que hemos desarrollado el progreso sin haber desenvuelto la cultura, y esas muecas de enano seguirán ridiculizando nuestro vanidoso ademán de gigantes.

RICARDO ROJAS

Pompeya, Enero de 1908.

PONIENTE TRÁGICO

Cae la tarde en el estuario.
Los violines de las selvas centenarias lloran largos misereres.
Los saúces se estremecen bajo el soplo de la brisa,
Y sus lascias cabelleras de mujeres
Desoladas por el llanto de su sueño funerario,
Rozan la onda que se irisa
Como un cuerpo bajo el trémulo contacto de una mano.
Finge inmensos y fantásticos bajeles,
Fabulosas grutas de oro,
Caravanas infinitas de enigmáticos camellos,
Crines crespas y flotantes de corceles,
El crepúsculo violento que se extiende por el cielo,
Cual mirífico océano hecho todo de destellos
De joyeles,
Cual incendio de amatistas y zafiros;
Como rauda catarata de esmeraldas y turquesas
Desprendida de lo alto en briosos giros;
Como el gran derrumbamiento de una Alhambra portentosa,
Cuyos finos capiteles y arquitrabes
Se convierten en pavesas
Bajo la ígnea llama ardiente del ocaso,
Bajo la ígnea llama ardiente que hace rosa
De corola y tallo suaves,
De la nube crugidora como un raso.
Y en los ámbitos azules
Desparrama
Largos tules
En que imprime el sol poniente
Los colores atrevidos de su gana.
Cae la tarde como lluvia de turquesas. Los suspiros
De los árboles gigantes que decoran la ribera
Desfallecen en el fondo de los tibios horizontes,
Como queja plañidera
De las arpas rumorosas de los montes.
Una gran melancolía se difunde por el ámbito sereno.
La tristeza de las tardes desoladas
Se levanta desde el lecho de los mares y se extiende por
[doquiera.
El silencio pulveriza los sonidos en su seno,

Y cual amplio cendal fino
Cubre todos los objetos que se alzan á lo largo
De las márgenes calladas.
Derrepente,
De las ondas silenciosas y amarillas,
Surge suave y lentamente
Una nave, por un lívido remero tripulada.
Boga lejos de las plácidas orillas,
Cual si un lúgubre presagio, un duelo amargo,
En las hondas lejanías la internara.
Yo conozco ese fantástico remero...
Un dolor indestructible lo devora,
Noche y día, á cualquier hora.
Las angustias más tenaces y crueles
Destrozaron su alma rara.
Comió espinas, bebió hieles.
Tuvo noches de suplicio, como el triste prisionero
A quien quema el amor santo
Y el Destino obliga, empero,
A estar lejos de su dulce bien amada.
Mucho más que en la agonía de la tarde
Con el trágico crepúsculo en su alma torturada;
Mucho más que la tristeza del ambiente
Es el áspero martirio y el horrísono quebranto
De su ser, en el misterio de la noche sumergido;
Mucho más que la inclemente
Amargura de las hojas, murmurando eterno olvido,
Es el drama doloroso que se fragua entre las sombras
De su frente de maldito;
Mucho más que todas esas pesadumbres del ocaso,
Es el fiero pensamiento que taladra su cerebro
Y se escapa de sus labios, como un grito;
Mucho más que las congojas de ese instante
Dicen la angustiada palidez de su semblante,
Su pupila fulgurante
Bajo la obra despiadada de la fiebre;
Mucho más, en fin, que todas esas maravillas
De la tarde inexorable, le tortura
De su amante el abandono;
La ruptura para siempre irreparable
Con aquella prodigiosa criatura
De cabellos como el oro,
De ojos verdes y quemantes, como vívida esmeralda;
Vaso lleno de perfume y de amor lleno hasta el borde;
Voluptuosa y amorosa hasta dar al paroxismo;
Blonda y roja como anuncio de la aurora;
Dura al lloro;
Atrayente y peligrosa como abismo:
Flor extraña de pasión y de pecado,
Lazo fuerte que ligándolo al pasado
Lo encadena en el presente

Y se extiende, firme y recio, hacia el futuro;
 Hechicera de lascivos labios rojos,
 De mirar ígneo y obscuro,
 De apariencia de sibila y enigmáticos antojos:
 Indomable fuerza ciega y prepotente
 Del fatal y dulce sexo,
 Ante cuyas misteriosas seducciones
 Se nublaba el pensamiento del remero;
 Hondo y mágico venero
 Del placer que da el delirio
 Del amor, jamás saciado:
 Tal fué aquella criatura
 Para el triste tripulante de la nave,
 Para el pálido remero que atraviesa
 La onda suave
 Con el trágico recuerdo de aquel bello ser amado;
 Conduciendo el denso fardo de amargura,
 Presa de hondo abatimiento
 Y desventura,
 Y sus sueños derrotados bajo el brillo indiferente
 De las trémulas estrellas que aparecen en el cielo,
 Sin calmar la fiebre intensa de su frente
 Ni aportarle algún consuelo.

Y la nave avanza en tanto, lentamente;
 Y se aleja por momentos de la tierra,
 El crepúsculo la envuelve en su sudario,
 Y los místicos rumores de la noche que se acerca,
 La acompañan en su viaje misterioso.
 Reina un vasto sentimiento de agonía en el estuario.
 Se diría que algo muere en el borroso
 Confin ancho de las costas serpenteantes.
 La figura del remero bajo el palio de las sombras
 Desvanécese y se alarga,
 Toma un tinte visionario,
 Y por fin desaparece en lontananza.
 Y la nave, en tanto, avanza
 Bajo el brillo parpadeante
 De los astros que despuntan en el cielo,
 Suavemente, lentamente,
 Como el trémulo pañuelo
 Que se agita en la ribera de la vida,
 Despidiendo al desdichado
 En su lúgubre y su trágica partida.

EUGENIO DÍAZ ROMERO

INFORMACIÓN FILOSÓFICA

“*Vingt-cinq années de Vie Littéraire*” par Maurice Barrés, de l'Académie Française, avec une introduction par Henri Brémond.—Un vol. in 16, Blond, éditeur.—Paris, 1908.

He aquí un libro que no será nunca recomendado demasiado á los extranjeros que se interesan por la literatura francesa contemporánea.

Es una reunión, excelentemente formada, de páginas escogidas en la obra ya considerable de Mauricio Barrés. La personalidad del joven académico es, del punto de vista puramente literario, curiosa y atrayente; pero les es difícil á quienes no están ya desde larga fecha y desde la infancia familiarizados con el genio francés, de penetrar en la intimidad de ese pensamiento tan hostil al cosmopolitismo. Y, sin embargo, Mauricio Barrés es digno como literato de atraer la atención del gran público internacional. Sus impresiones de España, sus páginas sobre la «voluptuosidad de Córdoba», sobre Toledo, sobre el Escorial, merecen ser recordadas por su interés psicológico.

Su nacionalismo, en fin, no es solamente una doctrina política de la cual nosotros no debemos ocuparnos aquí, sino una teoría literaria, presentada bajo un aspecto sumamente seductor, con sorprendentes recursos de dialéctica. Pero lo que sobre todo es menester alabar en Barrés, lo que está muy por encima de sus teorías sociales ó literarias, es su arte. Escritor de una pureza clásica, ha sabido expresar en una prosa rítmica y concisa, las más sutiles delicadezas sentimentales. Como ironista se deleita en la sátira violenta ó en la jovialidad intelectual, al modo de Renan; un Renan cuya sonrisa esconde á menudo la aspereza de sordas cóleras. Poeta y paisagista, Barrés nos lleva consigo por los museos de Italia, por las viejas ciudades españolas, por Grecia y, sobre todo, por la Lorena.

Es la Lorena que él ha cantado con mayor amor; su pequeña patria es la región á la cual vuelve con fidelidad, después de las largas excursiones que una curiosidad apasionada le obliga á emprender.

El lector de estas «páginas selectas» encontrará además en este volumen un cuadro fiel de la evolución del pensamiento de Barrés. El autor de *Déracinés* ha partido, en efecto, del individualismo radical para acabar en el nacionalismo: él se ha conven-

cido que el individuo no se halla aislado, que el *yo* orgulloso no se basta, siendo la existencia una condición creada por necesidades históricas y geográficas que es menester saber aceptar. Nuestra raza habla en nosotros mediante los instintos y los sentimientos elaborados por una larga serie de antepasados; una tradición se nos impone, querámoslo ó no. No rebelarlos contra nuestras propias leyes «aceptar nuestro determinismo», tal es la fórmula última á que llega el individualisme primitivo de Barrés. Y, justamente, en este volumen, los textos han sido agrupados en modo de hacer sensible la continuidad de la evolución que desde un *Hombre libre* llega á las *Amistades francesas*. Agreguemos que la introducción del señor Henri Brémond, clara y sabrosa, es un excelente prefacio á la lectura de estas páginas selectas.

Indicamos, pues, con placer á los espíritus afectos á las letras francesas, este volúmen, que ha coronado un éxito legítimo. .

«*Morale des Idées-Forces*» por *Alfred Fouillée*. *Bibliothèque de Philosophie contemporaine*, F. Alcan, éditeur, Paris, 1908.

Los lectores de la notable obra que Fouillée ha consagrado á la *Crítica de los sistemas de moral contemporáneos*, esperaban desde tiempo atrás la síntesis moral personal prometida al público por el autor del *Evolucionismo de las ideas-fuerzas*. La parte puramente crítica de la doctrina de Fouillée, pedía un complemento. Su *Moral de las ideas-fuerzas* que aparece ahora, nos prueba que el autor, no ha perdido ninguna de las cualidades de su análisis claro, de su dialéctica flexible y sutil, de su erudición siempre bien informada. Pero lo que nos parece sobre todo interesante es la noble preocupación de conciliación y de unidad que caracteriza el punto de vista de Fouillée. De acuerdo con el hermoso pensamiento de Leibniz, Fouillée trata antes de todo de conciliar los pensamientos divergentes, de armonizar los fragmentos esparcidos y, por decirlo así, las facetas de verdad que toda doctrina esconde.

En este libro, particularmente, el autor ha querido conciliar la moral tradicional con la teoría kantiana del imperativo moral; ha ensayado de hacer la síntesis de las morales de lo deseable (hedonismo antiguo) y de las morales del deber. Por otra parte, la misma conciliación es intentada en lo que concierne á la ética clásica, fundada sobre las revelaciones de la conciencia y la nueva ciencia de las costumbres, elaborada por la sociología en la escuela de Dürkheim y Lévy-Brühl. Esta tarea era difícil; tratemos de ver cómo Fouillée la ha realizado.

El verdadero punto de partida de la moralidad se halla en la sola reflexión de la conciencia sobre sí misma. Es necesario plantear al principio «un análisis radical de la experiencia interior y de la idea misma de moralidad, en que la conciencia se expresa». Pero la conciencia no está aislada; ella es un individuo, un sujeto de una sociedad de conciencias. Al *cogito* de Descartes

que ha desempeñado un rol tan grande en la filosofía teórica, es necesario, en filosofía práctica, substituir un *cogito, ergo sumus*. Así, la moral de las Ideas-Fuerzas huirá de la estrechez de las doctrinas basadas sobre un principio único y abstracto: en vez de ser unilateral, ella será *omnilateral*. Apoyándose en una síntesis completa de los resultados de la experiencia, ella utilizará así las condiciones objetivas de la vida social como la reflexión sobre la conciencia. Esta moral será, pues, metafísica en sus principios, científica en lo que concierne á los datos objetivos sobre los cuales ella establece sus reglas y deduce sus aplicaciones. Es una primera conciliación.

De otro lado Fouillée reacciona contra el kantismo ortodoxo y se aproxima á las morales antiguas. El cree en el valor práctico de las verdades puramente racionales: no hay heterogeneidad absoluta entre la verdad y la moralidad. Una idea verdadera puede tener un coeficiente moral. Aunque reconociendo la importancia de la noción de ley en la moral kantiana, Fouillée protesta contra una doctrina que separa la razón y la conciencia humanas, que rehusa al sentimiento un papel legítimo, y que, para fortificar mejor la razón práctica, la separa de todo lo que la sostiene. La moral kantiana implica un dualismo de los elementos concientes, dualismo que Fouillée se niega á admitir. «Una de las más íntimas bases de la moralidad, es precisamente esa disposición científica y filosófica que caracteriza al hombre: sentido de la unidad, aspiración á la síntesis total. En la sociedad como en sí mismo, el hombre concibe y quiere la unidad. Es imposible no querer existir y vivir universalmente. Esta vida, comenzada por la inteligencia, tiende, bajo la ley de las ideas—fuerzas, á terminarse en el sentimiento y la voluntad reflexiva.» He aquí una segunda síntesis.

Es necesario agregar que la moral de la obligación no es el estado más elevado de la moralidad. La verdad moral es la moral de la libertad. Fouillée substituye al imperativo categórico el «*Supremo persuasivo*». En este punto, unos sutiles análisis psicológicos nos indican el sentido en el cual son entendidos esos términos. «Lo que nosotros debemos, es lo que ya queremos en el fondo mismo de nuestro ser y de nuestra conciencia, por esto mismo que tenemos en nosotros una voluntad que va á lo universal como nuestro pensamiento, no sólo una voluntad con centrada en el yo egoísta.» El principio de la moralidad, «es pues, en el fondo, el bien, lo deseable. Solamente que, el bien no debe ser definido por una aspiración parcial, deseo único, sino por el conjunto de nuestras tendencias, por la ciencia completa de nuestro ser. Será necesario asimismo utilizar el carácter estético del ideal moral, bien que una moral puramente estética no puede bastar. En suma, es necesario considerar los diversos elementos racionales, estéticos y sentimentales y volitivos de la moralidad, sin atribuir un papel exclusivo á ninguno de ellos.

DE MI VIDA

¡FRÍOS!

I

Conversábamos... conversábamos... en fin... de todo y de nada con un oficial de justicia amigo mío, cuando se oyeron repetidas llamadas de auxilio.

Corrimos hacia el sitio desde donde partían.

Frente á una vieja casa de inquilinato se agolpaba la gente pretendiendo derribar al vigilante que impedía el paso en la puerta. Mi amigo Equis, el oficial, al ser reconocido por el agente pasó, y me hizo pasar á mi también, yendo ambos á dar, después de salvar el interminable zaguán, á una habitación tan miserable como desordenada. Una cama de hierro, dos sillas desesterilladas, una mesa de pino blanco á modo de escritorio y un ropero antiguo, sin espejo, y pintado, eran los muebles todos de aquel cuarto alfombrado de revistas, diarios y fajas á nombre de Roger Hant.

Todo esto lo he reparado después, porque ni bien franqueamos el umbral de aquella pieza, un horripilante cuadro hizonos contraer de terror, al menos á mi que no soy oficial de justicia. Sobre el lecho purpurado por la sangre, un hombre, joven aun, á deducir por los cabellos ebanáceos, pues en el rostro difícil ó imposible era reconocer indicios seniles ó lo contrario: parecía desgarrado á zarpazos de fiera sitibunda y vengativa. En aquella cabeza había horribles amplias heridas por todos lados. La frente abierta por el medio como á golpes de hoz, dejaba salir, entre coágulos de sangre negra, como pedazos de algodón granato, nauseabundos despojos de la despedazada masa cefálica. De la nariz descarnada surgía oscura sangre también. La boca, abierta, enormemente abierta, recordaba no sé qué heridas asquerosas, pestilentas, y dentro, mostraba, colgantes algunos y algunos rotos, unos dienteitos pequeños como de mujer que tintados por la sangre imaginábanse de coral. Los ojos, ¡oh los ojos! no puedo hablar de los ojos. Y de los oídos destrozados como á fuerza de barreneos, brotaban espumarajos purpurinos ahora, sonrosados después, grisáceos y verdosos en seguida...

¡Ah, horrible, horrible!

La bala suicida, disparada en la boca, habíale dado aquella repugnante desfiguración facial. Un segundo miré de fijo aquel cuadro y aunque mi interesada vista hubiera deseado observarlo un día entero, la helada sensación de terror que mordía mis carnes no me lo permitió, y pretendí salir. Pero mi amigo Equis me pidió que recogiera de sobre el escritorio todo aquello que creyera interesante para la identificación del suicida.

Obedecí.

De espaldas al cadáver, puse manos en la obra, y á poco, dí en el cajoncillo de la mesa, con cinco cuadernos de doscientos y tantos folios cada uno en cuyas tapas leíase escrito en gruesas y firmes letras góticas: «*De mi vida*».

Como los cuadernos estaban numerados, tomé el último y lei el final.

He aquí la transcripción del último capítulo:

II

Terminada la cena en un modesto restaurant de arrabal, encendí un cigarrillo no menos modesto que el restaurant y salí sin rumbo. . . ó mejor dicho. . . con rumbo á cualquier café central donde abonar diez centavos por un pocillito de agua sucia, cinco azucarillos y quince ó veinte bodrios musicales; para, después, cuando el reloj, ese inmortal mensajero anunciador de nuestro nacimiento y de nuestra muerte,—primero parcial, en seguida absoluta,—juntos los brazos, musita la oración de la noche, dándose devotamente, católicamente, doce golpes en el pecho, irme á dormir.

¡Que delicioso es dormir!

«La vida es un sueño corto y deleitable»—dijo mi pluma incauta, mi pluma adolescente, mi púbera pluma de quince años, tres tomos anteriores á éste, página 155, capítulo XII.

«La vida es un sueño . . . corto . . . y deleitable».

Sonrí.

¡Ah, si la vida fuese un sueño! Si nuestras almas no amasen; si nuestras almas no odiasen; si nuestros cerebros no levantasen quimeras, gigantescos andamiajes de ilusiones; si nuestros cerebros no amamantarán envidias, egoísmos, hipocresías; si nuestros cerebros no maquinaran venganzas; si fuéramos nada más que un montón de carne, animada, si, pero sin cabeza, ó con cabeza de palo, con cabeza de piedra, con cabeza de mármol!

¡Ah, si la vida fuese un sueño! . . .

* * *

Salí del café. . . de un café central donde hube abonado diez centavos por un pocillito de agua sucia, cinco azucarillos y quince ó veinte bodrios musicales.

La noche estaba fría, fría y triste, tan triste y fría que hacía pensar en almas de escépticos, en corazones de esposas viejas y sin hijos, y en la vida, y en el porqué de la vida, y en la muerte, y en el porqué de la muerte, y en el más allá de la muerte.

La noche estaba fría, fría y triste. En las calles desiertas casi, las mechas incandescentes de algunos faroles oscilaban como si tuviesen frío, mucho frío: algunos se apagaban recordando mendigos que se murieron ateridos, otros permanecían inmóviles, impasibles, indiferentes, como si tuvieran gabanes de gruesas pieles y hubieran bebido sendos ponches de rhom. En las esquinas, los vigilantes, envueltos en sus capotes, se resguardaban del rocío y pretendían también resguardarse de la brisa glacial acurrucados en las puertas de los almacenes ya cerrados. Unos miraban al suelo, pensando talvez en que un hada milagrosa ó una bella hechicera disfrazada de vieja bruja, abriendo de improviso un boquete en la tierra, aparecería entre una humareda de incienso para decirles: *Yo soy Todolopuede ¿qué queréis? Pedid.—Ser millonario.—Tomad esta varita de virtud, agítadla tres veces y pedid que serán cumplidas ipso facto vuestras órdenes.* Otros, miraban al cielo, esperando ver desprenderse un aerolito y contar después hasta veinte, antes que se perdiera el bólido en el espacio, y luego ansiar, como el primero, ser millonario, ó, si menos ambicioso, tan sólo un ascenso á sargento, y ver satisfechos sus deseos, según dicta la vulgar superstición. Pero ni el boquete se abría, y aunque la piedra meteorólica se desincrustaba del vacío, nunca llegaban á contar hasta veinte, y si llegaban, los millones ni el ascenso aparecían para no desviar la rutinaria característica de la esperanza, ese imposible de lo imposible, esa interminable senda alumbrada pero sin metas, ese incommensurable mar navegable, pero sin puertos.

Otros se adormecían. Luego el trote de un caballo de carruaje les despertaba. ¡El oficial! No. No era el oficial. Y volvían á amodorrarse semisoñando en que la vida era un sueño.

¡Ah, si la vida fuese un sueño!...



Llegué á mi vivienda. Al introducir la llave en la puerta pensé en las puertas de la felicidad siempre sin cerrojos y siempre herméticamente cerradas, y en las puertas del dolor siempre abiertos de par en par y siempre con una amable portera, joven y hermosa, que, con la flamante mirada de sus alevos ojos ingénuos que parecen brindaros un mundo de dichas inequ岸parables, y la sonrisa fementida de sus labios sanguíneos, os atrae, os atrae.

Entré á mi habitación.

¡Qué sola estaba mi habitación, qué frío estaba aquel cuarto de bohemio en donde jamás, desde cinco años ha, entró un amigo porque los amigos son como las amigas: objetos de venta, y yo nunca pude reunir unos centavos para comprarme un compañero y una compañera para... ¡vaya! para ambos. ¡Y pensar que nunca podría comprarme estas frágiles chucherías pueriles, mientras los trabajos literarios de un día, de un mes, de un año, sigan dando á sus padres tan sólo para vivir una hora, un día, una semana!

¡Qué sola estaba mi habitación, qué sola y fría! más fría y sola que de costumbre porque, días pasados, hasta mi biblioteca también me había abandonado para irse con un vampiro ruso.

¡Oh, Sudermann, Maupassant, Baudelaire, Ibsen y vuestros compañeros de estante, perdonadme, pero los primeros fríos me acabaron!

¡Y sin embargo! ¡sarcasmo de sarcasmo! vosotros todos apenas si me distéis para un par de mamelucos y media docena de camisetitas! Pero, mañana, mañana vuestros retratos me darán para una frazada. Mas, ¡oh, ingrato de mí! ¡desagradecido! Algo más me distéis, sí. Me distéis esta vida neurótica, hipocondríaca, y, si no me distéis también este escepticismo misantrópico, acaso cooperastéis en la obra de la Humanidad y de los Años, cooperastéis á envenenar mi alma inocente de los quince eneros, ó al menos, me predispusisteis á ello... Hoy ya soy un viejo niño de quince eneros y siete junios, con canas en el alma, achaques en el corazón, y frío, mucho frío en el cerebro!...

¡Ah, si la vida fuese un sueño!

* * *

Me acosté.

¡Ah, qué helada estaba mi cama! ¡Qué helada! ¡Qué helada!

* * *

Comencé á dormirme.

¡Qué delicioso es dormir!

¡Si pudiese dormir eternamente!

¡Ah, el sueño sí que es la vida!

* * *

Un vecino que cruzaba el patio, encendió un fósforo al cruzar por mi habitación y la luz de la cerilla, franqueando los cristales de la puerta, hizo brillar mi revólver sobre su repisa.

¡Ah, qué deliciosas ideas danzaron un vals cadencioso y melífluo en mi cabeza!

Pero, no obstante, me levanté, tomé mi revólver y lo oculté en el cajón del ropero.

¡Cobarde! ¡Cobarde!

Tuve miedo que algún otro vecino encendiese un fósforo frente á mi pieza y la fulguración incitante de mi revólver me llevara á ser valiente.

¡Cobarde! ¡Cobarde!

Y más cobarde fui aún. Pensé que, ya en el cajón, podría brillar al contacto de otra lucecilla y cerré los postigos.

¡Ah, qué cobarde soy, qué despreciablemente cobarde!

¡Ah, si la vida fuese un sueño! Si la vida fuese un sueño ¿sería lo que soy?

III

Tal capítulo estaba fechado 20 de Mayo.

Y aquella noche era 31...

SEMBLANZAS DE LA TIERRA

CABRERA

Un puñado de intrépidos varones
comandaba aquel bravo aventurero,
llenos los brazos de vigor guerrero
y las almas pobladas de visiones.

Contemplaron las fértiles regiones
que festonan las aguas del Primero,
alto el glorioso pabellón ibero
y jadeantes los rústicos bridones.

Y en nombre de su dios y su monarca
tomaron posesión de la comarca
que se hundía en lejanas lontananzas...

Mientras en sus recónditos follajes
las indómitas turbas de salvajes
afilaban las puntas de sus lanzas...

LA CONQUISTA

Era la nueva raza que venía
de los mares remotos del oriente
y en su mirada audaz resplandecía
el fantástico mundo de su mente.

¡Quien sabe qué dolores presentía,
que doblgando la tostada frente,
ante su planta temeraria huía
tímida y triste la nativa gente!

Y buscaban con trágica pavora
las miradas atónitas é inquietas
el seno maternal de la espesura,

Y allá por los lejanos horizontes
asomaban las bélicas siluetas
sobre el amplio silencio de los montes...

FRAY FERNANDO

En la silente soledad moría
el alma de la América llorosa,
el alma vagabunda y silenciosa,
reina en otrora de la selva umbría.

Mientras la fiera inquisición rujía
como enorme serpiente pavorosa,
se erguía la ignorancia tenebrosa
como la noche amenazando al día.

Lleno, entonces, de mística clemencia,
quiso alzar otro templo de la ciencia
un viejo sacerdote venerando...

Y allí está con su inmóvil postura
en la perpetuidad de su escultura
la sombra paternal de Fray Fernando.

LA EPOPEYA

Viento de rebeliones vengadoras
sacudía los tronos carcomidos,
alumbrando los pueblos oprimidos
una risueña claridad de auroras.

Del Plata, por las márgenes sonoras
resonaron sus fuertes resoplidos,
y marcharon sus hijos atrevidos
agitando banderas redentoras.

Y cuando á despertar á sus hermanos
pisaban los confines de los llanos
al rebelde marcial de sus tambores,

Surgió desde el silencio de la sierra
un aullido frenético de guerra
como una llamarada de rencores...

EL DEÁN FUNES

Por un raro capricho del destino
del sacerdocio se enroló soldado,
aquel fogoso luchador templado
como agudo estileto florentino.

Tenia algo de trágico y felino
su patriótico ardor de iluminado,
cuando excurtaba el porvenir soñado,
señalando á los pueblos su camino...

Al través de su verba convincente
flotaban las ideas de su mente
como lenguas de fuego de una hoguera.

Y ante sus pensamientos luminosos
se plegaban los labios silenciosos
como diciendo: su razón impera!

PAZ

Romántico señor de las contiendas,
tenían sus homéricas hazañas
una altiva grandeza de montañas
y un solemne misterio de leyendas.

En la ruda intemperie de sus tiendas
que azotaba el rigor de las campañas,
ardía en el altar de sus entrañas
el fuego de sus bélicas ofrendas.

La visión de la patria desolada
anublaba la luz de su mirada
con un grave dolor meditabundo,

Y al filo de sus sables vengadores
estrellaban sus bárbaros furoros
las selváticas hordas de Facundo...

VÉLEZ SÁRSFIELD

Formidable adalid del pensamiento
en su olímpica frente dilatada
revelaba la raza no domada
de Gutiérrez, de Rawson, de Sarmiento.

En las ásperas bregas del talento,
cuando tronaba su palabra airada
era su cabellera enmarañada
como un penacho desafiando al viento.

El más temido entre los más temidos,
se azuzaban nerviosos los oídos
ante la magestad de su sapiencia,

Cuando al herir sobre la carne viva
fluía de su verba persuasiva
el sonoro raudal de su elocuencia.

LAS MONTAÑAS

Solitarias montañas silenciosas
que dilatan sus páramos desiertos,
escalando los ámbitos abiertos
donde reinan las águilas gloriosas.

Rememoran leyendas misteriosas
 en la quietud de sus peñascos yertos,
 como si el alma de los tiempos muertos
 meditara en la nada de las cosas.

Y cuando el sol desfalleciente arde
 envolviendo las crestas del granito
 en los trémulos brazos de la tarde,

Evocando insondables pesadumbres,
 parece que soñara el infinito
 tendido sobre el lecho de las cumbres...

ROMAGOSA

Caballero cruzado de la idea,
 rumbo á la gloria atravesó la vida
 con la corona de laurel ceñida
 como una aureola de su sien febea.

Guerrero de Micala ó de Platea,
 le atraía la liza embravecida...
 y buscaba el abismo del suicida
 como el punto final de su odisea...

Derrochaba su intrépida hidalguía,
 sin frase torpe ni intención ambigua;
 la frase altiva, la intención bravia,

Azotando la faz de los malvados,
 como esos reyes de la edad antigua,
 que peleaban al par de sus soldados...

EL DIQUE DE SAN ROQUE

Serpeando por las costas del Primero
 que corre entre la abrupta serranía,
 canta el progreso resonante y fiero
 en la lira de hierro de la vía.

Al caer de las tardes de Febrero
 sobre la sepulcral monotonía,
 gime en el triste resplandor postrero
 el fúnebre rumor de una elegía.

Y allá sobre el confin, donde se evoca
 soñando en un letárgico embeleso
 el alma impenetrable de la roca,

Alza el titán su contextura huraña,
 como una fortaleza del progreso
 enclavada en el pie de la montaña.

LEOPOLDO VELASCO.

« RECUERDOS DE NIÑEZ Y MOCEDAD »

POR MIGUEL DE UNAMUNO

El Sr. Unamuno, escritor que encuentra particular deleite en hablar de sí mismo, acaba de publicar las memorias de sus años juveniles. Tan insistente ha sido siempre en él la manía de recordar su persona en cuanto escribe que la aparición del presente libro se dejaba prever mucho antes de ser anunciada por su propio autor.

Creo encontrar en el egotismo de que alardea el fecundo escritor vasco, las trazas discretamente veladas de una fogosa egolatría cuyo deplorable resultado es el de hacerle indiferente por trabajos de objetivación que darían á su nombre el mismo noble brillo alcanzado en el «En torno al Casticismo». Ese invariable *replegamiento sobre sí mismo* constriñe á Unamuno á ser áspero y monótono. La lectura de un detalle de mediana importancia en la vida de una persona, por ilustre que sea, resulta anodina casi siempre. Y Unamuno menudea en referencias de este género en la mayor parte de sus escritos. En su último libro nos relata un período de su existencia asáz idéntica al de todas las gentes; circunstancia que no puede ser más consoladora, pues nos enseña, una vez más, á no ver cosas extraordinarias en las primeras faces de la vida de los hombres de talento.

No puede ser más reconfortante saber que uno de los primeros filólogos sufrió en el aprendizaje del latín idénticas contrariedades á las que sufre hoy cualquier escolar. Es igualmente alentador, reconocer que aún aquellos espíritus mejor nutridos—y precisamente éstos—han debido redoblar sus energías para lograr por sí mismos una ilustración cuyos cimientos no fraguó el colegio ni ningún maestro. La frecuente rutina del auto-didacta suele hallar en estas semejanzas esperanza y aliento eficaces; pero nada más. Las memorias y biografías interesan sólo cuando son interesantes de verdad; es decir, cuando vienen de algún aventurero ó de Sara Bernhardt. La biografía y el recuerdo son novelas más ó menos ciertas, que sin hacer excepción á las de otro género saben ser amenas sólo cuando en ellas se refiere algún suceso culminante que intriga y que seduce. Narrar lo que cada día ocurre á cada uno de los hombres no podría ser más pesado. Es lo que acaba de hacer el señor Unamuno. Sus recuerdos son los de cualquier estudiante circunspecto. Tal vez dándoles otro escenario que el de

la escuela y el colegio, resultasen menos áridos. Así, su única utilidad es la que he indicado.

Y es lástima! Siendo la de Unamuno una inteligencia tan alta y fuerte podía desplegarse en trabajos de una mayor impersonalidad que son siempre los más duraderos.

Ahí están para atestiguarlo muchos de los capítulos de sus comentarios al Quijote, aquellos en los cuales expone por ejemplo su original concepto de justicia; ahí está ese libro de rarísima penetración crítica que se llama *En torno al Casticismo*; ahí está su preciso y su precioso ensayo sobre la Ideocracia; ahí... cada una de las páginas en que olvida un poco su persona ó en que solo se refiere á un sentimiento ó á una pasión que lo agita: sus salmos son una condensación rítmica y emocionante de una preocupación espiritual profunda que sin duda ha de sobrevivirle. ¿Porqué encastillarse en el yo? La variedad de temas que éste proporciona es tan reducida que á la postre se hace fuerza el repetir cosas ya expresadas. Una gran ilustración es responsable mientras no aborda el mundo, mientras se cierra al exterior y sólo sirve de lente aplicada á un yo deformado por la sugestión y el amor propio. Tal es mi pensar modesto sobre este particular.

Mas debo también reconocer, que este mismo temperamento áspero é intolerante ha servido á Unamuno para hacerle consignar más de una idea vivida y sincera. Desgraciadamente el indomable egoísmo que le produce esa infinita ansia de vida y terror casi enfermizo del no ser, reside en lo más íntimo de todas las almas sin alcanzar una manifestación en palabras. Es un egoísmo pudibundo, tímido, que busca la forma más eficaz de refrenarse, de anularse, sin conseguirlo totalmente. Pero en todo caso, es ésta la distinción más palmaria entre el egoísta y el que no lo es. Si en el fondo, las acciones en apariencia más desinteresadas son tan egoístas como las demás, por lo menos es evidente que su agente al ejecutarlas no ha tenido conciencia de ese fondo egoísta y ha podido olvidarse de sí mismo. A Unamuno parece enorgullecer la hipertrofia de su yo y por paradojal que parezca, es este orgullo, la raíz de su idealismo. Ama á Dulcinea, porque Dulcinea encarna la gloria, el vivir imperecedero, y ama á sus semejantes en un desborde de amor propio y porque encuentra simpatizantes por excelencia sus principios egotistas. Derivar con toda conciencia el amor á los demás, de un exceso del amor á sí, acaso sea exacto; pero tenerlo siempre presente, me parece funesto. No es de observación psicológica el que la intensidad de un sentimiento ó de una idea produzca una desviación de parte del mismo hacia otros sentimientos ú otra idea. El sentimiento se tornará pasión morbosa y la idea, idea fija. El egotismo, no se tornará altruismo, sino egolatría.

Con todo, el Sr. Unamuno es escritor tan noble y sincero que consigue lo que pocos alcanzan: suscitar general discusión sobre su personalidad y sus ideas bajo cualquier pretexto. Casi todas sus publicaciones atraen por su notable enjundia. Esta última responde seguramente, tan sólo á algún paréntesis abierto en su labor más seria.

LOIS IPIÑA.

«DE MI VILLORRIO»

VERSOS DE LUIS C. LÓPEZ

He abierto este libro á la media noche, desganadamente, como alguien que ahito de sensaciones suaves, desaira el roce lánguido y sedante de unos cabellos infantiles. He abierto la obra y pronto fui forzado de avizorar el espíritu; asombrarlo luego con amable inquietud, y hacerle entrar por fin en este libro, mitad callejuela rancia, ajetreada de vulgares vaivenes, mitad camino de campiña, de campiña olorosa cuando es Diciembre.

Porque éste es un libro original. Imaginad, si podéis, un prado sentimental, con un molino color humo que hace gestos cansados, y un arroyo que en los cromos lo pintan de plata, y un vientiño mañanero que rompe las rosas rosadas y un cielo—azul, morado, pizarra,—donde las nubes se han dado cita y en manso coloquio cambian fábulas banales, y allí, arrastrando la lengua de plata de la esquila, una vaca grande, de ubres pesantes y perfiles embotados: La Vaca Vulgaridad.

Ese señor López, que hace versos en la lejana Colombia—Colombia está más lejos que París,—tiene un exquisito, un sedño, un suprasensible temperamento y tal vez por eso, no hurta á su verso el detalle prosaico, sucio, vulgar que madura en todos los minutos. A lo mejor se pone á labrar un sándalo y se llega una señora de trazas feas—la tilinguería, la vanidad, la *ventre-à-terre*, de las gentes—y porque sí, porque se le da la gana, le saca los cinceles de las manos, y ¡claro! el poeta que quería hacer una rosa de olor, da suelta á un poco de ironía, á un poco de sátira epigramática, que el epigrama es insulto desalentado y queja que se sonríe. . .

Oye, amada muy mía, me voy tornando obeso,
Como un abad.—El bruto del Alcalde asegura
Que me tiene rollizo lo sabroso del queso;
Y, ponte muy contenta: soy amigo del cura. . .

Y más tarde:

. . . Ni qué tú, desgrehados los tirabuzones
De tus cabellos, busques nuevas sensaciones
Con algún dependiente de Lanman y Kemp.

Y también dice:

... (Ya no me río
De tí, Rubén Darío).

Oíd, todavía:

... Hombre de pelo en pecho, rubio como la estopa
Rubrica con la punta de su machete y por
La noche cuando toma la lugareña sopa
De tallarines y ajos, se afloja el cinturón...

Su mujer, una chica nerviosamente guapa,
Que lo tiene cogido como con una grapa
Gusta de las grasientas obras de Paul de Kock.

En *Mitín*, la colectiva estupidez, salida de madre, arma fiero zipizape que la guardia pretoriana se encarga de docilizar á punta de bayoneta, y el poeta

—Como no soy apóstol del Derecho—contempla desde un tejado, la furia de los hombres tranquilamente, con toda la frialdad de un erudito.

Más allá se le ocurre:

... Ciñendo rica sotana
De paño, le importa un higo
La miseria del redil,

Y yo, desde mi ventana,
Limpiando un fusil me digo
¿Qué hago con este fusil?

Bien quisiera multiplicar las citas, pero me toca el temor de que esa tarea por lo larga, resulte tela de Penélope. Bastan, tal vez las que tengo desengarzadas de este libro muy breve, para que adviertan muchos, una de las facetas más típicas del psiquismo del autor.

Es posible que alguien diga que en esos versos no encuentran poesía, porque López no exorna las cosas con muselinas de irrealidad. Es posible que diga: zagala ventruda, si ventruda la ve, y quizás acierta, que las zagalas de todos los días, no son como las del Arcipreste, *fermosas, garridas é loçanas*. Como quiere Epitecto, López acepta las cosas como son, no como se desean.

Quizás la poesía de esta índole bien revela un poco de tedio, un mucho de ese fastidio, que la siempre materia infiltra en nuestros espíritus cuando éstos se rinden á las plantas graves de Nuestra Señora la Tristeza. Quizás la poesía de esta índole bien revela arraigada desilusión, pero decidme si esta desilusión que da en hacer versos no es la ilusión de la desilusión, como la locura de Alonso de Quijano, era la razón de la sinrazón.

Yo quiero bien á esta poesía y la quiero alabar, porque sabe despertar en nuestro retablo subjetivo rica variedad de imágenes y suscitar contrastes, acicates del pensamiento analizador, porque siembra exotismos y estrambotismos que habilitan para nuevas sensaciones dormidas células cerebrales y porque á ratos insinúa lineamientos tan vagos, que nos inducen á acentuarlos, á darles colorido y ademolación, según el estado de nuestros ánimos, pues el poeta no quiere imponernos su imagen hecha y derecha, no quiere que la miremos simplemente, sino que la sintamos y la creémos junto con él, y así le vemos esquivar un personaje y cada lector aporta á la escena las bambalinas propias de su espíritu.

Esta poesía con sus vaguedades, sus salidas de tono, sus afinamientos y sus contradicciones, refleja—tal un espejo—el espíritu del hombre, siempre indeciso, siempre incoherente, siempre voluble, enigmático y misterioso como un tripode délfico.

¿Aceptáis la *tabula rasa*? Bueno, es una *tabula rasa*, pero sobre ella no se fijan los caracteres, no se labran, antes bien danzan en loca farándula, de suerte que rara vez logramos sorprenderlos en reposada, serena actitud.

No hagáis caso, por favor, á esos señores que os dicen: Este hombre es bueno, este hombre es franco. Digan mejor: este hombre tiene momentos de bondad, este hombre tiene momentos de franqueza. Luciano y Catulo os harán el elogio de la virtud y á línea corrida escribirán un epigrama brutalmente puerco. O, digan mejor, si quieren, este hombre es virtuoso en esta época, como Sócrates, cuya virtud á ratos se nos hace dudosa, era el hombre más virtuoso en tiempos de Alcibíades.

No creamos, por consiguiente, que la razón pueda sintetizar en fórmulas algebraicas, esa paradojía y esa incoherencia de nuestro espíritu y lo muestre al exámen uniforme é integro. (El concepto uniformidad, no responde á cosa ó cualidad existente. Aceptamos el término por incapacidad y pobreza de nuestros medios para establecer diferencias). Pero ocurre que la educación intelectual, la robustez del pensamiento y la norma de conducta ideológica—que también la hay—apaguen temores y deseos y aduerman las larvas de locura espiritual. Zenón no temió á Antígono, porque *pensaba* que no debía temerlo. Tal vez en un huequecito de su corazón alzaba plegaria á los númenes poderosos para que velaran por la integridad de su cuerpo maltraído.

Revenons á nos moutons.—El autor de este libro tiene á menudo la buena virtud de corporalizar con admirable justeza en los duendes del abecedario las sensaciones de perfiles más huidores, de tornasolados más nimios, de alitas más frágiles é impalpables. Y advierto que á prima vista muchas de sus imágenes no admiten explicación que apague la curiosidad.

Acostumbra escribir la impresión primitiva, no siempre medida, más bien que la impresión destilada en los tamices de la lógica. Así os dirá que la voz de las campanas semeja peinar tornuras canas; que por la carretera la diligencia camina como si jugara al ajedrez; que el barbero trabaja alegre como un vaso de

vino moscatel; que la cigüeña de la hortaliza ordeña la ubre del cangilón. Y tantas más que no quiero citar.

Pienso que esos atrevimientos son sinceros. Y si alguien viera asomar por allí, una caperuza de fumistería, yo le aconsejaría que malgrado la repulsión de ambos términos, hiciera concordar sinceridad y fumistería en la creencia de que ésta última se funda en recursos estéticos sinceramente concebidos.

Las imágenes de que hablo dos líneas más arriba, nacen súbita y espontáneamente y no se conforman á las cualidades relativas más visibles entre dos objetos, entre dos seres, sino que penetran, por fenómeno más bien instintivo que intelectual, los atributos íntimos ó convencionales, que resisten á comprobaciones físicas: el ala de la materia. De esta suerte, si al hablar de un labio, nuestros padres decían á la invariable, labio de coral, conformando la imagen á la sensación que primero les hería ó al menos la más cuerda: la del calor; si nosotros sentimos mejor, ó más habilidad tenemos para expresar el sentimiento, bien pudiéramos decir, refiriéndonos á un labio de niño: labio de corola de lirio.—¡Pero el lirio no es rojo! dirá alguien.—No señor, el lirio no es rojo, pero existe una inefable simpatía entre una hoja de lirio y un labio de niño.

A los dos les atribuimos pureza, tersura, delicadeza, y no sé qué gracia ingénuu, qué dulcedumbre que acariciadora tiembla en la de ambos comba fina. Hay colegialas que parecen gorriones y hay hombres que parecen bueyes mansos. Cuando os sorprende una de estas analogías, es inútil razonar, que el razonamiento no os dará satisfacción... y creed en la excelencia de los temperamentos que perciben la espiritualidad de la cosa antes que la cosa misma.

Si mi pluma no fuera de tanto rato cautiva de este libro, que me ha dejado ocasión de insinuar algunas frases sobre asuntos de poesía, hablaría tal vez, de la emoción de este poeta ante el paisaje, pero más quiero dejar á él la palabra y á vosotros el comento. Leed y sentid:

DE TIERRA CALIENTE

Flota en el horizonte opaco deajo
crepuscular. La noche se avecina
bostezando. Y el mar, bilioso y viejo,
duerme como con sueño de morfina.

Todo está en laxitud bajo el reflejo
de la tarde invernal, la campesina
tarde de la cigarra, del cangrejo
Y de la fuga de la golondrina...

Cabecean las aspas del molino
como con neurastenia. En el camino,
tirando el carretón de la alquería,

marchan dos bueyes con un ritmo amargo,
llevando en su mirar, mimoso y largo,
la dejadez de la melancolía...

UNA VIÑETA

Tarde sucia de invierno. El caserío,
como si fuera un croquis al creyón,
se hunde en la noche. El humo de un bohío,
que sube en forma de tirabuzón,

mancha el paisaje que produce frío,
y debajo de la genuflexión
de la arboleda, somormuja el río
su canción, su somnífera canción.

Los labradores, camellón abalo,
retornan fatigosos del trabajo,
como un problema sin definición

y el dueño del terruño, indiferente,
rápidamente, muy rápidamente,
baja en su coche por el camellón.

Se me ocurre que por poco que se repitiesen los libros de la indole del que nos ocupa—que es un libro bueno sin llegar á la maravilla—se trocaría, y en lo muy hondo, el carácter de la literatura joven de Colombia, donde la poesía, en manera especial, se enriquece á diario, con labor asidua de múltiples astros de luz más ó menos larga.

ENRIQUE J. BANCHS.

« EL IMPERIO JESUITICO »

POR LEOPOLDO LUGONES

(Segunda edición)

Si se considera esta obra con un criterio meramente *literario*, en el más superficial sentido de la palabra, y sin el menor asomo de crítica de fondo, nada cabe, por cierto, agregar á lo ya dicho sobre ella, á pesar de la escasa atención que se le ha dedicado, salvo contadas y honrosas excepciones.

¿Sobre qué, en efecto, reeditar los elogios? ¿Sobre el estilo?... ¡Por Dios! Pues no es poca enojosa tarea el volverlo á presentar una vez más á Lugones como estilista, de lo cual, por otra parte, él no ha de sentir ninguna necesidad!

Si él es ó no quien mejor maneja hoy día el idioma castellano, como últimamente se ha afirmado, no entraré aquí á discutirlo, pues me llevaría muy lejos, si bien quizás á disentir con quien tal dijo; sin embargo, su no común riqueza de léxico, su fuerza en la expresión, y la originalidad de sus combinaciones verbales que tan dilatada influencia han tenido sobre nuestros jóvenes escritores, obligan á reconocer en él á un vigoroso escritor, cuya prosa, aunque desigual y adoleciente á menudo de falta de flexibilidad, es verdaderamente admirable.

Bastaría para probarlo, ese celebrado primer capítulo de *El imperio jesuitico*, que es, sin duda, uno de los más bellos trabajos de estilo con que cuentan nuestras letras, hermoso cuadro de conjunto, rico en colorido, un cuadro todo luz y sombra, que da una cabal representación de esa España en decadencia que Lugones se propuso pintar. Y obsérvense en ese cuadro como se destacan con nítida precisión las siluetas de los tipos más característicos de la sociedad de entonces,—el hidalgo, el soldado, el hombre de ley, el estudiante, el clérigo, el gitano, el pícaro, la alta dama y la chula—delineadas todas ellas con unos pocos trazos no menos expresivos que pintorescos.

Es la de Lugones una prosa robusta, personal, inconfundible. Es su prosa, y como tal, no debe ni puede ser recogida por nadie. Si ciertas formas estilísticas propias de ella han hecho fortuna, si su influencia es enorme y fecunda sobre la nueva generación, no creo, empero, que esta influencia pueda ser duradere

Como él nos dice de Quevedo, ha de quedar ciertamente «sin sucesión, de pié como un monolito sobre la coraza de su prosa».

Otra vana tarea es repetir lo ya dicho sobre las condiciones de historiador que en este libro ha revelado. Se le pidió una *memoria* y él escribió una obra completa, con la cual ha enriquecido dignamente nuestra bibliografía histórica, una obra al par de minuciosa investigación y de síntesis brillante.

Bien. De acuerdo voy con todo esto; pero, si considerada en general la obra me obliga al aplauso, no obstante confieso que mi lápiz ha ido marcando de cuando en cuando—muy raramente—en las páginas del libro unas pocas notas marginales que establecían mi disconformidad con ciertas afirmaciones del autor, en desacuerdo con la verdad de los hechos; y, como tengo entendido que el primordial objeto de la historia es el de llegar á una relativa verdad, debiéndose siempre dar por bienvenido, venga de donde venga, todo aquello que pueda contribuir á hacérsela alcanzar, me he de permitir de reproducir aquí rápidamente aquellas rectificaciones, sin atribuirles mayor importancia de la que en realidad tienen y sabrá darles el justo criterio del lector.

Al tratar Lugones de la muerte de Solís y sus compañeros, á cuyo propósito niega expeditivamente que sus cuerpos hayan podido ser pasto de los indios,—cuestión que no entraré á debatir, pues la polémica á que ha dado origen no ha hallado todavía, á mi parecer, una conclusión satisfactoria—afirma de paso que se debe considerar á los *charrúas* como miembros de la nación guaraní (pág. 113).

No sé cuales fundamentos tiene Lugones para lanzar semejante aserto categórico; mas, sea como sea, si él lo da por exacto, á él es, empero, á quien incumbe la prueba, pues, todos los actuales conocimientos etnográficos demuestran absolutamente lo contrario.

No me corresponde, por lo tanto, otro papel en este caso frente á la antedicha afirmación, que el de negarla, pues datos y argumentos sobrados para probar su inconsistencia no habrían de faltar en el momento oportuno, si fuera menester.

Pero en un error más craso incurre Lugones algo más adelante, á página 123, al atribuir á Ayolas la fundación de la Asunción, atribución desde hace años demostrada inexacta, siendo actualmente del patrimonio común de quienes de estas cosas se ocupan, que la fundación de dicha ciudad fué obra de Juan de Salazar y no de aquel primer enviado del adelantado, como se entendió por una errada interpretación del relato de Schmidell.

Una tercera afirmación inexacta la encontramos á página 129, donde se lee que en los cinco primeros lustros de su apostolado en el Paraguay, sólo fundaron los jesuitas 19 pueblos. Me inclino á creer, con suficientes razones, que el autor se ha apoyado para decirlo, en el prólogo interesantísimo, aunque demasiado partidista, puesto por el malogrado Blas Garay á la traducción castellana de la historia del P. Techo.

Dice Blas Garay:

«Y el hecho históricamente comprobado es... que los primeros (*pueblos*) que á su cargo tuvieron (*los jesuitas*) los fundaron los españoles antes de la entrada de la Compañía (*esto lo funda en una nota que analizaré inmediatamente*); que hasta 1614 no pudieron implantar ninguno más, y que, descontados los tres al Norte del Paraguay, hechos con el objeto de que sirviesen de tránsito para las misiones de Chiquitos, y, como todos, en gran parte con el auxilio secular, y los seis de San Borja (1690), San Lorenzo (1691), Santa Rosa (1698), San Juan (1698), Trinidad (1706) y San Angel (1707), que, como colonias respectivamente de Santo Tomé, Santa María la Mayor, Santa María de Fe, San Miguel, San Carlos y Concepción, no dieron más trabajo que el de transmigrar á otro sitio á los indios ya reducidos; quedan diecinueve, los cuales, con una sola excepción, la de Jesús (1685), fueron todos establecidos en un período de veinte años...» (1)

Aceptado lo cual el cálculo les resulta ya fácil tanto á Blas Garay como á Lugones, quien, sin la necesaria crítica aceptó las afirmaciones del primero. Descartando, en efecto, como ellos hacen, las tres misiones en el norte, de San Joaquín, San Estanislao y Belén, fundadas entre 1746 y 1760; luego la de Jesús que data de 1685 y las 6 citadas colonias establecidas entre 1690 y 1707; agregando á estas 10 misiones que son ya de la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII las 4 que ellos dan como de fundación «genuinamente española», se obtienen 14 pueblos que, restados de los 33 que existían en 1767, en la época de la expulsión, dan por resultado 19 de origen verdaderamente jesuitico.

Y no haya extrañeza si refuto indistintamente á Lugones y á Blas Garay, trayendo á colación las afirmaciones de éste para rebatir las de aquél, puesto que, si así no hiciera, tomando en cuenta los argumentos del publicista paraguayo, el aserto lanzado por Lugones sin pruebas, y que se basa, no hay duda, en el párrafo transcrito, no tendría siquiera donde apoyarse. Solo puede hallar un punto de apoyo en los datos que come verdaderos suministra Blas Garay.

Y vuelve al asunto. Respecto al cálculo efectuado más arriba, paréceme que no puede resolverse con una tan sencilla operación de suma y resta.

Trece reducciones fundaron los jesuitas entre 1610 y 1630 en el Guayrá, y así Blas Garay como Lugones comienzan por no incluirlas en la cuenta. El porqué lo ignoro. Su destrucción posterior en nada amengua el mérito de los jesuitas al establecerlas, no tratándose además aquí de dilucidar cuales quedaron y cuales no de las reducciones, sino de apreciar la importancia de la conquista laica en contraposición con la religiosa.

Pero, prescindamos pródigamente de ellas y analicemos los argumentos restantes.

En el párrafo reproducido dice Blas Garay que los primeros pueblos que los jesuitas tuvieron á su cargo los fundaron los españoles antes de la entrada de la Compañía, y, para probarlo agrega la nota siguiente:

«Loreto, San Ignacio Mirá, Santa María de Fé y Santiago eran de fundación genuinamente española; San Ignacio Guazú, Itapúa y Corpus, de establecimiento posterior, fueron formados con indios ya sometidos por los conquistadores seculares, por lo cual estaban, como aquéllos, sujetos á encomiendas.»

(1) Páginas XIX, XX y XXI del prólogo.

Pues bien, esta nota no pasa de ser un tejido de incongruencias y no sin razón, desde que su redactor da como fuente de ella á Azara, si grande autoridad en otras materias, mala, malísima en todo lo concerniente á las misiones.

¿Loreto y San Ignacio Mini de fundación genuinamente española? Pero, ¿á cuál de los dos Loreto y de los dos San Ignacio Mini se refiere, á los del Guayrá ó á sus traslaciones posteriores al Yabebirí? Si á los del Guayrá ¿por qué no haber entonces nombrado ni por incidencia á los otros 11 pueblos de la región que, como hemos visto, no incluye en la cuenta? Y si es á los del Yabebirí ¿cómo nos da entonces á San Ignacio Guazú, Itapúa y Corpus cual de establecimiento *posterior*, cuando las traslaciones al Yabebirí se hicieron en 1631, mientras aquellos tres mencionados pueblos son todos anteriores á esa fecha? E, incongruencia mayor aún, ¿cómo pueden ser de establecimiento *posterior* estos tres pueblos al de Santa María de Fé y Santiago, fundados en 1762?

Todo esto no tiene ni pies ni cabeza. Además Lugones no puede recoger de ningún modo el dato de que Loreto y San Ignacio Mini eran de fundación española, ya se refiera á los del Guayrá ó ya á sus traslaciones posteriores, pues á página 127 del libro admite, aun en contra de Azara, que las fundaciones jesuíticas del Guayrá nada tuvieron que ver con las láicas, cuestión, eso sí, que también se prestaría para un más maduro examen.

Quedamos, pues, en que Loreto y San Ignacio Mini, y nos referiremos para mayor claridad á los trasladados al Yabebirí en 1631, cuando la invasión del Guayrá por los paulistas, son de fundación jesuítica.

Esto sentado pasemos á otro cálculo.

A los cinco lustros de haber comenzado la conquista jesuítica, existían las siguientes reducciones: (1)

Al occidente del Paraná: San Ignacio Guazú (1611), Itapúa (1614 ?), Natividad del Acaray (1619 ó 1624 ?) y Corpus (1622); entre el Paraná y el Uruguay: Concepción (1620), Reyes del Yapeyú (1626) y Asunción del Acarana (1630 ?), esta última trasladada, probablemente unos siete años después, más al sud, á la izquierda del Uruguay; y al oriente del Uruguay: San Nicolás (1627), Candelaria (1627), Mártires (1628 ?), San Joaquín (1633), Jesús María (1633), San Cristóbal (1634 ó 33), Santa Ana (1633), Natividad (1632), Santa Teresa (1633), San Carlos de Caapí (1631), Apóstoles (1632 ó 33), Santo Tomás (1632 ó 33), San José (1633), San Miguel (1632), Santos Cosme y Damian (1634).

Veintitrés misiones acabo de contar en las cuencas del Paraná y el Uruguay, á las cuales si agregó las dos de Loreto y San Ignacio Mini, debatidas más arriba, se logra un total de 25 establecidas antes de 1635, año en que rematan los cinco lustros fijados por Lugones.

Veinticinco fueron y no diez y nueve, lo cual no tendrá mayor importancia; pero establece una incontrovertible verdad.

(1) Las fechas entre paréntesis señalan el año de la primera fundación; aquellas seguidas de interrogante no logré fijarlas con absoluta certeza.

Blas Garay y Lugones se olvidaron en absoluto de tomar en cuenta que, de las 15 reducciones que los jesuitas llegaron á tener al oriente del Uruguay, en su propósito de alcanzar la costa del Atlántico, sólo 10 se establecieron al occidente del río, cuando los paulistas ocuparon esa región, desapareciendo las 5 de San Joaquín, Jesús María, San Cristóbal, Natividad y Santa Teresa.

A todo esto el autor podría con razón contestar que poco le interesan tales minucias, y haría bien y me tendría con él; sin embargo, puesto que se ha lanzado en cálculos de la índole de los nombrados, tanto más cuando dichos cálculos son el resultado de un eslabonamiento de yerros, como los analizados, bueno es rectificarnos y poner las cosas en su debido lugar, aunque para ello sea menester rendir homenaje á una engorrosa cuanto fácil erudición.

El capítulo III de *El imperio jesuitico*, trata de las dos conquistas, la laica y la espiritual, entre las cuales establece un paralelo. Al referirse á la segunda relata Lugones brevemente, fundándose en Lozano, la historia de los primeros pasos de los jesuitas en el Paraguay, desde su entrada en 1588. Sin embargo, al llegar á 1607, fecha en que el primer Provincial del Paraguay, P. Diego de Torres Bollo, empezó activamente sus tareas acompañado de 15 sacerdotes, interrumpe Lugones el relato ordenado de los trabajos de los jesuitas, para no reanudarlos ya más.

Francamente no me explico este singular método de exposición. Pues, justamente cuando, comprendiendo la utilidad que reportaría el envío de misioneros al Guayrá y alentado además por la carta del Rey á Hernandarias, en la cual S. M. expresaba la voluntad de que la conquista de los indios se hiciera mediante la doctrina y predicación del Evangelio, se resolvió el P. Torres Bollo á mandar al Guayrá á los PP. italianos José Cataldino y Simón Mazeta, quienes fundaron en 1610 las dos reducciones de Loreto y San Ignacio Mini, las primeras de las 13 que llegó á tener esa región en el espacio de veinte años, he aquí que Lugones da por terminada su relación de los trabajos de los jesuitas. ¿Por qué? ¿caso no le interesa más á su propósito de detallar la historia de la marcha progresiva de los jesuitas en sus fundaciones, á partir de 1610, que la de sus insignificantes tareas preliminares entre 1588 y 1609?

Sin embargo, nada de lo anteriormente apuntado se dice en el libro, dejándose en el más absoluto silencio la conquista religiosa del Guayrá, cuyas trece misiones sólo son mencionadas de paso dos ó tres veces con el exclusivo objeto de decirnos que fueron destruidas. ¡Pero alguna vez debieron ser fundadas! En *El imperio jesuitico* eso se calla.

Y, lo que es más deplorable, el mismo procedimiento ha seguido al referirse á las misiones del Paraguay. ¿Cómo se hizo la colonización jesuitica, cómo se extendió desde la fundación de San Ignacio Guazú, en 1611, por los P. P. Lorenzana y San Martín? No lo sabemos: el libro lo pasa en silencio, y si los nombres de Lo-

renzana y Mazeta aparecen es por otros motivos menos importantes. El asunto de la obra, mil razones de método, de claridad, de precisión, el hecho de que se haya el autor ocupado de los trabajos preliminares de los jesuitas, todo eso le obligaban a hablar de los avances progresivos de la conquista espiritual, sólo fuera en pocas páginas bien definidas.

Pues bien, de estos datos que la índole de la obra requería, sólo se nos dice en el libro, aparte las mencionadas referencias a las misiones del Guayrá:

«Las orillas del Yababiri adonde arribaron por último los emigrados (del Guayrá) sustentaban diez reducciones desde 1611. Allí fueron acogidos, empezando recién con su establecimiento la existencia firme del núcleo central del Imperio, y las fundaciones definitivas que, andando el tiempo, serían los treinta y tres pueblos célebres. Las trece primeras recibieron los mismos nombres que las abandonadas de la Guayra, estribando en esto, sin duda, los errores cronológicos de Azara y de sus secuaces... (pág. 162)

Párrafo que contiene dos errores de detalle:

1.º Esas 10 reducciones (yo cuento 11, tal vez porque Lugones calla la de Natividad del Acaray que dan todos los mapas), no estaban propiamente dicho a orillas del arroyo Yabebiri, sino repartidas en una dilatada extensión, que va desde el Tape hasta el río Paraná y desde el Tebicuary al Ibicuy.

2.º Tampoco es cierto que a raíz de la emigración del Guayrá, las trece primeras misiones que se fundaron en las cuencas del Paraná y el Uruguay recibieran los mismos nombres que las abandonadas: una rápida confrontación demostrará que *no todos* los nombres volvieron a aparecer.

Ese error de método que ha hecho callar al autor lo más fundamental de la conquista jesuítica, cual es la época de sus comienzos, su marcha lenta pero firme durante los primeros años, sus núcleos de irradiación, los nombres de sus esforzados fundadores, etc., es la deficiencia más importante que se puede señalar en este hermoso libro, tan completo si se le mira desde otros muchos puntos de vista.

Y basta ya. Mi lápiz aquí se ha detenido en su roedora tarea, por fortuna, bastante breve. Más largo tiempo me ocuparía, al contrario, la de expresar las gratas impresiones que la lectura de esta sólida obra me ha reportado, y aún la verdadera admiración en que por instantes me ha sumergido esa pluma que es paleta y cincel a un tiempo mismo y que tiene también todo el macho vigor, la bravia aspereza, la filosidad cortante de una garra.

ROBERTO F. GIUSTI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Advertencia.—Dificultades imprevistas que se opusieron á la salida del número 10 en el plazo fijado,—lo que comunicamos en su oportunidad á nuestros suscritores—y los deseos de la Dirección de dar á sus lectores un drama completo de algún autor nacional, la han determinado á reunir los dos números sencillos de Mayo y Junio (10 y 11) en uno solo doble, de 128 páginas, restableciendo así su normalidad en la aparición de los números subsiguientes.

La dirección se vé, por lo tanto, obligada á pedir disculpa á sus lectores de esta involuntaria demora en la salida del número de Mayo, subsanándola mediante la determinación antedicha, y también á sus colaboradores, por la tardanza que se origina en la publicación de sus producciones, explicable tardanza si se piensa que la capacidad de cada número no basta, con ser mucha, para dar cabida á todos los artículos dignos de publicación que á esta mesa de redacción llegan mensualmente de aquí y del extranjero.

Por esta razón esperamos nos disculparán los siguientes colaboradores cuyas producciones aparecerán en los números próximos: Srta. Clotilde Guillén y señores José León Pagano, Ricardo Rojas, Juan Aymerich, Ricardo Levene, Juan Julián Lastra, Eloy Fariña Núñez, Arturo Pinto Escalier, Nerio A. Rojas, etc.

Ricardo Rojas.—Este distinguido escritor argentino, nuestro colaborador, de quien oportunamente nos hemos ocupado en los números anteriores, está por terminar su gira por Europa, para volver en breve á estas tierras.

Con interés afectuoso de compañeros le hemos seguido en su provechoso viaje á través de los países del viejo mundo de más antigua cultura, de los cuales nos ha transmitido de continuo sus impresiones en sus interesantes correspondencias á *La Nación*, habiéndonos sido dado observar con verdadero placer no exento de un cierto orgullo de compatriotas, la favorable acogida que por doquier se le ha hecho, sobre todo en la madre patria, cuyos periódicos más importantes se han disputado la publicación de sus composiciones poéticas. Y, como otro más de sus éxitos, nos comunicaba el telégrafo últimamente, la conferencia dada por él sobre Olegario Andrade en el Ateneo de Madrid, ante un auditorio selecto, cuya autoridad realizaban personalidades literarias de

tanta importancia como Emilia Pardo Bazán, Rubén Darío, José Santos Chocano y Francisco Grandmontagne.

Nuestras efusivas felicitaciones para el amigo y el poeta.

Palabras de aliento.—Max Grillo, conocido literato colombiano, de quien publicamos en el núm. 3 un bellissimo artículo sobre don Miguel de Unamuno, nos escribe una afectuosa carta, de la cual transcribimos los siguientes párrafos que nos alientan á proseguir en la labor emprendida, y que dicen de la halagüeña simpatía con que va siendo acogido en toda América, nuestro modesto esfuerzo por estrechar los vínculos intelectuales que á las demás naciones hispano-americanas nos unen: «Laudable por todos los conceptos es la publicación de Vds.; palestra para los jóvenes ingenios de esa próspera Nación; lugar de cita de los escritores sudamericanos donde se den á conocer unos á otros; lazo de confraternidad que puede dar resultados trascendentales en el acercamiento de nuestros pueblos. Ya es tiempo que la Argentina se dé cuenta de que está llamada á asumir la dirección de las demás Naciones de origen hispano. Yo sueño en verla á la cabeza de Sud América, con legítima hegemonía. En la realización de este ideal las publicaciones como «Nosotros» llenan un hermoso deber. Tenemos que conocernos, ante todo.»

Un nuevo colaborador extranjero.—Es éste el señor Emile Duprat, distinguido profesor francés, quien se encargará regularmente desde la fecha de la información bibliográfica sobre las novedades filosóficas y religiosas que aparezcan en Francia, como asimismo mantendrá al corriente á nuestros lectores del actual movimiento filosófico de dicho país, mediante estudios sucesivos que enviará sobre sus más ilustres representantes.

El señor Duprat tiene á su cargo la misma sección en la importantísima revista *Cultura Española*, cuyos últimos números publicaban un detenido estudio de él sobre Bergson; y colabora también asiduamente en otras varias renombradas publicaciones, tales como *Coenobium*, y la *Revue de Philosophie*, revelando en todos sus escritos el espíritu sagaz que ya pone de manifiesto en las breves pero jugosas notas que en este número aparecen.

Miecio Horszowski.—Miecio Horszowski, el pequeño y prodigioso concertista polaco de quien nos ocupáramos no hace aún tres meses, acaba de experimentar una gran desgracia: la muerte de su madre. Así Miecio queda privado, no solamente de la madre que él adoraba, sino también de la persona que antes que ninguna otra le inició con inteligencia y amor en los grandes triunfos de su excelso arte. La pobre señora ha muerto á los 39 años, en Cannes, donde Miecio había adquirido una villa para reposar de las fatigas de sus conciertos.

LIBROS RECIBIDOS.—Max Grillo: «Raza vencida».—Tragedia en dos actos.—Prefacio del autor.—Bogotá (Colombia)—1905.

Luis C. López: «De mi Villorrio». — Prólogo de Manuel Cervera.—Madrid—1908.

Carlos Olivera: «Mujeres de Ibsen».—La Plata—1908.

Francisco Ramos Mejía: «Rosas y su tiempo».—Segunda edición corregida.—Tres tomos. — Buenos Aires.—Félix Lajouane y Cía., editores—1907.

Juan B. Ambrosetti: «Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de «La Paya» (Valle Calchaquí.—Provincia de Salta) —Facultad de Filosofía y Letras.—Publicaciones de la Sección Antropológica—Nº 3, (1ª parte.)—Buenos Aires.—1907.

Justo González Hervás: «Vértigo en altura».—Novela.—Prólogo de José Francés.—Madrid.—Librería de Gregorio Pueyo.—1908.

«Los derechos de la Salud».—De este hermoso drama de Florencio Sánchez, que Nosotros publicó íntegro en el número 6, se ha ocupado extensamente la antigua y conocida revista de Florencia *La Rassegna Nazionale* en su número de la primera quincena de Abril, analizando su argumento y aplaudiendo ciertas apreciaciones sobre él vertidas en el aludido número de Nosotros por los señores Bunge y Bianchi.

Es este un hecho digno de ser recordado, así porque constituye un timbre de honor para Nosotros, cuyas publicaciones comienzan á ser transcriptas y comentadas en el extranjero, como porque redundan en mérito de nuestro arte teatral, que tiene en Sánchez su columna más sólida. Y á este propósito recordemos también que *Nuestros hijos*, una de las últimas y mejores obras dramáticas del afamado dramaturgo, será en breve representada en su versión italiana, por la compañía de Ettore Berti y Gemma Caimmi, en el Teatro Urquiza de Montevideo.

Nosotros.